

# La mujer que bordaba con hilos de Cerezas



Montse Puchol

La mujer que bordaba con hilos de cerezas

Montse Puchol

6178 191 519413  
520  
889  
897  
138  
419 488 71  
5412138948  
91688  
741  
31861251814  
419 488 71  
894 719 78 48  
71427321893  
11981  
4748192148  
1888948  
8888  
8

Esta novela es propiedad exclusiva de su autora, por ello, queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, la transmisión a través de cualquier forma o de cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, registro u otros métodos, sin el consentimiento de su autora.

*Tu piel es el mapa de cada caricia robada por el  
deseo,  
y de cada entrega sin miedo a la libertad de sentir.*

# 1

Todos ocultamos bajo la piel secretos inconfesables. Todos, de una manera u otra, jugamos diferentes partidas a la vez, siempre con la esperanza de que las cartas nos sean propicias. Todos, aunque sea de forma imaginaria, somos llevados a vivir vidas paralelas, siempre calladas, y siempre mudas. Aquí no hay ni buenos, ni malos. Todos, y cada uno de nosotros, llevamos nuestro doble rasero auestas. Son muy pocos, los héroes y las heroínas de la libertad, que abren sus alas y vuelan sin que les importe, las etiquetas, los prejuicios, el qué dirán. Y sobre todo, son muy pocos, los que se miran cada mañana al espejo, y se reconocen sin tapujos.

Emma es una mujer como otra cualquiera. Acababa de cumplir los cincuenta, de clase media, casada desde hacía ya más de veinte años, dos hijos adolescentes y un pasar los días de lo más anodino. Un trabajo de contable, en una multinacional de nueve a cinco, una casa que la esclaviza, unos hijos que ya no la necesitan, un marido armario y una economía más que ajustada. Y nada más, no hay nada más. Emma es como la mayoría de mujeres. Sombras que deambulan, arrastrando los sueños no cumplidos, hastiadas por las obligaciones, que les hipoteca la imperiosa necesidad de respirar libertad, y encadenadas a ese constante sentimiento de culpa, inoculado en toda mujer, desde tiempos ancestrales.

Como cada tarde, al llegar a casa, lo primero que hace es cambiarse de ropa. Ponerse algo más cómodo y recorrer el apartamento, quitando enredos, ordenando todo aquello que el resto de la tribu, ha ido dejando por ahí. Luego, la lavadora, recoger la ropa del tendedero y doblarla. Todas las tardes, era lo mismo. Aunque algo sí cambió.

Emma entró en la habitación de Lola, su hija de 19 años, para dejarle la ropa recién doblada, y como siempre, ordenarle un poco, todo lo que había por allí encima, pero al hacerlo, cayó al suelo un libro. No era la primera vez, era algo habitual. La mesa de escritorio de Lola, siempre estaba a tope de libros y papeles, y alinearlos, aunque sólo fuera un poco, era complicado, con lo que acostumbraba a caerse siempre algo. Lo que si llamó la atención de Emma, fue el título del libro. *Fantasías prohibidas*.

Como cualquier madre que se precie, el título le despertó mil y una suposiciones, poniéndola en alerta, ante cualquier descubrimiento sobre su hija, que pudiera perturbar la armónica y aburrida existencia de la familia y del entorno. Así que, se sentó sobre la cama y abrió el libro. Descubrió que era un recuento de relatos, y al azar, leyó uno que llevaba por título, *Trayecto de ida*.

<< Otro día más en el que todo ha sido como siempre. Otro día en el que entrar en el subsuelo, es una osadía sólo apta para parias al borde del desahucio. Otro día más, en el que a Martha se le escapa el metro de las nueve. Otra vez, tendrá que esperar diez minutos para subirse a ese carruaje compartido y hecho de metal, para poder llegar a su techo, a su mesa y a su cama.

Las puertas se abren, y junto a Martha una manada de bípedos desesperados, engulle el limitado espacio del vagón. Afortunadamente Martha tiene suerte, encuentra un asiento en un rincón y allí se deja caer. Sin proponérselo, echa un vistazo a su alrededor, y lo que ve, es lo de siempre. Un vagón de metro atestado de gente empapada en un sudor fuerte, que corta el aire. Una jauría de autómatas con cara de perros sin domesticar. Lo cierto, es que a pesar de que es lo de siempre, la imagen es tan desoladora, que lo mejor es perder la mirada, y darle al interruptor de la mente para vaciarla de todo y todos.

Pasados unos minutos, o quizá sólo fueros unos segundos, Martha alzó la mirada, y de repente, ya no todo era como siempre. Frente a ella una mujer. Una mujer de unos cuarenta y tantos, de piel morena y ojos negros, que en ese mismo instante despertaba de sus pensamientos, para envolverse en la mirada de Martha. Miradas correspondidas, ojos que se miran para clavarse en el alma. Toda la ciudad parece estar allí, concentrada en el viejo vagón, pero ellas ya no están allí. Están en otro lugar, cada una de ellas deambulando, por las pupilas de la otra. Ya no son capaces de ver otra cosa, ya no oyen nada que no sea su propia respiración, ya no hay cansancio, ni tan siquiera queda resquicio de aquel apremio por llegar a sus techos, a sus manteles, a sus camas. Hace calor, y la magia de esa mirada correspondida acelera los sueños, convirtiéndolos en fantasía. Se miran, no pueden dejar de mirarse y en medio de ese embrujo, el pulso se derrama. Se sienten, se acercan. El mundo ha dejado de existir y conteniendo el aliento, Martha se ve de rodillas frente a la misteriosa mujer de ojos negros.

Seis. Seis botones que desabrocha despacio, todos de la misma forma. Todo un ritual en el que saciar la sed. Abrir poco a poco esa camisa de lino, es dejarse llevar por la ebriedad del deseo, que le obliga a dejar caer sus labios sobre ese vientre desnudo. Manos abiertas de ternura que se convierten en alas, para elevarse hasta unos pechos helénicos. Qué desasosiego, ese beso suspendido a espera de hacerse realidad, y que gloria bendita, atraparlo por fin. Ya no hay marcha atrás. Ya no hay nada ni nadie que pueda parar esa fantasía, que se les hace realidad en la piel.

Dos ojos que se miran, y unas manos cálidas que despojan a Martha de cualquier cosa que pueda cubrirle la piel. Dos mujeres desnudas, un vagón de metro, unos asientos viejos y corroídos, y una hambruna que asesina la razón. Qué locura viajar por un cuerpo que se abre. Morir para renacer, al caer desde Venus a las aguas del Mar Rojo. No hay prisa, el tiempo ha dejado de existir, y un segundo, un instante, es una eternidad en la que ambas se desesperan y en ese desespero, los muslos se tensan, tiemblan, se rompen, se abren. Dedos hechos de terciopelo, recorriendo un bosque mojado, entrando despacio por el laberinto oscuro de lo prohibido, y ahí, justo ahí, el cielo se vuelca sobre el océano. Qué deleite y que locura morder el verbo, beber en la orilla, sentir los pechos clavados a la espalda, las manos danzando por el cuerpo. Besos, caricias, qué derroche, qué locura, comerse, devorarse, sentirse, como si ya no quedarán más noches. Piel con piel, mientras las bocas se buscan, y las piernas se entrelazan, deseo y rabia. No hay tregua ni descanso. Se buscan. Se encuentran. Dos mujeres que se aman tatuándose cada roce en el alma. Qué hermoso desahogo beberse de un trago la sal y las algas, y que insufrible, el quiebre de esa ensoñación, cuando una voz metálica las despojó de la fantasía, para comunicarles que habían llegado a la última parada. Era el final del trayecto.

Las dos miraron hacia otro lado, las dos se levantaron, y las dos salieron del viejo vagón para tomar direcciones distintas. Qué irónica la vida, que desoladora la evidencia, de que más allá del espejismo solo hay engaño.

>>

Cuando acabó de leer el relato, cerró el libro rápidamente, y con extremo nerviosismo lo dejó sobre la mesa del escritorio. No sabía qué pensar. No era que se sintiera escandalizada por el relato, pero le sorprendió que su hija leyera ese tipo de cosas. Se preguntó, si Lola era lesbiana. Ella nunca notó nada, y además, ya había tenido un par de novios. Aunque la

verdad, es que no era eso, lo que la había violentado. Lo que la había descolocado, era lo que ella había sentido al leerlo. Se sintió excitada, sintió como su cuerpo, entero, se humedecía, y su corazón se aceleraba.

Se marchó de la habitación de su hija, cerrando tras de sí la puerta. De forma precipitada, se dedicó a las tareas de la casa. Era como si intentara calmar aquella extraña excitación, entregándose de forma compulsiva, a los quehaceres diarios. No consiguió su objetivo, ya que aquel relato seguía vivo en su mente, dibujando escenas, más que atrevidas.

Aquello le provocaba cierta confusión, a la vez, que mucha curiosidad. Aquel libro, era como la caja de pandora, una vez abierta, ya no se podía cerrar. Finalmente, mirando hacia todos los lados, como asegurándose de que no la veía nadie, a pesar de estar sola en la casa, volvió a la habitación de Lola, cogió de nuevo el libro, y de nuevo, al azar leyó otro relato.

<< Cómo puede el cansancio cuando llega la noche. Qué insufrible esfuerzo me supone cada escalón, cada paso que me lleva hasta la puerta de casa. Esto es lo que tiene, vivir en un edificio antiguo, antiguo y viejo.

Es curioso, como las pequeñas cosas de cada día, se convierten en un ritual. El chirriar de la puerta al abrirse, el crujido de la madera cuando cruzo el pasillo, mi cansancio, tu ausencia. Y así, como cada día, dejo caer mi chaqueta al suelo, en el transcurrir del camino que me lleva hasta la habitación. Abro la puerta. Enciendo a tientas la vieja lámpara, y bajo el manto de esa luz tenue, te encuentro. En mi cama. Durmiendo desnuda, envuelta entre sábanas blancas. No es real. Tú no estás ahí, nunca lo estuviste, y posiblemente nunca lo estarás, pero estás ahí. Ahora estás ahí.

Cómo pesa esta locura. Cómo pesa este cansancio. Qué lastre envolverse en la prudencia, en lo conveniente, en el silencio. Ahora estás aquí. Hoy estás aquí, y a mí me pueden las ganas. Las ganas de sentirte, de tenerte.

Qué osadía acercarse hasta ti. Mirarte sintiendo, que se me escapa la vida, en cada golpe de aire que no respiro. Qué irreverencia, despojarte lentamente de esa sábana que te oculta a mis ojos. Qué imperdonable delito sentir tu piel bajo mis labios, mi sangre alborotada por la geografía de tu deseo. Sin mirar atrás, mis dedos, como alas abiertas, se posan en tu garganta, dibujando un surco que desciende hasta tu vientre. Qué imperiosa necesidad,



beber de tu boca, despacio, muy despacio. Qué doloroso deleite, descubrirme entrando en ti. Sentirte como gardenia que se abre a mis dedos, derramándose, buscándome. Cómo quema el infierno, cuando deambulo por tu pecho. Cómo hiere dejarme caer hasta tu sexo, hacerlo mío, sentirlo abierto. Cómo embriaga, cada gesto, cada caricia, cada beso. Subir por tu espalda, para descender por tu garganta. Un minuto, un segundo, un instante, cada centímetro de tu piel, tatuada en la mía. Mi libertad clavada en tu mirada, mi cuerpo rendido a tu agua. Lenguas cautivas, que rompen las cadenas para danzar el baile de los malditos, que se encuentran para pintar una noche, tras la que esconderse, de las miradas envenenadas de los que no comprenden. Te llevo subida a mi cintura, enredada en mi pelo, descubriéndote en cada beso, en cada callado silencio. Quiero quedarme ahí, para siempre, en tu boca, en tu pecho, en tu deseo. Sentir que me quedo dentro, no salir jamás. Llevar tu olor, envolviendo mi boca.

Qué maravillosa locura, sentir cómo me arrancas la vida, mientras encuentras tu sitio subida a mi rodilla, y qué lejos me queda todo, cuando naufrago por tus orillas. Bendita la osadía de tenerte. Cómo duele llevarte tan adentro, sentirte como te siento. Bendita locura la que me lleva a convertir tu boca en mi templo. Nunca sabrás como me dueles, cómo duele amarte tanto, cómo duele despertar. Despertar para descubrir que esto sólo fue un sueño. Sólo un sueño. >>

Emma no conocía a la escritora de aquel libro, en realidad hacía mucho que no leía, no tenía tiempo. Pero aun habiendo perdido el hábito de la lectura, reconocía que los relatos, estaban escritos con extremada sensualidad y también delicadeza, aunque poco importaba eso, si el resultado, al menos en ella, era una ebullición de sangre y una humedad que la empapaba toda.

Volvió a salir de la habitación, de la misma manera que lo hizo la primera vez. En esta ocasión fue directa al baño, donde se desnudó para meterse en la ducha, y quedándose quieta bajo el agua.

Dicen, que nada mejor que una ducha de agua fría para adormecer las ganas, pero o bien, el agua no debía de estar muy fría, o bien algo se había desatado en ella, de una forma que se le hacía imposible controlar. Y habiendo perdido la batalla por dominar sus instintos, se dejó llevar.

Se abrazó a sí misma con fuerza, para liberar sus manos, que fueron recorriendo su cuerpo. Primero sus pechos, y desde ahí hasta su sexo, que

acarició con suavidad, para poco a poco, y de forma intermitente, concederse un placer, como hacía tiempo, ni ella ni nadie, le había brindado.

## 2

Aparentemente, todo era como siempre. Llegaron los chicos, Mikel y Lola. Llegó el marido, y a las nueve de la noche cenaron. Después, como siempre, Mikel se fue a su habitación. Jonas, el esposo callado, se dejó caer en el sofá, para ser abducido por la televisión. Emma y Lola recogían la cocina. Emma creyó, que aquel era un buen momento para hablar con su hija. Quería saber sobre los pensamientos y los gustos de Lola, aunque de alguna manera, también esperaba encontrar respuestas, a lo que le había sucedido a ella esa tarde.

—Cariño.

—Si mamá.

—Te he dejado la ropa ya doblada sobre la cama.

—Sí, ya lo he visto.

—Tienes que hacer algo con todos esos libros y esos trastos, que tienes en la habitación. Tu escritorio es un horror. Parece un mercadillo callejero —le recriminó Emma pero sin ningún ápice de enfado.

—Ya. Ya lo sé. Es que la habitación se me queda pequeña. De todos modos, está ordenada. Yo no tengo problemas para encontrar lo que busco. Siempre lo encuentro todo a la primera —le respondió Lola con tono algo divertido.

—Mientras intentaba hacer espacio entre la montaña de cosas que había sobre el escritorio, se ha caído un libro al suelo — aparentando cierta inocencia, intentó tomar el pulso a la situación .

—¿Y?

Emma se acerca a la mesa de la cocina, se sienta mientras mira a su hija, que le corresponde con una mirada interrogante, y una sonrisa burlona.

—Ven. Siéntate aquí conmigo, que quiero hablarte.

Lola deja el paño de cocina, con el que estaba secando los platos, y se sienta frente a su madre hambrienta de curiosidad.

—Uy,uy,uy. Qué pasa.

—El libro, ese que se ha caído cuando ordenaba tu cuarto.

—¿Siii?

—¿Tú quieres decirme algo?

—¿Yo? ¡Por Dios mamá! Estás de un raro —sin perder la sonrisa y

sin dejar de mirarla interrogante—. ¿Qué pasa?

—Yo no quiero que creas que soy una entrometida, y tampoco, que sea algo que me importe, pero si es así, pues me gustaría saberlo. A mí, de verdad me da igual, yo sólo deseo que seas feliz.

Lola suelta una carcajada. No entiende nada y la situación le resulta, no sólo surrealista, sino también extremadamente cómica.

—De qué me estás hablando. No entiendo nada.

—Del libro.

—De qué libro me hablas.

—De uno, que se titula *Fantasías prohibidas*.

Al escuchar el título del libro al que se refería su madre soltó una carcajada. Lola estaba que se moría de risa. No podía parar de reír. Su madre quería hablar, como se habla de madre a hija, cuando eres una cría. Y lo quería hacer sobre un libro erótico. Ya no era surrealista, aquello era la hostia de divertido.

Cuando finalmente consiguió calmar el ataque de risa, y viendo a su madre más que incómoda, moduló el tono y la postura, e intentó tranquilizarla, de lo que se pudiera haber imaginado.

—Mamá, ese es un libro de relatos eróticos. Nunca imaginé, que saber que tu hija lee literatura erótica te pudiera escandalizar. Pero si te tranquiliza, te aseguro que también leo drama, ficción y hasta novela histórica.

—No estoy escandalizada —puntualizó Emma un tanto ofendida—, y de hecho me ha parecido que estaba escrito de una forma muy adecuada.

—¿Lo has leído? Qué te ha parecido. Buenísimo, ¿verdad?

—Bueno, sólo he leído un relato. Me llamó la atención el título y... He leído sólo un poco.

—Vale, qué es lo que quieres saber. Suéltalo ya.

—¿Eres lesbiana?

Lola volvió a soltar una carcajada —No. No lo soy, al menos de momento. Por qué me preguntas eso.

—El relato que he leído, iba de dos mujeres en un vagón del metro.

—¿Y qué? Es un libro de historias, donde hay todo tipo de relaciones. Homosexuales y heterosexuales. Es un libro, que cuenta historias, sólo eso. Así es el amor y así el deseo. No sabe de etiquetas, se disfruta y ya está. ¡Ay mamá! Qué antigua eres —riendo burlona.

—No soy antigua, pero no sabía y pensé...

—¿Sabes una cosa? Creo que necesitas desmelenarte un poco.

—Yo ya no tengo el cuerpo para desmelenes —levantándose y dirigiéndose hacia la encimera, de donde recogió un par de botes que guarda en el armario—, no tengo el cuerpo, ni tengo el tiempo.

Lola también se levantó, cogió de nuevo el paño de cocina, y continuó secando los platos.

—Pues yo creo que si tienes cuerpo, y el tiempo se busca. Te estás haciendo vieja antes de tiempo. Aún eres joven. Deberías disfrutar un poco. Bueno un poco no, todo lo que puedas. Al fin y al cabo, sólo se vive una vez.

—No digas tonterías. Ya verás de aquí a unos años. Ahora todo te parece fácil, pero ya verás.

—Ja,jaja. Mira que eres aburrida. ¡Ah, por cierto! Esto de ser las chachas de los machitos, se ha acabado en esta casa, al menos por mi parte. Que a partir de ya, que tu marido y tu hijo, muevan el culo. Aquí el trabajo de la casa, lo hacemos entre todos.

—Mi marido que es tu padre, es un caso perdido. En cuanto a mi hijo, que es tu hermano, estoy de acuerdo.

—Tú sí que eres un caso perdido mamá.

Emma movía la cabeza negando, mientras sonreía. Todo ello, a la vez que, jugueteaba con su madre, dándole achuchones y besos.

Siempre era la última en irse a la cama. Lo dejaba todo preparado para el día siguiente. Todo dispuesto para todos. Y era entonces, cuando reinaba el silencio, cuando todos dormían, que ella encontraba su particular refugio de paz, acurrucada en el sofá. Normalmente durante un rato, antes de ir a dormir, se acomodaba y hacía punto. Lo hacía como terapia. El punto requería concentración, de ese modo, evitaba que otros pensamientos le invadieran la mente, agotándola más de lo que ya estaba, y condenándola a una noche de insomnio.

Como siempre, y llevando a cabo el mismo ritual de cada noche, cogió su cesta de mimbre, donde guardaba sus agujas y sus ovillos de lana, y se dejó caer en el sofá. Al rebuscar en la cesta, se encontró con algo que no esperaba y que le sobresaltó.

Lola sabiendo que su madre era mujer de costumbres, y que todo lo hacía siempre igual, ya que parecía que vivía sujeta a rituales cotidianos, dejó el libro de relatos dentro de la cesta, sabiendo que aquella misma noche, lo encontraría. Es cierto que hubo un punto de burla en ello, aunque también

pensaba, que su madre necesitaba descubrir otras realidades.

Emma cogió el libro como quien coge una bomba de relojería. Dudó. Dudó mucho. Se sentía culpable, pero no sabía muy bien de qué. De todos modos, la curiosidad le pudo, y finalmente lo abrió y empezó a leer.

<< Están ahí, sentados uno frente al otro. Él le cuenta algo que ha pasado en la oficina, mientras a bocados muy pequeños, devora el entrecot que ella ha preparado para cenar. Ella, como siempre asiente. No tiene nada que decir. En realidad ninguno tiene ya nada que decir. Después de veinte años compartiendo el mismo techo, la misma mesa y la misma cama, ya no hay mucho que contarse. Harán lo mismo de cada día. Después de cenar, ella recogerá la mesa y fregará los platos. Él se adueñará del mando a distancia, y surcará raudo, todos los canales hasta encontrar algún espacio, en el que se relate las vicisitudes deportivas del día. Ella aparecerá con un té para él, y se sentará a su lado. En silencio, ambos clavarán la mirada en la pantalla de la televisión para ver cosas distintas. Él, se dejará llevar por los apasionantes episodios del culebrón futbolístico, y ella, a ella de repente, le viene a la mente la imagen de ese joven de aspecto agradable, que se ha cruzado con ella en la portería esa mañana. Al parecer, el piso de abajo tiene un nuevo inquilino. El sexto en un año. Se pregunta que debe de tener ese piso, para que la gente se vaya antes casi de instalarse. Y con esa curiosidad se va a la cama. Se acuesta junto a ese hombre. El mismo desde hace veinte años, y cierra los ojos con fuerza, como intentando atraer el sueño. Éste llega y ya presa de él, vuelve a aparecer la imagen del joven que vive justo en el piso de abajo. Lo ve allí, de pie, mirándola a los ojos. Poco a poco, se va acercando. La distancia cada vez es más corta, tan corta que sólo unos pocos centímetros los separan. Con los ojos de él clavados en los suyos, siente como le va desabrochando la blusa. Son unas manos suaves, fuertes y firmes, que desde su cintura bajan despacio hasta perderse por entre sus muslos, y es entonces, cuando un sudor frío la hace despertar.

Sobresaltada, con los ojos abiertos de par en par, mira a su alrededor. Se siente aliviada al ver que su marido sigue ahí, de espaldas a ella, durmiendo, ajeno a lo que ha soñado. Abrumada, se levanta con cuidado de no hacer ruido, y se dirige al baño. Al mirarse al espejo, no puede evitar sentirse culpable, y sobre todo, no puede evitar, sentir cierta vergüenza. Una vergüenza que se convierte en miedo, cuando nota que sus muslos están totalmente empapados. No sabe que ha pasado, no sabe por qué ha sucedido,

y como llevada por la imperiosa necesidad de borrar todo rastro de esa perversa fantasía, se mete a la ducha, y durante no se sabe cuánto tiempo, se dedica a enjabonar su cuerpo para después, frotarlo con tanta fuerza, que acaba abriéndose la piel, y así una y otra vez.

A la mañana siguiente, lleva a cabo el mismo ritual de todos los días. Primero, elige la camisa y la corbata que se pondrá su marido para ir a la oficina. Luego prepara el desayuno. Un café y un par de tostada. Después de eso, un beso y un *qué tengas un buen día*. Él se marcha al trabajo, y ella se queda haciendo las tareas de la casa. Ya entrada la mañana, se viste para ir a comprar, y una vez cierra la puerta de casa, le reza a Dios para no encontrarse con su joven vecino. Pero al parecer, Dios estaba ocupado en ese momento, ya no atendió a sus ruegos, porque ya de vuelta a casa, cargada con la compra del día, se lo encontró esperando el ascensor.

Él la dejó pasar, haciendo alarde de buena educación, y una vez en el interior, Julia se arrinconó en una de las esquinas, clavando su mirada en el suelo y sintiendo una mezcla de vergüenza y curiosidad que le ahogaba. No hubo conversación alguna, algo que ella agradeció. Un simple *adiós*, dichos por ambos, fueron las únicas palabras que intercambiaron, cuando el elevador paró en el sexto piso, y él descendió cerrando las puertas tras de sí. Julia se sentía tan aturdida que cuando llegó a casa, soltó la compra, y corrió hacia la cocina a prepararse una tila. Aunque ni después de haberse tomado la infusión de un trago, se sintió mejor. Las piernas le temblaban y su mente ardía en preguntas, a las que no encontraba respuesta. ¿Qué le estaba pasando? Ella era una mujer de cincuenta y dos años, felizmente casada. Es cierto, que hacía mucho que echaba de menos ciertas cosas, un poco de romanticismo, un poco de atención, y también un poco de pasión. Pero después de veinte años de matrimonio, era normal cierta monotonía. Lo que no era normal, era esa especie de rebelión de hormonas, que de repente le asaltaban y desde luego, lo que no era normal, era que esa ebullición en la sangre, se la produjera un veinteañero. Aquello no era normal, o como mínimo no era normal para ella. Fuera como fuese, ella decidió que tenía que buscar una solución, e hizo lo que cualquiera haría. Buscar lo que más cerca tenía.

Aquella noche preparó asado de cordero. Sabía que aquella era la comida que más le gustaba a su marido. Descorchó una de esas botellas de vino que tenía reservada sólo para momento especiales, compromisos,

normalmente. Cubrió su piel con el mejor de sus vestidos. Se maquilló y esperó. Esperó a que llegara su marido, el único hombre que había habido en su vida. Y cuando éste llegó y vio tan preparada escena, sintió pánico. Por un momento, pensó que aquella era una fecha que él había pasado por alto. Pero no, no era su aniversario de bodas, tampoco el cumpleaños de Julia, ni tampoco el de él y así, lejos de intuir lo que estaba pasando, y lejos de entender lo que su mujer buscaba, se dejó agasajar sin hacer preguntas. Y tampoco hizo preguntas, porque tampoco le dio importancia, cuando terminada la cena, ella lo cogió de la mano y se lo llevó a la habitación. Ella le pidió amor, ternura y un poco de locura, y él le dio instinto. Un instinto que no duró más de quince minutos y que la dejó preñada de flores marchitas. Él cumplió, como lo hace un hombre fiel al manual del buen esposo, pero ella no buscaba un esposo. Ella buscaba un amante. Y con un sabor amargo resbalándole por la piel, Julia sintió como su alma se convertía en un manojo de pétalos secos, que desaparecían en un oscuro vacío cuando, Armando, su marido, tras haber acabado de montarla sin demasiado encanto, se dio media vuelta, y se quedó dormido.

No pudo evitarlo, y lo cierto es que tampoco puso demasiada resistencia. Con la mirada perdida en el techo, la imagen de su joven vecino volvió a aparecer. Cerró los ojos y se dejó llevar por la imaginación.

No era Armando quien estaba a su lado, sino él. El veinteañero de ojos oscuros y piel morena. Eran sus labios abiertos los que le recorrían el cuerpo. No, ese no era su marido, era el otro. El amante sin nombre, sin pasado ni futuro, el que le desplegaba las alas y la hacía volar. Y llegó a lugares que ni imaginaba que existieran, y acunada en un vaivén de sensaciones nuevas, despertó a la mañana siguiente con el cuerpo cansado, pero con el alma en pie.

Armando como era de esperar, no se dio cuenta de que había algo distinto en los ojos, en la piel, en las manos de Julia. Él continuó ciego e inmerso en su controlada forma de vida, en la que nunca pasaba nada. Y así fueron pasando los días. Él complacido en su monotonía, y ella siendo presa de un juego de fantasías que le evadían de una vida, que cada día se le hacía más gris. Pero las fantasías pueden ser peligrosas, sobre todo cuando cabe la posibilidad de que dejen de ser algo imaginario para pasar a ser algo real. Suele ser entonces, cuando uno descubre que el fuego quema, y ella acabó ardiendo en la hoguera del deseo y la inconsciencia.

Habían sido varias las ocasiones en las que Julia se había cruzado con



su vecino. Unos, Buenos día o unas Buenas tardes, eran las únicas palabras que se dirigían. Siempre que se encontraban, ella esquivaba la mirada de él, como si temiera que él pudiera descubrir en sus ojos su secreto más callado. Pero un día, a media tarde, alguien llamó a su puerta. Ella abrió y se quedó petrificada cuando se lo encontró allí, de pie frente a ella.

— Perdone que la moleste. Tengo un problema. Me he dejado las llaves de casa dentro, y no puedo... Y tampoco llevo el móvil. También me lo he dejado. Si me deja usar su teléfono, sólo será un momento.

— Claro —es lo único que Julia acertó a decir.

El muchacho entró, y guiada por Julia llegó hasta el salón. Ella le indicó donde estaba el teléfono pero antes de que el joven descolgara el auricular, ella le preguntó si iba a llamar a un cerrajero.

— Sí. — contestó él.

— El portero tiene llaves de todos los pisos. Por si pasa algo.

— Lo sé. He ido a buscarle y no está. No sé si va a volver hoy, o si ya no vendrá hasta mañana.

— Volverá sobre las seis y media. Todos los días va a visitar a su madre. Está en un centro para ancianos. Y vuelve sobre las seis y media.

— Entonces mejor espero, y me ahorro el cerrajero.

— Sí. Será lo mejor.

— Bueno, pues gracias por todo.

— No hay de qué.

Cuando el muchacho ya estaba a punto de marcharse, ella le preguntó sobre lo que iba a hacer mientras esperaba. Fue un acto inconsciente del que ella misma se sorprendió, y cuando se dio cuenta, ya era tarde para echarse atrás.

— No sé, esperaré en el bar de la esquina, supongo.

— No es un lugar muy recomendable.

— ¿No?

— Ahí se reúne lo peor del barrio.

— Buenos, pues entonces esperaré en la escalera.

— Puedes quedarte aquí. Te puedo ofrecer un café.

— No se preocupe. No quiero molestarla.

— No es una molestia.

— Pues entonces, vale.

Volvieron al salón, él se sentó en el sofá y ella se fue a preparar el café. Mientras llenaba de agua la cafetera, una voz salida de su interior, le

decía que aquello no estaba bien. Pero ella no quería oír nada, además estaba segura de que una cosa era tener una fantasía, y otra abalanzarse sobre su vecino. Ella no era de ese tipo de mujeres. Y así, segura de sus fuerzas, salió con una bandeja sobre la cual había dos humeantes cafés. Bandeja que depositó sobre la mesa de centro, para seguidamente ofrecerle uno a él, y tomando ella el otro.

Durante unos minutos, ninguno supo que decir, y la falta de conversación les hizo sentirse, a los dos, un tanto incómodos. Finalmente, Julia abrió la boca para intentar relajar la situación.

— ¿Te gusta vivir aquí?

— Sí. No está mal. El piso es grande y se está bien.

— Perdona. No sé cómo te llamas.

— Aron. ¿Y usted?

— Julia.

— Es un nombre bonito. Es un nombre de novela.

Julia lo miró de una manera que el muchacho no supo entender. Así que por miedo a haber sido imprudente, atrevido o grosero, intentó rectificar.

— Quiero decir que hay muchos personajes femeninos con ese nombre... en las novelas.

— ¿Te gusta leer?

— Sí. Mucho. Me acabo de graduar en literatura inglesa.

— Pensaba que a los jóvenes de hoy, sólo les interesaba eso de la informática y poco más.

— Bueno, me gusta la informática, y también me gusta leer. Es mi gran pasión.

Julia no podía, lo intentaba, pero no podía evitar sentirse cada vez más atraída por ese hombre. Y a pesar de ello, no hubo en ella ningún gesto, ninguna palabra, que dejara entrever lo que realmente sentía.

Todo en ella era corrección. Supo estar en su sitio, en el lugar que le correspondía. El lugar en el que debe estar una señora de más de cincuenta, casada y respetable. Y entre corrección y respetabilidad, fueron dándose a una conversación amena y distendida en la que él, le contó cosas de su niñez, de lo que esperaba del futuro.

Pasadas las seis y media, Aron se puso en pie para marcharse. El portero ya habría llegado. Julia le acompañó hasta la puerta y al despedirse, sus manos se rozaron. Sólo fue un leve roce no intencionado, que despertó en ambos, algo extraño que cada uno se calló para sí.

Aquella misma noche, Julia aprovechó que su marido estaba embelesado, mirando la televisión, para bajar la basura. Necesitaba un poco de aire fresco con el que calmar tantas emociones contradictorias. Ya de vuelta, y mientras esperaba el ascensor, sintió una mano sobre su hombro. Se giró y se encontró con Aron.

— Hola – le saludó él.

— Hola. ¿Encontraste al portero?

— Sí. Sí lo encontré.

No hubo más conversación, ambos callaron. Pasados sólo un par de segundos, en los que sólo hubo silencio. Se miraron, y esos pocos segundos parecieron horas. Sin saber cómo, ni porqué, de repente ella sintió los labios de él sobre los suyos. Los principios, la corrección, la respetabilidad y la moral, huyeron escandalizados, y Julia dejó de tener mente y razón para tener sólo piel. Y su piel gritaba enloquecida la necesidad de ser abrigada por el deseo, por las ganas.

Sin despegarse ni un centímetro, sin dejar de besarse de una forma casi salvaje, se fueron arrastrando hasta el hueco posterior del ascensor. El hueco que quedaba justo debajo de las escaleras, y allí ya no hubo tregua. Parecía que el mundo se les acababa, que la vida se les escapaba, no hubo espacio para nada que no fuera rabia y locura.

Cuando Julia entró en casa, corrió con la mayor discreción al baño, donde intentó arreglarse el pelo, estirarse el vestido y disimular el sofoco. Cuando creyó que había recuperado un aspecto más o menos normal, salió y se dirigió hacia el salón, donde su marido seguía con los ojos puestos en la pequeña pantalla, y sin apartar su mirada de la televisión, le hizo un gesto para que se sentara junto a él.

— ¿Te encuentras bien? — le preguntó con tono cotidiano.

— Sí. ¿Por qué?

— Pareces cansada.

— Bueno, lo estoy un poco. Pero no más que otros días.

— Será mejor que nos vayamos a dormir.

— Sí. Será mejor.

Se fueron a dormir, y cada uno a su manera, dejó que pasara la noche. Él abrigado por el sueño que lo acunaba en la fantasía, de ser un hombre con más tiempo libre, para poderse dedicar a sus aficiones, el fútbol, la jardinería y el mus. Ella en la pesadilla de verse víctima de la quema, al haber caído en el desespero de la lujuria.

A la mañana siguiente todo fue como tenía que ser. Ambos llevaron a cabo la misma rutina. Cuando él se marchó hacia la oficina, ella siguió con sus tareas. Aquellas de todos los días.

Pasada las dos del mediodía sonó el timbre de la puerta y la monotonía se rompió. Julia no sabía quién podía ser a esa hora, pero lo intuía, y lo cierto es, que la intuición no le falló.

Por un momento no supo que hacer. Si dejarle entrar o no. Sentir el cuerpo de Aron tan cerca le hizo decidirse. Le dejó pasar. No fue como en la noche anterior. Ahora tenían tiempo y supieron disfrutarlo. Para Aron aquello era un sueño hecho realidad. La fantasía de todo crío de veinteañero y para ella, era un morir para renacer. Una forma de ahuyentar el marchitar de los pétalos, que anidaban en su alma y su aire. A cada caricia, su piel se estremecía despertando de su letargo. Sentir el peso vivo de él, sobre su cuerpo, le abría a un camino por el que nunca había caminado. Había dejado de ser la mujer, la esposa fiel de alguien, para pasar a ser la amante de un joven, que un día desaparecería de la misma forma en la que apareció, y aquello la excitaba.

Muda a la verdad, ciega a la culpa, Julia se dejó llevar por la necesidad de sentir. Agarrada de la mano de lo que no está permitido, se dedicó a vivir sin preguntarse hasta cuando, sin pensar qué ocurriría después.  
>>

Emma cerró el libro, y nerviosa lo escondió en la cesta. Aquella historia le había puesto ante una realidad descarnada, su propia realidad. Por un lado, aquella mujer de la historia era tan como ella, que se asustó. Le asustó la idea de marchitarse de aquella manera, y le asustó pensar, que como la protagonista de ese relato, un día pudiera lanzarse al vacío y perderlo todo, intentando saciar un deseo insatisfecho.

En otro momento, aquello no le hubiera perturbado en lo más mínimo, pero después del despertar de tantas emociones, de tantas inquietudes, de la excitación precipitada de aquella misma tarde, su controlada realidad empezaba a tener alguna grieta de la que ella, empezaba a ser consciente.



### 3

La noche se hizo larga, muy larga para Emma. Todo eran preguntas sin respuestas. Idas y venidas de pensamientos, que no le llevaban a ninguna parte, más allá de que algo desconocido, se había despertado en su interior. Fuera como fuese, el despertador no perdona y a las 6:30am sonó para sacarla de su laberinto emocional y devolverla a su realidad cotidiana.

Aparentemente, y para no perder la costumbre, todo fue como siempre. Una ducha rápida, un desayuno aburrido que consistía en un café solo y una tostada integral con mermelada baja en calorías, y por supuesto, un salir a toda prisa para evitar que se le escapara en metro de las ocho. Y todo ello, llevado con el máximo sigilo, ya que el resto de la familia aún dormía.

Por primera vez, al menos en mucho tiempo, se sintió extraña sentada en aquella mesa, frente al ordenador, contabilizando balances. Miró a su alrededor, y sintió como extrañas y desconocidas, a todas aquellas personas, compañeros de trabajo durante años. Sin duda alguna, algo estaba sucediendo, aunque ella, aun no era capaz de saber qué.

En realidad era sencillo, había llegado un momento en el que la falta de aire era tal, que su esencia se rebeló. Su vida era no sólo estresante, sino que era tan, tan aburrida y hacía tanto, tanto que no alimentaba a sus instintos, que estos decidieron ponerse en pie de guerra. Y lo hicieron desbordando las pasiones.

Como cada día, más o menos a media mañana, Alex, el mensajero de la empresa llegó y repartió los paquetes y la documentación. Emma estaba harta de verlo, pero aquella mañana lo vio de otra manera. Lo vio como un hombre. Un hombre de sonrisa algo golfa, mirada amable y cuerpo nada esculpido, aunque sí apetecible. De hecho le pareció tan apetecible, que cuando él se giró dándole la espalda para poder entregar varios sobres a otra compañera, Emma no pudo evitar repararlo, y no pudo evitar, pensar que tenía un culito muy mono.

Alex era el mensajero de la empresa, se encargaba de llevar y traer documentación de una delegación a otra, y repartirla. En realidad, no era un hombre de esos que cuando pasan por tu lado, te tienes que girar. No era

guapo y no, no tenía uno de esos cuerpos tallados a golpe de horas de gimnasio. En principio pasaría por un hombre del montón, de lo más común, pero no era como los demás. Tenía cierto atractivo, al menos, así se lo pareció a Emma. Alto, proporcionado, piel morena, cabello castaño oscuro, ojos color miel, educado, divertido y con un aire un poco de loco bohemio. También había que reconocer que los jeans le quedaban de miedo. No, no era un tipo sofisticado ni elegante. Unos jeans, una camisa, zapatos informales, cazadora de cuero o chaquetón marinero, según el día, y una gorra, era su atuendo habitual, aderezado, normalmente, por una barba de dos o tres días bien cuidada.

Cientos, posiblemente miles, habían sido las veces en que Alex y Emma se habían visto en la oficina, y nunca ella reparó en él, hasta ese momento. ¿Por qué? Quizá porque era la primera vez que Emma levantaba la mirada de su mesa de trabajo para mirar a alguien, y lo cierto es que, lo que vio, le gustó. Aunque se negara a reconocerlo.

Un día más, al llegar la hora de comer, Emma se fue, junto a algunas compañeras, a la cafetería que había justo enfrente de la oficina. Y una vez más, las cuatro, Emma, Ana, la recepcionista, Sara y Joana, también contables, se sentaron en la mesa de siempre y como era de esperar, cada una en el mismo lado de la mesa de siempre.

Entre bocado y bocado, entre critiqueo y critiqueo de que si el jefe de Recursos Humanos, que si la secretaria de dirección, que si tal y que si cual, salió a relucir un tema que parecía perseguir a Emma.

La noche anterior, en un canal de televisión pusieron una película basada en un conocido libro. Un auténtico bestseller. Millones de ejemplares se habían vendido en todo el mundo y no es que eso fuera algo raro, lo que sí era asombroso, es que un libro inscrito en el género de la literatura erótica, tuviera tanto rebomborio y tantas ventas. Y es que este género literario, si bien es muy leído, también es cierto, que es muy poco dado a colarse en las listas de los libros con mayor proyección. De todos modos, ese no fue el tema de conversación, ya que a ninguna de ellas les importaba mucho el doble rasero del mundo cultural y editorial. Lo que de verdad les importaba, llevándolas hasta la fascinación, era lo que ocurría en la novela, y en este caso, mejor lo que sucedía en la película.

Emma como siempre se quedó fuera de juego a la primera de cambio. No había leído la novela y tampoco había visto la película, así que tuvo que

preguntar y sus compañeras, como adolescentes curiosas ante el descubrimiento de los secretos de la sexualidad, se lo contaron todo, y lo hicieron con pelos y señales.

Las oía hablar y la verdad es que no entendía nada. Todas ellas, tres mujeres de diferentes edades, de distinta ideología política, de caracteres tan dispares, babeaban literalmente recordando, hablando, imaginando y fantaseando con la idea, de que un tipo guapo y rico las contratara como esclavas sexuales. Las miraba y no las reconocía. Esas eran las mismas mujeres, que tres semanas antes, despellejaron a una periodista y escritora, por decir que lo de ser madre no era la panacea. La llamaron puta y mala madre. Sí, esas mismas que cuatro días después, y en solidaridad a una víctima de violencia de género que encontraron muerta, se colgaron un lazo de color malva y una chapa que decía, *No a la violencia, No a la sumisión. Las mujeres no obedecemos*, y eran la mismas que ahora soñaban con ser sometidas por un tipo musculoso que les exigía obediencia ciega. Definitivamente, a Emma todo aquello le sobrepasaba, y la verdad es que ella, ya tenía bastante con lo suyo como para perder el tiempo y las energías, en intentar comprender tanta incoherencia.

Después de un café, volvió al trabajo y llegadas las cinco de la tarde, terminada su jornada laboral, se marchó dirección a casa, pensando en que antes, tenía que pasar por el supermercado. Y así lo hizo.

Horas más tarde, después de cenar y cuando ya todos se habían recluido en sus respectivas habitaciones, haciendo posible, que reinara el silencio en la casa, ella cogió su cesta, con las agujas y los ovillos de lana. Entonces recordó, que en el fondo de la cesta había escondido el libro de relatos, que su hija con toda intención, le había dejado allí la noche antes para que lo leyera. Por un momento, estuvo tentada de cogerlo, abrirlo y devorarlo, pero no lo hizo. Necesitaba quietud, necesitaba acallar las voces que le gritaban, que saliera al mundo y le diera alegría a ese cuerpo y esa alma, que hacía ya tiempo, habían empezado a marchitarse.

Y en busca de esa paz y esa quietud, se dedicó a tejer una bufanda. Se cansó pronto. No tenía la cabeza para contar puntos y vueltas. Así que se levantó, fue hacia la estantería donde se amontonaban los libros para los que nunca tenía tiempo, y cogió uno que parecía sencillo, e incluso un tanto naif y de vuelta al sofá, empezó a leer con la intención de entretener la mente.

<< Hace algún tiempo, oí a un anciano contar una historia a su nieto.



Era la historia de un pajarillo extraño y exótico. No había otro como él. Su cuerpo estaba cubierto de plumas de mil colores y su canto, recordaba a las musas. Nadie sabía cómo había llegado hasta aquella pequeña aldea situada a las faldas de la baja California, y tampoco nadie sabía, de dónde procedía. Lo cierto es, que poco importaba, porque desde que aquel pajarillo llegó, aquella pobre y mísera aldea, pareció renacer a la vida.

Cada noche la gente de aquel pueblo, se iba a dormir acunada por el canto del pajarillo, que les mecía con sus notas adentrándolos en un sueño profundo y plácido, para despertar al día siguiente, llenos de fuerza y alegría. Todos, desde los ancianos a los niños, querían al pajarillo. Él les había llenado el corazón de emociones y había vestido al pueblo y a sus gentes, de colores vivos y alegres. Pero un día a alguien se le ocurrió, que si bien aquel pajarillo había llegado allí, entonces de la misma manera, un día también podría marcharse, y aquel pensamiento le aterrorizó. Corriendo congregó a todos sus vecinos y les expuso sus temores.

Nadie quería que el pajarillo se marchara. Por ello, decidieron que lo mejor sería dar caza al ave y cortarles las alas. De esa manera, el pajarillo no podría volar y por lo tanto, nunca se marcharía de allí. A todos les pareció una buena idea, así que al día siguiente todos salieron con el propósito de encontrar al pajarillo y darle caza, y no fue difícil. El pajarillo era confiado, y no pensó que aquellas gentes que parecían buenas, pudieran hacerle daño, por lo que no opuso resistencia. Su inocencia le costó la libertad y esa falta de libertad le condenó al silencio, y a la muerte.

Nadie había previsto que aquello pudiera pasar. El pajarillo al no tener alas, no podía volar y si no podía volar, perdía la posibilidad de ser libre, y esa falta de aire, le agrietó la garganta y dejó de cantar. Ya nunca se volvió a oír su música, y poco a poco el pueblo se fue haciendo gris y sus gentes, dejaron de sentir. Se les agrió el corazón, sus vidas fueron llenándose de rabia, recelo y odio, hasta que finalmente el pajarillo no pudo soportarlo más y murió de tristeza y melancolía. Con su final, llegó el final de aquella pequeña aldea que sin saber cómo, se fue derrumbando hasta que muros y gentes, se convirtieron en un montón de escombros muertos. >>

Lo dejó ahí, no le apetecía seguir leyendo, de hecho lejos de llevarla a un espacio y a un tiempo de desconexión con sus sentimientos y emociones, que era lo que pretendía, aquel inicio de historia, le provocó una enorme tristeza. Cerró el libro, lo devolvió a su lugar, y apagando todas las luces se

fue a dormir.

Se acostó al lado de Jonas del mismo modo que lo había hecho en los últimos veinte años, Aquella habitación, de repente, se le antojó fría. E intuyendo que la noche podría ser muy larga, como lo fue la noche anterior, se tomó una pastilla para que le ayudara a descansar.

Ya en la cama, a espera de que las pastillas hicieran efecto, pensó que ella era como ese pajarillo al que le cortaron las alas. Le faltaba color, le faltaban risas a su vida. Pero ella era como era, callada, tímida y arrastrando siempre una mochila llena de miedos. Y con esos pensamientos, cerró los ojos para, poco a poco, caer en un profundo sueño y a merced de él, se vio entrando en la habitación de un hotel.

Era un hotel pequeño, con una fachada empedrada, por la que habían transcurrido siglos de historia. En el interior, un olor a jazmín y a madera vieja, lo impregnaba todo. La habitación era sencilla, con gran encanto, decorada al estilo provenzal. Con gesto cansado, Emma empezó a desnudarse, y justo en ese momento, escuchó como tocaban a la puerta. Rápidamente, se puso una bata y fue a abrir. Lo que se encontró tras esa puerta, fue a un hombre que le sonreía cómplice, llevando en la mano, una bandeja con un plato de cerezas y dos copas de vino rosado. Era Alex, que sin dejar de mirarla, entraba despacio en la habitación, mientras ella retrocedía, a cada paso que él daba.

Cerrando la puerta tras de sí, y ya en el centro de la habitación, él se apartó para dejar la bandeja sobre la mesita de noche. Para cuando levantó la mirada, Emma estaba a su lado. Todo era silencio, y jugando con ese silencio, ella abrió su bata, dejando al descubierto sus pechos. Impertérrito, Alex se agachó sin tocarla y con extrema suavidad, le besó los pezones. Primero uno, luego el otro. Ahí, fue cuando se empezó a respirar una tensión que ambos alimentaron, a sabiendas de lo que ocurriría cuando ésta fuera ya insostenible.

Desde sus pechos hasta su cuello, los labios de él recorrieron una piel que transpiraba deseo. Poco a poco, sus labios se encontraron para rozarse. No se tocan, las manos de ambos parecen inmóviles, sólo un leve roce de piel con piel, dos cuerpos a milímetros el uno del otro. Suavemente y manteniendo las ganas, sus bocas se entreabren para encontrarse. Lentamente, poco a poco, se besan, y es entonces cuando ella da vía libre a sus manos, que con sutileza lo separa un poco, sólo un poco. Y sin dejar de mirarle le desabrocha los botones de la camisa, que finalmente abre para dejar el torso de Alex al descubierto. Entonces deja caer dos dedos, dibujando una línea

que desciende justo hasta por debajo del ombligo, y ahí dándole primero un beso entreabierto, le desabrocha el pantalón. Por donde pasó primero sus dedos, deja ahora caer su boca, a la vez que, siempre con delicadeza, le va bajando los pantalones dejando sin ataduras, un miembro hambriento que arde por encontrar cobijo. Y la lengua húmeda de ella, aunque sólo de forma momentánea, calma el fuego para llevarlo a un incendio de pasiones descontroladas.

Aquí no hay lugar para los prejuicios, ni para las etiquetas. No hay lugar para la moral, la ética o la culpa. Aquí sólo hay un espacio y un tiempo, para ser y para disfrutarse el uno del otro.

Alex lleva sus manos hasta el rostro de Emma. Lo levanta levemente y se miran. Ella poco a poco se pone en pie, entonces él, le quita la bata y la lleva hasta la cama. Entre sábanas blancas de lino, él deambula por un continente de piel convulsa. Se entretiene descubriendo montes húmedos, socavando caminos ocultos, y de vuelta a la garganta de su amante, se abren los caminos. Ante lo cual, él declara su impaciencia, envolviéndose en un océano donde la sal y la espuma, chocan contra el embate de una roca que se derrama.

A un ritmo intermiten, con un vaivén de entradas y salidas, dos cuerpos se fusionan, se entregan, se hieren, se reconocen como uno sólo, y se desbordan deleitándose en un placer desconocido. Y allí, recuperando el aliento se quedan quietos, entrelazados. Él manteniéndose dentro de ella. Ella atrapándole a él con sus piernas.

No saben cuánto tiempo pasó, quizá sólo fueran unos pocos minutos, o quizá fueron horas. Recuperada la respiración, él levantó su cabeza y la miró. Ella le respondió con un beso largo, que acabó con un pequeño mordisco en el labio inferior. Los besos lentos continuaron, y ella incorporándose, hizo que Alex cayera de espaldas en la cama. Mientras se acomodaba sobre él, acarició su pelo, acarició su pecho y sintió como su pene volvía a endurecerse, entonces lo miró cómplice. Con sonrisa un tanto burlona, deslizó su mano hasta ese renacer incipiente, que él, ni podía ni quería evitar.

Un pitido ensordecedor sacó a Emma bruscamente de su sueño. Eran las 6:30 de la mañana y el maldito despertador la había devuelto a la realidad. A esa realidad del día a día, a esa realidad de verdades aparentemente únicas. Le costaba respirar. Estaba empapada de arriba abajo, todo su cuerpo olía a

sudor, y su entrepierna aún ardía humedecida.

Se levantó rápidamente, para ir directa a la ducha. Y allí, bajo los chorros de agua, le pudo la angustia. No encontraba explicación a esa fantasía soñada. Nunca le había ocurrido antes, y nunca imaginó que pudiera suceder. Se sentía culpable, se sentía como si de repente hubiera traicionado a su marido, a sus hijos, a su familia, a sus amigos, al mundo, pero lo que más le reconcomía, era que no podía dejar de sentirse excitada, cada vez que recordaba el sueño.

De vuelta a la habitación conyugal, se vistió rápido y más discretamente de lo habitual. Miró a su marido, que aún dormía, y lo hizo de reojo y con miedo. Con miedo a que él se despertara y con sólo mirarla, descubriera lo que ella, había hecho durante la noche.

Salió de casa a toda prisa, ni tan siquiera desayunó. Necesitaba salir y que el aire de la mañana le golpeará el rostro. Y necesitaba, sobre todo, salir de esa casa, su hogar. El hogar familiar que ella creía haber ensuciado, al dejarse llevar por un instinto primario, que le permitió durante la noche, descubrir que la lujuria, lejos de ser un pecado condenable, es un renacer que te llena la vida de colores, emociones y placer. No hay porque ser, ese pajarillo a quien le cortan las alas y le condenan a muerte. Hay la opción, de abrir esas alas y volar. Volar para poder descubrir, que hay otros mundos, otras formas de sentir y otras maneras de vivir.

En realidad sólo fue un sueño, húmedo, pero sólo un sueño, y ella lo sabía. Sin embargo, le pareció tan real que sentía que le había sido infiel a su marido, en su misma casa y en su misma cama.

## 4

Sentada en su mesa de trabajo, era incapaz de concentrarse en los informes económicos que se le amontonaban en la mesa. Las horas parecían no pasar y se le estaba haciendo eterno, le faltaba el aire, estaba tensa. Ya no podía más, así que decidió adelantar la hora de la comida. Se levantó, cogió su bolso y se fue directa al ascensor sin decirle nada a nadie.

Ya dentro del ascensor, se preguntó de qué manera, podía recuperar la calma, esa de la que disfrutaba tan apaciblemente, sólo dos días atrás. Al llegar a la planta baja, el ascensor abrió sus puertas y Emma salió inmersa en sus pensamientos, y lo mismo le ocurrió a Alex, de manera que uno saliendo y el otro entrando, ambos distraídos, tropezaron el uno con el otro. De forma automática, los dos se disculparon. Cuando Emma se percató de que el hombre con el que había tropezado era Alex, un amasijo de nervios estranguló su estómago. Él la cogió por el brazo, un simple gesto, propio de la situación pero para Emma era como entrar en la dimensión desconocida. Aquel pequeño roce, le supuso una descarga eléctrica, que le recorrió el cuerpo incendiándola por dentro de forma descontrolada.

Emma, presa de la paranoia, y sobre todo de la falta de costumbre, pensó que Alex se había dado cuenta de su excitación. De hecho, pensó que todo el mundo se había dado cuenta, y que todo el mundo, sabía de su sueño subido de tono, de la noche anterior.

Intentó recuperar la compostura, de forma torpe se volvió a disculpar por el tropezón y se marchó de allí, lo más rápido posible.

Pensó en tomar un café. Luego pensó, que mejor no. No tenía el cuerpo ni para café, ni para nada. Bajo hasta el parque y se sentó en un banco de madera. Necesitaba aquietar los pensamientos, canalizar las emociones y rebajar el deseo que le recorría por dentro. Y un poco de aire y algo de soledad, imaginó que le sería de utilidad, para conseguirlo.

No entendía que le ocurría, no le encontraba explicación. Todo empezó con aquel maldito libro de relatos eróticos. Emma maldecía la curiosidad que le llevó a cogerlo, abrirlo y leerlo. Todo empezó ahí, pero unas palabras escritas en un puñado de hojas, no podían ser la causa del infierno que estaba viviendo. Se sentía sobre todo culpable, aunque no sabía muy bien por qué. Ahora bien, más allá de la culpa, lo que de verdad sentía

era miedo, un miedo que la paralizaba.

Emma era una mujer normal, con una vida normal. Siempre fue tímida, y si bien, fue superando su timidez con los años, aquello de ser atrevida y osada, le quedaba lejos. Siempre fue, desde niña, prudente y responsable. Nunca se dejó llevar, primero calculaba los pros y los contras. Nunca se arriesgó más de lo debido. Su vida en realidad, era como un balance contable, de manera que no había lugar para imprevistos. Sin embargo, de repente, algo en su perfecto equilibrio se había roto.

Deambulando por sus pensamientos, vio como alguien se sentaba junto a ella. Era Carme, una compañera del trabajo, que la miró como quien sabe de antemano lo que ocurre, y eso intimidó a Emma.

—Qué haces aquí.

—Nada, sólo necesitaba un poco de aire. Hoy la oficina parece una jaula de grillos —intentando mostrar cierta naturalidad y cierta normalidad.

—Sí, es cierto. Hay días que se hace muy cuesta arriba aguantar ahí dentro, en la oficina, tantas horas. Yo a veces también me escapo.

—Buenos, ya te queda poco.

—Sí, en unos pocos meses me jubilo.

—Qué harás cuando te jubiles.

—Vivir —abriendo los brazos y respirando hondo, mientras sonreía plena de felicidad.

—Eso está bien.

—Para ser justa, he de admitir, que vivir yo he vivido siempre, y lo he hecho como me ha dado la gana. Sólo que ahora, no tendré que vivir sujeta a un horario y eso se me antoja maravilloso. ¿Y tú?

—¿Yo? A mí aún me queda para jubilarme.

—Ya, ya lo sé. Pero que no te jubiles no es impedimento para vivir —sonriéndole con picardía.

Emma la miró interrogante. No sabía cómo tomarse ese último comentario, y por un momento creyó que Carme lo sabía todo.

—Me refiero —continúo Carme sin perder la sonrisa— a que no es necesario esperar a la jubilación para disfrutar de la vida.

—Bueno —con cierta resignación—, a veces es difícil. Demasiadas obligaciones. Trabajo, marido, hijos, facturas, ya sabes.

—Mándalo todo a tomar viento y haz una locura.

Emma no pudo evitar soltar una carcajada, aunque su mirada delataba todo menos alegría.

—¿Cuando eras joven te imaginabas tu vida como es ahora?

—No.

—Cómo te la imaginabas.

—Me imaginaba —Emma sonrió nostálgica— estudiando arte en Florencia, y viviendo allí mientras restauraba antiguas obras de arte. Viviendo en una casa de campo cerca de la ciudad. En fin...

—La Toscana es un lugar maravilloso para vivir.

—Sí, lo es.

—Aún estás a tiempo.

Emma vuelve a soltar una carcajada, mientras le dedica una mirada a Carme llena de ironía.

—Lo digo en serio. Estás a tiempo.

—Creo que ya soy muy mayor para volver a la universidad y también es tarde, para todo lo demás.

—Por qué no estudiaste arte.

—Mi familia no lo veía con buenos ojos. Ya sabes, no era un trabajo serio. Cómo iba a ganarme la vida con el arte.

Así que acabé haciendo empresariales.

—Ya.

Se hace un silencio que ambas ocupan observando a unos niños que pasan riéndose y jugueteando entre ellos.

—Hazlo ahora —le indicó Carme—. No hay nada peor que vivir soñando con lo que podía haber sido, y no fue. Es un horror —Carme calló durante unos segundos distrayendo la mirada—. Mejor búscate un amante —soltó a bocajarro—. Después de eso, la vida ya verás que te parece más divertida y liviana. Te dará alegría y ganas de hacer cosas, y oye, a lo mejor te lleva a vivir a la Toscana.

Emma no dice nada, pero palidece mientras mira a Carme con los ojos abiertos y los labios temblorosos.

—Mujer, no me mires de esa manera —rió divertida Carme—. No me digas, ¿que no lo has pensado nunca?

Emma sigue sin poder decir nada, entre otras cosas porque no sabe qué decir.

—Todas tenemos fantasías y quien diga lo contrario miente. Nosotras tenemos fantasías al igual que ellos, sólo que nosotras nos las llamamos por

miedo. Por miedo al qué dirán, por miedo a lo que pueda ocurrir. Y para aliviar la frustración de querer y no poder, ocultamos nuestras más fogosas fantasías, vistiéndonos de ética, de moral y criticamos a las que sí tienen el valor de hacer lo que nosotras, quisiéramos hacer y para lo que no tenemos ovarios. Fíjate, mira a tu alrededor. Si observas a muchas de nuestras compañeras, tan puestas ellas, todas tan madrazas, tan moralistas. Ellas que se atreven a llamar puta, a la vecina del quinto, porque ha dejado el marido por un yogurín 20 años más joven, aunque la realidad, es que se mueren de envidia. Fíjate yo. Yo me casé a los 23 años a los 25 me separé, y desde entonces, he hecho lo que he querido, he vivido como he querido, y sigo disfrutando de la vida como nadie. Mira, yo no soy nadie para dar consejos, pero recuerda que la vida pasa y el tiempo, no se recupera. Mañana cuando te levantes, mira al otro lado de la cama. ¿Y sabes una cosa? te vas a preguntar quién es ese que duerme a tu lado. Porque no tienes ni idea. Es un auténtico desconocido. Ya es hora de que recuperes tus sueños. Échate la manta a la cabeza, sal a la vida, vuelve a estudiar si es lo que te apetece, búscate un buen chulapo, y vete a Florencia a disfrutar de la Toscana, de sus vinos, de su sol, de su música y de sus noches. Ya verás lo divertido que puede ser, vivir de otra manera.

—Dicho así parece fácil.

—Lo es. Más de lo que en principio imaginamos.

—Quizá, pero da vértigo.

—Es como todo en esta vida. La primera vez da miedo, luego, le coges el gusto y no hay quien te pare.

Ambas se ríen a carcajada. Carme tiene una gracia especial a la hora de decir las cosas, y eso hace que Emma se relaje.

Lo cierto es que aquella escapada al parque y la conversación con Carme, apaciguó todo lo que le bullía por dentro, lo que le permitió volver al trabajo, realizar sus tareas y después, como siempre, hizo lo de siempre.

Antes de llegar a casa, se pasó por el supermercado y compró algo de fruta, queso y unos yogures. Pasó también por la tintorería, y recogió el traje de su marido y la chaqueta de ante de su hija. Ya en el hogar familiar, y siguiendo el ritual de todos los días, dejó la compra en la cocina, y el resto de bultos en el salón. Sin reparar en nada, entró en su habitación, donde se desnudó para cambiarse de ropa. Un pantalón de pijama a cuadros y una camisola amplia, era la vestimenta que habitualmente utilizaba para estar por



casa. Hasta aquí, todo como siempre, sin embargo, algo llamó su atención. Por primera vez en mucho tiempo, se detuvo a mirarse. Observó su cuerpo, y lo hizo con cierta incredulidad. Era como si de repente se descubriera teniendo un cuerpo. Y aquello le llenaba de curiosidad y también de tristeza. No recordaba la última vez que se miró desnuda en un espejo. La última vez que se sintió a gusto en esa piel. Había olvidado que tenía un cuerpo, y éste se le estaba agrietando de tanto descuido, de tanto olvido.

No se gustó mucho, la verdad. Se vio con algunos kilos de más, con una piel algo menos tersa de lo que recordaba, y con algunas partes de su anatomía, un tanto decaídas por aquello de la gravedad. A pesar de ello, lo cierto es que para ser una mujer de 50 años, Emma estaba muy bien. No era una de esas mujeres esculturales que aparecen en las revistas, y estaba lejos de ser uno de esos personajes de novela que cautivan a su paso. Ella era una mujer normal, una de tantas. Una mujer real, que se conservaba bien, a pesar de no hacer nada para que ello. Después de un rato de observarse, de mirarse, decidió que lo mejor que podía hacer, era aceptarse tal y como era. Puede que fuera una mujer común, pero algo había cambiado en ella y ahora cuando se observaba, veía cosas que antes no veía. Veía posibilidades, alternativas. Su cuerpo ya no era la carga pesada que arrastraba día a día. Ahora lo concebía como un lugar especial, como un espacio sagrado al que llamar hogar. Estaba dispuesta a tomar decisiones. Algo en su interior se había transformado, dándole fuerza para hacer las cosas de forma diferente. Aunque las dudas seguían rondando.

Estaba segura que habría cambios en su vida, aunque no sabía cuáles y tampoco, como se iban a llevar a cabo. Quizá porque todavía no tenía claro qué le estaba ocurriendo. De la misma manera, que no encontraba la forma de desprenderse de esa asfixia y esa culpa que la atormentaba. Emma nunca fue una mujer valiente. Siempre soñó con ser una especie de heroína, que se atrevía a vivir la vida de una manera libre, sin embargo, la realidad era otra. La sumisión y la obediencia acabó siendo siempre la pauta a seguir. Es cierto, que lo hacía, sobre todo, para evitar enfrentamientos. Enfrentamientos con sus padres, con sus amigos, con su marido, con la sociedad en general, con el mundo en su globalidad. Y era, justamente eso, lo que la abocaba a una falta de aire que, poco a poco, le llevaba a una vida insulsa y gris. Que era tanto, como estar muerta en vida. Emma no vivía, simplemente veía pasar la vida.

Ya segura de que no estaba dispuesta a continuar con aquella monotonía, intento algo difícil de llevar a cabo. Intentó pintar la realidad de

colores vivos, sobre un lienzo tintado de colores grises.

Cuando llegó la noche, y sus hijos ya dormían, entró en su habitación sabiendo que encontraría a Jonas preparándose para ir a dormir. Se le acercó como hacía muchos años no lo había hecho. Se abrazó a él apretando sus senos contra su espalda, lo acarició. Con cuidado y manteniéndose a su espalda le quitó la camisa. Le besó con besos cortos y cálidos. Entonces él se giró y la miró, y sí, la miró como hacía mucho no la había mirado. Ella entonces le desabrochó el pantalón y colocando sus labios sobre el pecho, dejó que su lengua se deslizara poco a poco hasta llegar a su miembro ya erecto.

Él le acarició el pelo, mientras sentía como una boca abierta que buscaba ser cobijo de la entrega, revoloteaba de norte a sur, hasta que inundado de sangre, la excitación le llevó a rociar el placer desahogado, en un enorme gemido. Emma levantó su mirada, directa a los ojos de él, y éste cogiendo con sus manos el rostro de ella, suavemente la levantó, y ya frente a frente, la besó con ganas, con impaciencia. Y con esa impaciencia, la tiró sobre la cama y quitándole la ropa interior la montó, para una vez satisfecho, darse la vuelta y quedarse dormido.

Emma se sintió defraudada, pero sobre todo se sintió sucia. Se sintió como algo que había sido tomado y utilizado sin más. No hubo ni el más mínimo intento, por parte de Jonás, de compartir ese momento. No hubo caricias, no hubo complicidad, no hubo ni deseo, sólo fue un desahogo, que él llevó a cabo de forma mecánica.

Lo intentó desde la inocencia. Pensó, que quizá era posible rehacer su relación con su marido, y juntos dibujar una nueva vida. Crear nuevas ilusiones, compartir nuevos sueños, pero hacía mucho que ni ella ni él, tenían nada que decirse, y mucho menos, que compartir. Habían acabado siendo compañeros de piso, con ciertas responsabilidades a repartir. En los últimos años, el tiempo que pasaban juntos era escaso. Se encontraban a la hora de cenar, y los domingos en el desayuno. Fuera de eso, cada uno vivía de espaldas al otro.

Jonas, trabajaba de tarde y los fines de semana, siempre tenía algo que hacer con algún amigo. Es curioso, Emma nunca se preguntó, si su marido tenía a alguna querida por ahí. Hubiera sido normal preguntárselo, teniendo en cuenta la actitud de él. Sin embargo, ella no se lo preguntó nunca,

posiblemente, porque en realidad le importaba poco, por no decir nada.

## 5

A la mañana siguiente, Emma se levantó a la misma hora de siempre, pero ya nada era como siempre. Entró en el baño, aunque esta vez ya no lo hizo con prisas. Disfrutó de una ducha de agua tibia. Se dedicó tiempo, tanto para secarse el pelo, como para cuidar de su piel. En el armario del baño había cremas de todo tipo. Muchas de ellas, ni siquiera habían sido abiertas jamás, pero hoy había tomado la decisión, de que se merecía mimarse y quererse un poquito más. No lo hacía con intención de gustar a nadie, no lo hacía con la intención de ser aprobada por lo que se pudiera esperar de ella. Simplemente había descubierto, que se merecía gustarse a sí misma.

Lo ocurrido la noche anterior, había sido del todo desolador. En realidad se pasó la noche en blanco. Diferentes emociones y sentimientos se entremezclaron, enfrentándose entre sí, y haciendo de la noche un lugar inhóspito en el que era del todo imposible dormir. Por un lado, sintió desilusión, resentimiento y asco, por otro lado, se sintió liberada. Por muy decepcionante que fuera lo ocurrido esa noche, por muy hiriente que resultó ser follada de mala manera, también era cierto, que de alguna forma, aquello se había convertido en un revulsivo a la vida que llevaba, y a la mujer que había sido hasta entonces.

Ya para cuando amaneció, toda la tristeza, toda la amargura que le invadió después del medio revolcón de la noche anterior, había desaparecido. De hecho, lo ocurrido con su marido la liberó del sentimiento de culpa, del miedo a la traición e incluso, empezó a sentir que aquello que opinaran los demás, era algo que no importaba.

Salió a la calle dirección al trabajo como cada día, pero ella ya no era la de cada día. Se marchó de casa sin dejar preparado los desayunos, ni para sus hijos ni para su marido. Y mientras caminaba hacia el metro lo hacía con soltura, con energía y se sintió libre por primera vez en su vida. No podía evitar mantener una leve sonrisa en su rostro, era como si una fortaleza desconocida, la llevara a ver la vida de otra manera y eso le hacía inmensamente feliz.

Desde luego, aquella íntima transformación que se estaba dando en su interior, no pasó desapercibida entre quienes compartían horas de trabajo con ella. Y es que cuando algo cambia dentro de ti, inevitablemente, ello se refleja en la mirada de quien te mira. Fueron varios los compañeros y las compañeras, que le hicieron saber que la encontraban diferente. Y si había alguien que caló de inmediato que algo había cambiado, esa fue Carme.

Lo cierto es que a primera vista, Emma era la misma mujer de siempre. Vestía de la misma manera, su peinado era el de siempre. No iba más maquillada de lo habitual, por lo tanto, en un principio se podría decir que la Emma de ese momento, era la misma Emma, del día anterior, del anterior y del anterior. No era su apariencia, era lo que se emanaba de su mirada, de su sonrisa, de sus gestos, de su forma de hablar. Era su actitud. Una actitud que invitaba a la amabilidad, al humor, a la complicidad y a la ausencia de timidez.

Pasado ya algunas horas trajinando con los balances y los libros de contabilidad, su teléfono móvil sonó. Era un mensaje de Carme.



Luego si te apetece nos vemos  
en el parque a la misma hora que ayer.  
Yo llevo las ensaladas, tú llevas el café

Emma contestó con un Ok, mientras se le escapaba una sonrisa burlona. Enfrascada de nuevo en el trabajo, Alex se le acercó para darle la documentación del día.

—Hola Emma, hoy estás guapísima.

—Gracias eres muy amable

—No. No es amabilidad. Es la verdad, no sé qué te ocurre, pero hoy estás diferente —sonriéndole de forma un tanto golfa—. Ves con mucho ojo si sales hoy por ahí, porque me da, que vas a tener que quitarte a los hombres

a guantazos.

Emma se rió divertida y Alex se marchó, eso sí, dedicándole una sonrisa y una mirada un tanto de, conquistador callejero, que a ella le encantó.

Llegado el mediodía, Emma salió de la oficina, pasó por la cafetería de la esquina y de ahí se fue al parque. Carme acababa de llegar y juntas se sentaron en el banco, abrieron sus ensalada, y empezaron a comer entre miradas interrogantes y cómplices.

—Quiero saber —le dijo Carmen de forma directa aunque también con gracia.

—Saber qué —le preguntó Emma con tono inocente.

—¡Hombre! de la mujer que vi ayer a la que está sentada ahora frente a mí, me da, que algo sí ha pasado. Y quiero saber.

—Tenías razón.

—¡Ah sí! En qué.

—En aquello que me decías ayer de vivir, de pasar de todo el mundo y hacer lo que uno quiere

—Aaahhh, ¿y?

—Anoche ocurrió algo y entendí, que hay veces que es mejor cerrar un capítulo, y empezar uno nuevo.

—Eso siempre, remendar nunca es bueno. Mejor vas, y te compras algo nuevo.

—Ahora ya lo sé. Anoche intenté reescribir la relación con mi marido y fue una pena.

—Pues no te agobies, y no le des más vueltas. Le das puerta y a comerte el mundo.

Emma se rió a carcajadas y es que Carme, además de ser directa y algo bruta, también tiene una chispa que hace que todo el que esté a su lado, se sienta cómodo y alegre.

—Bueno, no sé lo que voy a hacer. Lo que sí sé, es que ya no lo quiero y que incluso, me da grima. Me produce rechazo.

—¡Vamos a ver! No lo quieres, te da asquito, pero no sabes lo que vas hacer. ¡Mujer!

—Tengo que pensar en muchas cosas, y no quiero precipitarme y cagarla. Que tengo dos hijos.

—Pues no tardes mucho, que el tiempo pasa y luego ya es tarde.

Emma vuelve a reír mientras mordisquea un trozo de lechuga.

—Esto sí que es triste —dijo Emma.

—El qué.

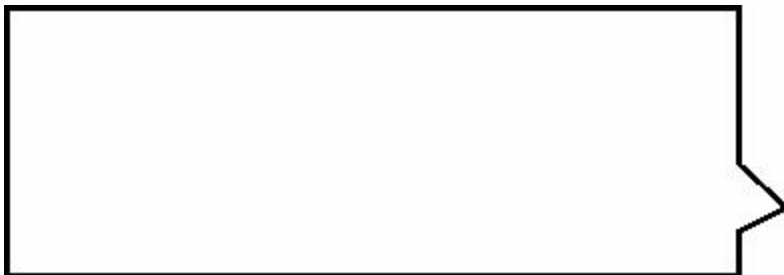
—Esto —mostrando a Carme la lechuga.

—Pues sí. Donde se pongan unos huevos fritos con tomate, que se quite tanta verdura y tanta vida sana. Mi padre se pegaba unos desayunos de esos de panceta con huevos, y comía unos potajes que echaban para atrás, y se murió con 96 años, y lo hizo ya de aburrimiento, porque enfermo no lo estuvo nunca. Y nosotras ya ves. Comiendo alfalfa y jodías por tos laos.

Ambas ríen a carcajadas. Parecen dos locas adolescentes.

Acabada la hora de comer, ambas volvieron a la oficina dando un paseo por el parque. Ya cada una en su respectivo puesto de trabajo, Emma pensó que como ya tenía las tareas del día muy avanzadas, mejor emplear el tiempo en buscar información sobre algo que le rondaba por la cabeza desde hacía tiempo. Había decidido que ya no lo pospondría más. Mirando hacia un lado y hacía otro, de forma disimulada, para comprobar que nadie podía ver lo que estaba a punto de hacer, aunque en realidad todos lo hacían, cerró las hojas de cálculo y abrió Internet. Allí, empezó a buscar información sobre cursos de arte. Tenía claro que no iba a volver a la universidad, a estas alturas, ni le apetecía, ni le parecía necesario. Lo que buscaba era algo con lo que aprender a hacer aquello por lo que siempre sintió fascinación. La restauración de obras de arte.

Después de buscar y buscar, encontró algo que le pareció interesante. Era unos talleres prácticos de restauración. Apuntó la dirección, e inmediatamente cogió su teléfono para enviarle un mensaje a su hija Lola.



Llegaré tarde, haceros vosotros la cena.

Avisa a tu hermano y a tu padre.

Besos

Y dicho y hecho. Al salir del trabajo se fue directa para el centro dónde se impartía el taller de restauración de arte. En concreto, a la Escuela de Artes y Oficios de Barcelona. Una vez allí, no reparó en pedir toda la información necesaria. Hizo una y mil preguntas, y salió muy contenta de lo que este curso le ofrecía. En realidad le encantó tanto la idea de hacer ese taller, que allí mismo sin pensárselo dos veces, se matriculó. Empezaba el lunes próximo.

De camino a casa, y antes de coger el autobús de vuelta, se paró frente a una cafetería con aspecto un tanto moderno, un tanto vintage, que le llamó la atención, tanto que entró y se tomó un café. Sentada en una mesa, mientras saboreaba un café arábico, observaba a su alrededor, y como si de una cría recién salida al mundo, Emma se sentía hechizada por todo lo que veía, por todo lo que oía, por todo lo que sentía. Y sí, ella quería ser parte de todo eso.

Sería un error creer que Emma era una mujer algo peculiar, muy inocente y excesivamente ignorante. Ella era como cualquier otra mujer, igual a cualquiera de las cientos de miles de mujeres de cualquier lugar. Mujeres que se olvidaron de vivir, que empeñaron sus sueños y que se vieron arrastradas por las obligaciones, los prejuicios, las creencias, las etiquetas y el qué dirán. No, Emma no era una mujer que no supiera del mundo. No era una mujer ciega a la realidad que le rodeaba, más bien al contrario, pero su vida gris, y la creencia de que tenía la obligación de soportarlo todo, por el bien de los demás, le daba poco margen para disfrutar, de todo lo se daba fuera de su pequeño espacio. Un mundo que aunque ella viera e incluso percibiera, lo sentía como lejano, como ajeno, al menos hasta ese momento.

Pasaban las diez de la noche cuando entró en casa y tras cruzar el pequeño pasillo que llevaba el salón, se encontró con tres pares de ojos mirándola fijamente. En la mirada, tanto la de sus hijos como la de su marido, aparecía un interrogante, una pregunta. ¿Por qué llegaba a esas horas? Ninguno en esa casa estaba acostumbrado a qué Emma, la madre, la esposa, la chacha, la asistente personal de todos, no cumpliera con sus



obligaciones. Ella siempre estaba cuando ellos volvían, y siempre se lo encontraban todo hecho. La cena en la mesa, la ropa planchada y colgada, y nunca una queja, a lo sumo, algún farfuleo al que nadie prestaba atención.

—¿Qué ocurre? —preguntó Emma un tanto asombrada por las miradas interrogantes.

—Dónde estabas. ¿Sabes la hora que es? —le recriminó Jonás señalando su reloj de pulsera.

—Sí. Son las diez. ¿Y?

—Bueno creo que nosotros nos vamos a ir a dormir —dijo Lola dándole un codazo a su hermano e indicándole con la cabeza que, mejor marcharse de allí, porque amenazaba tormenta.

Mikel y Lola salieron del salón lo más rápido posible dejando solos a sus padres.

—¿Y? ¿Qué significa ese y? Son las diez de la noche y apareces así, tan tranquila. Dónde coño estabas.

—Yo no tengo por qué darte explicaciones Jonas. En realidad, tú nunca me las das a mí cuando desapareces los fines de semana. A pesar de ello, te voy a dar la explicación que me pides. Me he matriculado en un taller de restauración de obras de arte. Empiezo el próximo lunes y eso significa que a partir de ya, yo no llegaré a casa hasta pasadas las 10:30 de la noche, con lo cual tanto tú como los niños vais a tener que haceros todos los días la cena. Sé que no estáis acostumbrados, pero te aseguro que todo es ponerse y con un poquito de esfuerzo, ya verás que lo conseguís.

—Te has vuelto loca. ¿Un taller de arte? ¿A tu edad? es que no tienes bastante trabajo en casa y en la oficina, que ahora además te vas a ir por las tardes hasta las tantas de la noche, hacer no sé qué coño de restauración. Tienes obligaciones.

—Sí es cierto, tengo obligaciones. Las mismas que tú. Se ha terminado eso de ser la chacha de todos. A partir de hoy mismo, aquí que cada uno se busque la vida. Voy a hacer ese curso, te guste a ti o no, le guste a los niños o no. Y no hay nada más que hablar.

—Claro que hay más de lo que hablar. Además cuánto cuesta ese curso. Vamos muy justos de dinero como para que tú lo tires por ahí haciendo no sé qué. Si necesitas relajarte te vas al parque o te vas a la playa y te das un paseo.

—Ten cuidado Jonas, porque soy yo la que está a punto de enviarte a paseo a ti. Y en cuanto al dinero, te recuerdo que trabajo, y hasta ahora con lo

que yo gano, se está pagando tu coche y tus caprichos. Y por cierto, sí tenemos dinero, sólo que tú no lo quieres gastar. Siempre has sido un rata.

—Qué te pasa. Estás rara.

—No, simplemente estoy harta. Y ahora si me disculpas, voy a ir a la cocina a prepararme algo para cenar. Quizá, lo mejor sea que te vayas ya para la habitación, como haces todas las noches, te pones tú pijama de franela y a dormir.

—A mí no me digas lo que tengo que hacer

—Pues no me digas tú a mí, lo que yo tengo que hacer. Y tengamos la fiesta en paz. Esto es lo que hay, si te gusta bien y si no, también.

Emma se giró y dejó el bolso, que aún llegaba agarrado bajo el brazo, sobre el sofá y se fue directa hacia la cocina. Jonas, por su parte, malhumorado y un tanto asombrado por la actitud de Emma, se fue hacia a la habitación y cerró la puerta de un portazo.

En la cocina Emma miró por encima, como buscando algo que poder prepararse para cenar. De repente, sonrió y fue rápido hacia el frigorífico. Lo abrió y cogió un par de huevos que dejó sobre la encimera, para ir inmediatamente en busca de un par de patatas, que rápidamente peló y cortó para freír. Huevos fritos con patatas fritas, esa fue su cena. No recordaba la última vez que había cenado sí, y la verdad es, que le supo a gloria. ¡Madre mía! qué bueno estaba. Se relamía, y es que hay pocos placeres en la vida o quizá muchos, depende, pero ninguno se iguala a una noche de pasión y entrega, o al deleite de buen manjar gastronómico.

Cenó en la cocina y lo hizo con tranquilidad. No sólo le supo a gloria aquellos huevos con patatas, también le supo a gloria hacerlo sola y en silencio. Aquella paz resultaba maravillosa.

Después de cenar y de dejar la cocina en condiciones, Emma fue hacia el salón. Cogió su cesta de mimbre y se sentó en el sofá. En esta ocasión, no tomó la cesta para coger las agujas y la lana. Lo hizo para rescatar el libro que su hija le había dejado y que seguía allí, escondido bajos los ovillos.

Ahora sin prejuicios se lanzó a leer y a disfrutar de la lectura.



## 6

A partir de ese día, una tensión incómoda se instaló por los rincones de la casa familiar. La matriarca había dejado de ejercer como tal, y aquello tenía a todos muy descolocados. Tampoco era fácil para Emma, respirar aquel ambiente tan enrarecido, pero no estaba dispuesta a ceder, más bien todo lo contrario.

El viernes Emma apareció en el trabajo deslumbrante. La tarde antes, se había pasado por la peluquería y no sólo se cortó el pelo, sino que también, se tiñó de un color castaño que le favorecía mucho. Eso, un discreto maquillaje y la alegría propia de todos, al casi tocar el fin de semana, le daba una imagen que irradiaba vida.

Es cierto, que hasta ese momento lo de que llegara el fin de semana le daba igual, porque para ella significaba plancha y limpieza, pero en esta ocasión y con la excusa de celebrar que iba a empezar las clases en la Escuela de artes y oficios, Carme y ella decidieron darse unas cuantas alegrías. Lo que Emma no imaginaba, es que las alegrías iban a llegar antes de lo esperado y de quien menos esperaba.

A media mañana Alex apareció para repartir la valija. Y una vez llegó al lugar donde trabajaba Emma, dejándole los documentos sobre la mesa, y sin dejar de mirarla con agrado, le dijo:

—El otro día ya te dije que estabas impresionante, hoy no tengo palabras para decir lo guapa que estás. ¡Madre de Dios!

—Eres un halagador. No sabía yo de esta faceta tuya —le respondió ella con sonrisa burlona y mirada pícaro.

—No, en realidad no suelo ser muy halagador, de hecho tengo fama de borde y distante, pero las cosas son como son, y estás impresionante

—Pues nada, si tan impresionante estoy, un día me invitas a tomar un café

—Hombre, ya puestos mejor que invitarte a tomar un café, te invito a cenar. Y si quieres, luego te llevo a un lugar muy especial al que yo suelo ir

Emma había dicho lo de que le invitara a tomar un café, un tanto por decir. Sin ningún tipo de intención, así que la propuesta de Alex le pilló a contrapié y no supo cómo reaccionar, ni tampoco qué decir.

—Vamos mujer que soy inofensivo. Nos lo pasaremos bien, y prometo ser todo un caballero

—Vale, quedamos para cenar un día. —finalmente respondió ella.

—Nooo. Un día no. Quedamos hoy, esta noche. Puedo pasarte a buscar o si prefieres, quedamos en algún lugar.

Emma no sabía cómo salir de aquel jardín en el que se había metido. Por un lado, sentía que le temblaba hasta el alma, su estómago se encogía. Sentía miedo ante esa nueva situación, aunque también, le revoloteaban fantasías que le hacían volver a sentirse viva y con ganas de descubrir otros mundos.

—Mejor quedamos —le contestó ella con una voz un poco entrecortada por los nervios.

—Vale, pues luego te envío un mensaje con la dirección.

—De acuerdo.

Alex se marchó dedicándole una sonrisa de lo más provocadora. Y una vez sola, y de vuelta al trabajo, tomó conciencia de lo que había ocurrido. Y ello le produjo emociones encontradas. Por un lado, le entró un miedo atroz y pensó, incluso, en enviar un mensaje a Alex para decirle que no podría ir, utilizando alguna excusa, pero de inmediato cambio de opinión. Respiró hondo, atenazó los miedos y se dijo a sí misma: *Voy a ir. Voy a disfrutar de lo que ocurra, y voy a vivir el momento.*

Menudo día. Emma era un manojo de nervios. Menos mal que los viernes la jornada laboral acababa a la 13:30h. Del trabajo se fue directa a casa, sabía que no había nadie a esas horas y más un viernes. Sus hijos no vendría hasta muy tarde y Jonas, su marido, que ya se había marchado hacia su trabajo, tampoco volvería hasta las 9 o 9:30 de la noche. Tenía toda la tarde para ella y sobre todo, tenía la soledad necesaria y el espacio necesario, para intentar calmar esos nervios, que le hacían ir de un lado a otro, como una auténtica loca. Intentó comer algo. Le fue imposible, su estómago no se lo permitía, así que se fue hacia el baño, se duchó nuevamente y se fue al vestidor. Qué se iba a poner esa noche. No tenía ni idea. Miraba y miraba. Faldas, vestidos, pantalones, todo era extremadamente horroroso, porque todo tenía una tonalidad gris amarronado que daba pena, pero tenía que escoger algo y no sabía qué. No quería ponerse nada, que le diera una imagen de señora maruja de su casa. Tampoco nada excesivamente provocador y que fuera en desacorde, con quién era y con su edad. Le costó

horrores decidirse. Finalmente se decidió por una blusa de seda blanca, una falda negra de tubo y zapatos negros de tacón. Lo dejó todo sobre la cama, y se dedicó a dar vueltas por la casa, sin saber cómo matar el tiempo y como calmar la excitación. Parecía una adolescente en su primera cita, y no era para menos. Se preguntó, si Alex sabía que estaba casada. También se dijo a sí misma, que quizá le estaba dando demasiada importancia al hecho de salir con un compañero a cenar, que muy posiblemente no era más que eso, aunque en su interior y no siendo ella consiente del todo, esperaba, deseaba que hubiera algo más que una cena, aunque sólo imaginarlo la paralizaba.

Faltaba un cuarto de hora para las ocho de la tarde, cuando empezó a vestirse. Ya maquillada, peinada y vestida, se puso el abrigo también de color negro y se lanzó a la calle. Tomó la línea 4 del metro y se bajó en la parada de Barceloneta, y de allí a paso ligero, caminó hasta llegar al Mercat del Born. Lo vio desde lejos y la verdad es que le pareció un hombre muy atractivo. Él, al verla llegar le regaló la mejor de las sonrisas. Ya uno, frente al otro se saludaron dándose dos besos.

Ambos estaban algo nerviosos. No dejaba de ser una primera cita, y ninguno de los dos, sabía a dónde les llevaría. Si había algo de lo que los dos estaban seguros, es qué pasará lo que pasará, aquella noche era para reír, pasarlo bien y disfrutar.

Por aquello de romper el hielo iniciaron conversaciones intrascendentes. Ese tipo de conversaciones que llamamos de ascensor. Hablaron del tiempo, de que finalmente era viernes, en fin, nada importante. Conversaciones anodinas con los que relajar la tensión mientras caminaban hacia un pequeño restaurante griego. Uno de esos restaurantes con encanto, que tanto por su decoración como por el ambiente, te transportan a una de esas maravillosas islas griegas. Se sentaron en un rincón, en una pequeña mesa y rápidamente vino un camarero a tomarles nota.

Alex le pidió al camarero un poco más de tiempo para decidir qué es lo que iban a tomar. Fue entonces que, con cara de chico bueno y tono algo tímido, se dirigió a Emma.

—Ahora que lo pienso, no sé si te gusta la comida griega. Perdona, tenía que haberte preguntado antes.

—No te preocupes. Me gusta la comida griega, en realidad me gusta toda la comida mediterránea.

—Menos mal. Te apetece tomar vino

—Sí.

Tzatziki y Melitzanosalata como aperitivo. Dolmades para ella y Gyros para él. Y todo ello, bañado con una botella de vino tinto. Después de la primera copa y después de los primeros bocados, los dos se sintieron más relajados, más a gusto y más libres, e iniciaron una conversación ya no de trámite, si no de amigos que inician una relación, y desean y necesitan saber del otro.

Hablaron del trabajo, de sus vidas, se contaron anécdotas de juventud y sobre todo rieron mucho. Fue una cena agradable, donde tanto él como ella, se sintieron a gusto. Donde se gustaron todavía más. Se sentían cómodos y eso dio pie a que, esas líneas que normalmente no se suelen traspasar por prudencia, por miedo al rechazo, a meter la pata, desaparecieran, dando vía libre a disfrutar de todos los momentos que pudiera ofrecer la noche de forma desinhibida.

Tras la cena Alex le propuso a Emma, ir a tomar unas copas a un pequeño bar que él solía frecuentar y ella, por supuesto, aceptó. No estaba lejos del restaurante, a un par de calles. Era un bar irlandés, llevado por irlandeses, donde se respiraba la historia, la cultura y la identidad de Irlanda. No había ni un solo rincón de aquel bar, que no te llevará a tierras celtas, tanto, que incluso tenía una pequeña tarima donde un grupo, tocaba música tradicional acompañado por tres hombres y tres mujeres que bailan.

Allí, se tomaron varias cervezas, y en un dejarse llevar, hasta bailaron. Bueno, lo cierto es que más que bailar, lo intentaron, aunque eso era lo de manos. Disfrutaron y como jóvenes hambrientos de nuevas experiencias, compartieron diversión, risas y payasadas. ¡Dios! Qué maravillosa es la vida, cuando te liberas de etiquetas y prejuicios.

Eran más de las tres de la madrugada cuando salieron de la taberna. Acalorados, al salir a la calle, respiraron como queriendo atrapar el máximo de aire posible. Se pusieron las chaquetas y quedando muy cerca el uno del otro se miraron. No hubo nada que decir, sobraban las palabras. Como hipnotizados, se fueron acercando de forma lenta, más y más, hasta que sus bocas quedaron suspendidas en el espacio, que les llevaba a rozarse sin tocarse. Cerraron los ojos y se besaron, de una manera sutil, alusiva, dando sin dar, conteniendo las ganas, y eso fue justamente lo que les atrapó.

Alex cogió a Emma de la mano y sin decir nada tiró suavemente de ella, llevándola calle abajo hasta llegar a un enorme portón de cristal y hierro forjado. Lo abrió, miró a Emma con una mirada que conjugaba deseo y

ternura, y volvió a tirar de ella con delicadeza, invitándola a entrar en el edificio. Ella no opuso resistencia alguna, simplemente se dejó llevar allá donde él quisiera llevarla. Ya una vez en el ascensor, un ascensor de esos de madera y cristal antiguos, Emma hizo amago de decir algo. Él rápidamente, poniéndole un dedo sobre sus labios color escarlata, se lo impidió.

El viaje hasta el ático se les hizo eterno a los dos, que apoyados cada uno, sobre cada uno de los laterales del ascensor, se mantenían atrapados en una mirada compartida.

Al llegar al último piso, él abrió las puertas del elevador dejándola pasar a ella primero, y sin perder tiempo entraron en el loft. Ahora sí, ahora ya no había espacio ni para la espera, ni para el silencio.

Alex, encendió una de las lámparas de la estancia, dándoles una luz tenue, que les hacía escapar de la oscuridad sin dejarlos al descubierto. Poco a poco, se acercaron el uno al otro y manteniendo el suspense, sus labios se rozaron para jugar a tensar la espera, hasta que ya no pudieron más. Ya no quedaba paciencia, y desposeídos de cualquier resistencia, se besaron hambrientos de un deseo contenido que se derramaba. Él bajó sus manos para subirle la falda, y agarrándola por los muslos se la subió a la cintura. Sin dejar de besarse con auténtico desespero, Alex fue hasta un aparador de madera de roble, donde sentó a su amante. Y allí, ella le desabrochó el pantalón dejando al descubierto una excitación musculada, que buscaba con urgencia, adentrarse en un laberinto húmedo, aquel donde ella escondía sus instintos más primarios, y Emma se lo puso fácil. Ansiaba sentirlo dentro, dándole vida a un sexo sediento de placer. No hubo tregua, no hubo ni tiempo ni espacio para nada, que no fuera desgarrarse las ganas con fuerza, con pasión, con ansia. Se disfrutaron como dos locos, llegando a un estado en el que, el orgasmo se descubrió, como un nirvana en el que morir para renacer.

Después de unos segundos, ya recuperadas las fuerzas, ya recuperado el aliento, se miraron y de nuevo, con suma suavidad se besaron. Él la cogió en brazos y sin dejar de mirarla con fascinación, la llevó hasta la cama. Dio unos pasos hacia atrás, siempre sin perderla a ella de vista, y se desnudó. Ella se quitó la camisa, que era lo único que aún llevaba puesto, y abrió sus brazos para abrigar el cuerpo de su amante, que se deslizaba por la piel húmeda de ella. Eran dos cuerpos que se encontraban, dos bocas abiertas tatuando besos y caricias. Despacio, poco a poco, sabiendo que tenía todo el tiempo del mundo, Alex resbaló sus labios por los de Emma para dejarlos caer por la garganta, y de ahí, distraerse entre unos pechos de terciopelo, que erectos le



invitaban a continuar recorriendo, el mapa de una piel de mujer que se sentía poderosa. Él aceptando esa invitación, descendió hasta llegar a una intimidad que se dejaba descubrir. Y no hubo un lugar de ese edén, que él no recorriera. La descubrió con las yemas de los dedos, lo hizo con los labios. La recorrió con una lengua de agua incandescente que detuvo para jugar, allí donde la excitación convulsionaba.

Nunca había sentido nada así, era como sobrevivir a una noria de emociones, que le abrían la piel y el instinto. Emma había descubierto, que hay otras formas de sentir, si te atreves y te dejas llevar, y envuelta en la necesidad de seguir sintiendo, deseó que aquello no acabara. Y no acabó.

Tal y como descendió, de la misma manera en que Alex recorrió su cuerpo buscando su sexo, ahora ascendía para buscar su boca. Y la encontró abierta, esperándole, deseosa de ser descubierta. Se besaron con calma primero, luego él se incorporó dejando su cuerpo suspendido sobre el de ella, y mirándola, mientras clavaba con fuerza sus antebrazos en la cama, dejó que ella sintiera con leves movimientos, como su virilidad empezaba a eruirse. Ella abriendo un poco más sus piernas, le invitó a volver a entrar en ella.

Lo hizo despacio, fue un vaivén de ganas nuevas, de pasión, pero también de mimo y delicadeza que convirtió la entrega de dos cuerpos, en un deleite en el que enredarse, en el que tocar el cielo con las manos. Y allí se quedaron después de derramarse. Dos cuerpos que se hicieron uno y de esta manera, reposando tras el derroche, se quedaron quietos.

Pasados unos minutos, o quizá fueran horas, era difícil de saber, ya que el tiempo hacía mucho, que se había detenido. Él salió de ella y dejando reposar la cabeza entre sus pechos rompió el silencio.

—Gracias —le susurró él.

—Por qué —le preguntó ella en voz baja.

—Por ser una mujer tan especial.

—Gracias a ti por devolverme a la vida —le dijo Emma mientras le acaricia el pelo.

—Qué suerte he tenido.

—Los dos hemos tenido suerte.

Ya no hubo más palabras. Se volvió hacer un silencio cómplice, y enredados se durmieron ajenos a todo y a todos.



## 7

Faltaban cinco minutos para las seis de la mañana, cuando Emma empezó a abrir los ojos. Y mientras se iba despertando, se preguntaba dónde estaba. Todo le era desconocido y por un momento se inquietó, pero al incorporarse vio a Alex a su lado, aun durmiendo y una sonrisa se dibujó en su rostro.

Lo miró en silencio durante un rato, y le pareció el hombre más atractivo que había conocido nunca, también el más inusual. La verdad es que, al menos en principio, Alex se alejaba mucho del perfil más típico y común. Ensimismada, un pensamiento la devolvió de golpe a la realidad. Un marido, unos hijos, una casa y todo lo demás. Miró el reloj que había colgado en la pared. Ya eran más de las seis y cuarto.

Saltó de la cama, con sumo cuidado de no despertar a Alex, y a trompicones se fue vistiendo. Salió del loft a toda prisa, y ya en la calle, se dirigió hasta La Estación de Francia. Sabía que allí encontraría seguro algún taxi, y así fue. Abrió la puerta con sumo cuidado y rezó porque todos en casa siguieran durmiendo. No quería dar explicaciones, no le apetecía, si bien, no tuvo suerte. Al entrar en el salón, se encontró con Jonas sentado en el sofá, tomándose un café.

—Llegas tarde —le censuró él sin mirarla y con tono seco.

—Sí, no me di cuenta de la hora.

—¿Dónde has estado toda la noche?

—Salí a cenar con una amiga y luego nos fuimos a tomar algo.

—¿Hasta las ocho de la mañana?

—Sí.

Jonas ahora sí que la miró, y lo hizo clavándole una mirada que iba cargada de rabia. Ella se mantuvo firme.

—No te lo voy a consentir...

—¿Qué dices? ¿Que no me vas a consentir qué? —interrumpiéndole ella.

Jonas dejó la taza de café sobre la mesita del salón, se puso en pie, y con paso calmado se dirigió a ella. Cuando la tuvo a menos de dos palmos, respondió a la pregunta de forma impertérrita.

—No voy a consentir que jodas a esta familia. Eres mi mujer y tienes

hijos. Tienes obligaciones que cumplir.

—No necesito tu consentimiento. Haré lo que quiera, cuando quiera y como quiera —le replicó Emma, también manteniendo el porte.

Él la miró con desprecio, y se fue hacia la cocina. Emma lo hizo hacia el baño. Jonas no entendía lo que estaba ocurriendo. Es cierto que, ni por un segundo imaginó la verdad. No era capaz de imaginar, de sospechar, de intuir, que su mujer le acaba de ser infiel. Para él, Emma era una mujer introvertida y resignada, que siempre había antepuesto la obligación y la dedicación a los demás, por encima de todo. Lo hizo con sus padres, y lo había hecho con él, y con los hijos de ambos. Y ahora, de repente se matriculaba en un curso de restauración y salía por las noches. Algo, sin lugar a dudas, estaba pasando. El qué, es algo para lo que Jonas, no conseguía encontrar respuesta. Pensó primero, que quizá tendría algo que ver con la menopausia, aunque tampoco sabía si a Emma le había llegado ya ese momento. Pensó también, que quizá se había dejado llevar por alguna nueva amiga, algo ligera de cascos. Entre las posibles conjeturas, entre todas las muchas posibilidades, ni se le ocurrió que su mujer sentía un hambre instintivo por vivir y sentir, y que esa misma noche, había saciado esa hambre en brazos de un hombre, que le brindó la oportunidad de crecer, de ejercer su poder como mujer y de disfrutar del sexo como no lo había hecho nunca, y como Jonas, jamás podría hacerlo.

Emma estaba en su habitación vistiéndose tras ducharse, cuando su marido entró para decirle que se marchaba y que no volvería hasta la hora de cenar ya que había quedado con un amigo para arreglar la moto de éste.

—Cuando vuelvas yo no estaré. Llegaré tarde —le comunicó ella, sin darle ni más explicaciones y sin prestarle atención.

Jonás no hizo comentario alguno, aunque la impotencia ante la sublevación de Emma, le quemaba por dentro, hasta el punto, de que cerró los puños con rabia, como intentando canalizar la humillación que creía sentir. Segundos después se escuchó un portazo, el que dio Jonas al marcharse de casa.

Un par de horas después, se despertó Lola y al rato Mikel. Madre e hijos desayunaron con normalidad. Y en principio, el sábado transcurrió sin ningún contratiempo. Emma se fue a la compra y para cuando volvió, tanto su hija como su hijo, ya habían desaparecido, y ella lo agradeció. Le apetecía estar sola, y durante la mañana, de vez en cuando, se sentó para deleitarse en

el recuerdo de lo sucedido la noche anterior, y cada vez que lo hacía, una descarga le recorría el cuerpo despertando el deseo.

A media tarde, después de una pequeña siesta y de ponerse algo informal, se marchó en busca de Carme, con la que había quedado para celebrar su primer paso para recuperar los sueños perdidos, matricularse en la escuela de arte. Primero fueron de compras, que todo sea dicho, a Emma le urgía, ya que renovar el vestuario, sí o sí, era una necesidad inaplazable. Se lo pasaron de miedo. Pasando de edad y tallas, y entraron en todo tipo de tiendas. Se probaron todo tipo de prendas, y sobre todo, se rieron muchísimo, y es que si Carme ya era de por sí un poco payasa, Emma que parecía haber perdido la timidez y la prudencia, no se quedaba atrás. Así que entre una y la otra, la fiesta estaba servida.

Y después de tanta compra, qué mejor que ir a cenar a algún sitio guapo, donde les sirvieran y trataran como reinas. Se fueron a un restaurante de moda, donde los camareros eran todos monísimos, todos con cuerpos esculturales, y todos con un trato y una sonrisa, que para qué.

Relajadas, y frente a una buena cena charlaron. Carme, a quien no se le escapaba ni una, fue directa a sonsacarle y finalmente lo consiguió, aunque, todo sea dicho, no le costó demasiado.

—¿Me lo vas a contar? —sonriendo picarona.

—El qué —sin saber sobre lo qué le preguntaba.

—¡Hombre! algo ha tenido que suceder esta noche. Lo llevas escrito. Tienes una cara de felicidad, de esas que casi ofenden.

Emma que notaba como se iba sonrojando, intentó cambiar de tema, pero Carme que era lista, más que el hambre, no le permitió que se saliera por la tangente.

—No te vayas por los cerros, a mí me vas a contar que es lo que te da tanta felicidad, porque lo llevas escrito en la frente. No hay otra, o tu marido se ha vuelto de repente, un amante de primera, o aquí hay algo que, tú misma.

—Ayer salí con alguien

—¡Aaaah! ¿Yyyy?

—Fuimos a cenar y nos tomamos unas cervezas.

—¿Yyyyy?

—La mejor noche de mi vida —contestó Emma sonriente, deleitándose en lo que le venía a la mente al recordar su affaire con Alex.

—Vamos, que te pillastes a uno de los buenos.

—Bueno no. El mejor.

—Pues nada guapa, a disfrutarlo y vamos a brindar por ello.

Emma le contó algo sobre lo ocurrido la noche anterior, lógicamente emitió los detalles y sobre todo, se calló cualquier cosa que pudiera revelar la identidad de su amante.

Carme estaba encantada con todo aquello que le explicaba su amiga. Reconoció que nunca se hubiera imaginado, que alguien como ella, diera ese paso y echándose, la manta a la cabeza, se lanzará a disfrutar de la vida sin prejuicios y sin importarle el qué dirán.

—Estoy encantada. Me alegro muchísimo por ti, de hecho estoy orgullosa de ti —le dijo Carme a Emma en un tono casi eufórico.

—Nunca imaginé que fuera capaz de hacer algo tan, tan así—le reconoció Emma—. Pero la verdad es que, yo también estoy orgullosa de mí. Me estaba marchitando. Me estaba agriando. Necesitaba aire, necesitaba algo que me diera vida

—Pues vida, te ha dado, y de qué manera.

—Sí, la verdad es que me ha dado un chute de vida que ni te imaginas —riendo.

—Y ahora qué vas a hacer

—Pues la verdad es que no lo sé, y no tengo intención de saberlo. Voy a vivir el momento, e iré solucionando las cosas tal y como salga.

—¿Y en casa?

—Bueno en casa las cosas son como son. No puedo olvidarme de que tengo dos hijos, y haré lo posible por vivir mi vida, sin que ello les perjudique. En cuanto a Jonas, mi marido, sinceramente me la trae al paio.

Ambas soltaron una carcajada compartida, llena de complicidad y despreocupación.

—Aaaiiinss, sí el resto de mujeres fueran como nosotras, este mundo sería muy distinto —soltó Carme con tono resignado.

—Pues sí, tienes toda la razón.

—Luego vamos y nos quejamos de todo, de que si las leyes no nos tienen en cuenta, que si esto, de que si lo otro, hablamos de feminismo, por cierto, que el feminismo hoy, o es una oportunidad para los oportunistas, que lo han convertido en un circo que pa qué. Sería todo tan fácil. Bastaría con que las mujeres, todas, entendiéramos que tenemos poder, que no necesitamos que nos lo den. Ya lo tenemos. Sólo hay que ejercerlo, hay que usarlo, que tenemos derecho a vivir como nos dé la gana.

—Estoy de acuerdo. Aunque para ello todas tendríamos que desaprender para volver a aprender, entre otras cosas, a no despellejarnos entre nosotras.

—Últimamente, escucho mucho de que las mujeres son las grandes aliadas de las mujeres, y es una enorme mentira. Nada como una mujer para descuartizar, despellejar y hundir, a otra mujer.

—Nunca he entendido por qué

—Bueno, tiene mucho que ver con la cultura. Son enseñanzas ancestrales. Lo triste es que no hayamos sido capaces de evolucionar lo suficiente, como para cambiar el paradigma, y entender que aquello que logró una mujer, por sus medios, por sus méritos, es algo digno de alabar y no de reprocharle. En realidad, lo que ocurre es que tendemos a criticar en otras, aquello que hacen y que nosotras en el fondo deseamos hacer, y para lo que no tenemos ovarios. Además, de para solapar nuestras propias miserias, nuestra propia cobardía, despellejamos.

—Bueno creo que los tiempos empiezan a cambiar, poquito a poco, pero empiezan a cambiar. Y hoy, ya hay otro tipo de mujeres.

—Sí tienes razón... Me gustaría poder ver, un mundo de mujeres libres de prejuicios y etiquetas, antes de morirme.

—¡Hombre! Yo no quiero joderte la fiesta, pero al paso que vamos, me parece que ni tú ni yo, lo vamos a ver. Mejor disfrutemos del momento.

—Totalmente de acuerdo. Brindemos por ello — ambas mientras reían, levantaron sus copas y brindaron. Por mujeres como nosotras. Libres y estupendas.

La cena transcurrió entre risas y confidencias, y de tanto en tanto, alguna que otra payasada. Se lo pasaron genial, y siendo fieles al lema de, *ante todo vivir y disfrutar el momento*, del restaurante se fueron dando un paseo a un bar musical, situado en la zona del Palau del Mar.

A diferencia de la noche anterior, Emma llegó a casa antes de amanecer. Sobre las cuatro de la madrugada, abrió la puerta, y quitándose la chaqueta y dejándola junto con su bolso, sobre una silla del comedor, se fue hacia las habitaciones de sus hijos. El instinto maternal, era algo a lo que ni quería, ni podía renunciar. Con cuidado de no hacer ruido, abrió primero la puerta de la habitación de Miquel y lo vio durmiendo a pierna suelta. Después, fue directa a la habitación de Lola, que también dormía despreocupada.

Al verlos dormir, seguros y a salvo, ella también se sintió segura y en paz. De vuelta al salón, se quitó los zapatos y se dejó caer sobre el sofá, en el que acabó quedándose dormida.

Se despertó sobresaltada, al oír un ruido seco junto a ella. Jonas había dejado caer un libro sobre la mesa, lógicamente con intención de despertarla. Ella lo miró interrogante, y él con una mirada de desprecio y rabia, se mantuvo quieto. Quieto y mudo. Emma también lo miró, lo hizo con seguridad y desafiante, también manteniendo el silencio. Jonas, finalmente cedió. Dándose la vuelta desapareció por el pasillo y se marchó de la casa dando, de nuevo un portazo. Emma, sin darle ninguna importancia, se volvió a echar sobre el sofá y se volvió a dormir.

Cuando Lola y Mikel se levantaron, Emma ya estaba en pie, y ajenos a lo que estaba ocurriendo, cada uno se dedicó a lo que normalmente dedicaban el domingo. Mikel a jugar a básquet con los amigos, en un campo cercano. Lola a hacer de voluntaria en una protectora de animales en el Tibidabo, y Emma a limpiar un poco la casa, y después a vagar, ya que iba a tener el día para ella. Su hijo comería con los amigos, en un restaurante de comida rápida y luego, se iría a patinar al paseo marítimo. Lola lo haría con una amiga, para más tarde ir al cine. Y en cuanto a su marido, ni idea. No tenía ni idea, rara vez comía un domingo en casa. Solía pasarlo con los amigos en la montaña, haciendo costilladas y tomando cerveza.

Emma comió sola, y le resultó más que placentero. Lo hizo sentada en el sofá, mientras veía una serie de suspense. Con el estómago lleno, se regaló una buena siesta. Se la merecía, además, necesitaba recuperar todo el sueño atrasado. Y es que las dos últimas noches, de dormir, más bien poquito, y le urgía recuperarse de tanto ajetreo nocturno.

Aún faltaba algo para que dieran las seis de la tarde, cuando abrió primero un ojo y luego con cierta pereza, el otro. El sol, había empezado a caer, aunque todavía había la suficiente luz, como para que el cuerpo y el ánimo, le pidieran lanzarse a la calle. Es lo que tiene la primavera, que te invita a callejear.

Se puso algo informal, cómodo, y se fue a dar un paseo, le apetecía. No recordaba la última vez, que se fue a pasear, por el simple placer de hacerlo. Y quizá por ello, le pareció liberador y rupturista. Agradeció la brisa



en su rostro, y recorriendo las calles de la ciudad sin prisa, ocupó su mente con el recuerdo y el aroma de Alex.

No había sabido nada de él. No la había llamado, también era cierto, que ella tampoco le llamó a él. Se preguntó si lo sucedido con Alex, sería simplemente el encuentro de una noche, o si habría algo más. Realmente, no le importaba tener más encuentros como los del viernes pasado, aunque sí que tenía claro una cosa. Ella no quería una relación. No quería ni obligaciones, ni ataduras. Pero sí, pasión, besos, caricias, risas y complicidad bajo las sábanas, y a esto, no estaba dispuesta a renunciar. Ahora ya era tarde para poder renunciar a ello. Ahora que había despertado a la vida, no podía, ni quería, volver al estado vegetativo en el que había vivido, durante tanto tiempo.

## 8

Ya era lunes y Emma estaba de los nervios. Se sentía como una cría en su primer día de clase, estrenando nuevo colegio. Y de alguna manera, así era. Esa misma tarde, iniciaba sus clases de restauración. Ese era uno de los motivos de su nerviosismo, aunque había otro. Le llevaba y le traía, la idea de volver a ver a Alex. ¿Qué pasaría? ¿Cuál sería la actitud de él? ¿Qué le diría?

No fue hasta media mañana, que Álex apareció por la oficina. Como siempre, repartió los paquetes y la documentación, dejando para el final la entrega destinada a Emma. Cuando llegó a su mesa la miró con cierto reproche.

—Cuando me desperté ya no estabas —le dijo él con tono recriminatorio y molesto.

—Tenía que marcharme y estabas tan atractivo ahí, desnudo sobre la cama, que me pareció una pena despertarte —le contestó Emma dibujando una sonrisa insinuante.

—¿Y durante todo el fin de semana? —le preguntó Alex, haciéndole saber que había estado esperado su llamada.

—La verdad es que lo pensé, pero imaginé que tenías cosas que hacer, y lo cierto es que, yo he tenido un fin de semana muy agitado. Eso no significa, que no me haya acordado de ti

—¡Ah sí!

—Pues sí. Me he acordado mucho de ti... Me lo pasé muy bien la otra noche.

—Bueno, en ese caso, podríamos repetir —ahora ya con una sonrisa que destilaba cierta satisfacción, y también muchas ganas—. ¿Nos vemos esta noche?

—Esta noche no puedo. Hoy empiezo las clases de restauración y saldré tarde. Y luego, tengo que ir a casa. Se me ocurre que podríamos compartir el desayuno.

—¿El desayuno? —descolocado y algo incrédulo.

—Sí, podemos desayunar en tu casa. ¿Qué tal se te da por las mañanas?

—¿Cómo?

—Tú vete esta noche prontito a dormir, que mañana iré yo a despertarte.

—¿Habrás café y croissants? —preguntó él, alimentando la fantasía.

—Habrás café, croissants, mermelada y quién sabe, si algo más.

— Vale, vale —Alex impaciente, se metió la mano en el bolsillo y sacó unas llaves que le dio a Emma—. Toma. Son las llaves de mi casa.

Emma cogió las llaves, mirándole con deseo. Y él, se dejó atrapar por esa mirada, que le prometía que volvería a tocar el cielo con las manos.

Él se marchó para continuar con su trabajo, y no pudo evitar tener que girarse un par de veces para mirarla. Y es que aquella conversación, despertó en Alex mil y una fantasías. En realidad, ambos se pasaron el día fantaseando con lo que podría significar aquel desayuno, pero Emma, ya lo tenía claro.

Aquella complicidad entre Emma y Alex no pasó desapercibida en la oficina. Y es que resultaba extraño que Emma, de repente se entretuviera hablando con Alex, y que además, fuera tan generosa regalándole sonrisas. Extrañó, porque Emma era una profesional que desde que llegaba hasta que se iba, se ocupaba única y exclusivamente a hacer su trabajo. No perdía el tiempo en ser sociable, y aunque nadie podía negar, que era una persona cordial y educada, también era cierto que era, un tanto, parca en palabras y gestos. A lo que hay que añadir, que aquella nueva actitud era una bocanada de aire fresco, un pedazo de carnaza nuevo, con el que alimentar a tanto amargado y tanta amargada, ansiosos de despellejar, de especular, de condenar y de criticar. Emma por supuesto lo sabía. Sabía bien dónde trabajaba, y quienes eran sus compañeros de trabajo, y lo hambrientos que estaban de cotilleos. Por primera vez le importó poco, por no decir, nada. Al fin y al cabo, ella era consciente de que desgraciadamente, eso pasa en todas partes, es un mal pandémico que corrompe a casi todos. Son pocos, lo que se salvan de ir por ahí dando lecciones de vida, juzgando y despotricando de los demás, olvidándose de lo que tienen en casa, de lo grises que son sus vidas y de lo negras que tiene el alma.

De todos modos, aquel pasar de todo, también sorprendía a la propia Emma, que siempre había sido muy prudente y siempre, siempre, había hecho hasta lo indecible por pasar desapercibida. Porque tenía la creencia de que cuanto más desapercibida pases por la vida, menos problemas tienes. Pero ese axioma no es verdad, y Emma lo había descubierto unos días antes, así que sin darle más importancia, se sintió empoderada por su nueva actitud y su nueva filosofía de vida, y se ocupó de seguir con el trabajo.

Una vez acabada la jornada laboral y sin perder un segundo, se fue hacia la Escuela de Artes y Oficios. A los nervios por ser el primer día, por empezar a hacer algo que había soñado durante años, hubo que añadirle una sensación poco agradable, y es que al entrar en el taller, de repente se sintió la madre de todos. Hasta el profesor era bastante más joven que ella. Aunque aquella desubicación generacional, desapareció en el momento en que el resto de compañeros e incluso el profesor, le dieron un trato normal, considerándola una más.

Si bien aquella primera clase había sido más de presentación, donde se explicó en que iba a consistir el taller, para Emma fue fascinante. Se moría de ganas por poner sus manos sobre algún mueble antiguo y restaurarlo. Porque en principio, el taller se iniciaba con la restauración de muebles y objetos antiguos. La restauración de arte, vendría más tarde.

Llegó a casa como poseída por el espíritu de la felicidad. Había disfrutado de su primera clase, a lo que había que sumar, que el sólo hecho de pensar en lo que le esperaba al amanecer, bajo las sábanas blancas de la cama de Alex, la ponía a cien. Aquel nirvana por el que se paseaba despreocupada, se esfumó tal y como cruzó la puerta de su casa.

Se encontró con todos sentados a la mesa cenando. Su hijo un kebab de pollo, su hija Lola una ensalada y su marido un trozo de queso con pan. La tensión no se palpaba, directamente se cortaba. Jonas la miró con tanto desprecio y tanta rabia, que sus hijos se dieron cuenta. Emma, por el bien de todos, intentó normalizar la situación y quitándose la chaqueta, se acercó primero a Mikel y luego a Lola para darles un beso.

—Pensaba que ya habríais cenado. Es un poco tarde ¿no?

—Sí, es que no sabíamos que cenar. No había nada preparado — contestó Mikel algo resignado pero sin ninguna recriminación.

—Bueno, pues habrá que acostumbrarse —replicó Emma con naturalidad y con tono cariñoso—. Ya sois grandes, y es bueno que aprendáis a ser autónomos e independientes. No siempre vas a tener a tu madre para que te haga la cena —dirigiéndose a Mikel con ternura y utilizando un tono divertido.

—No te preocupes mamá —continuó Lola—. A mí me parece bien. Ya es hora de que aquí contribuyamos todos. Y además, estoy encantada con que vuelvas a estudiar.

—Tu madre no ha vuelto a estudiar. Va a hacer manualidades —dijo

Jonas con tono cortante y malhumorado.

Emma no dijo nada, pensó que era mejor no contestar a su marido y evitar un enfrentamiento, sobre todo, delante de los niños. Pero Lola sí que contestó.

—No son manualidades. Es un taller de restauración de muebles antiguos y obras de arte —le puntualizó Lola a su padre de forma categórica.

Jonás tragó saliva y calló. Sentía que le hervía la sangre, pero se contuvo. Emma por su parte, siguió con su estrategia de darle naturalidad a todo, por lo inició diferentes conversaciones con sus hijos sobre los estudios, sobre la camiseta estrafalaria que llevaba Mikel, sobre si Lola iba a cortarse el pelo, temas intrascendentes con los que bajar la tensión que se respiraba. Jonas, consciente de que ni era el momento, ni estaba en posición de ganar ninguna batalla en ese escenario familiar, se levantó de la mesa, se sentó en el sofá a ver la televisión y espero.

Una vez que los hijos se fueron cada cual a su habitación, y que Emma empezó a recoger la mesa, entrando en la cocina con los vasos y los platos, Jonas se dispuso a dejar claro que no estaba dispuesto a tolerar más tonterías.

Después de dejarlo todo en la fregadera se giró y se encontró de frente con su marido. Su mirada era pétrea y destilaba rabia.

—Esto se acaba aquí y ahora. Hoy ha sido tu primer y último día en esa escuela de lo que sea. Cuando vuelva mañana por la noche, te quiero ver aquí. Y la cena preparada en la mesa.

Fue contundente. Su porte y su voz eran más que amenazantes, a pesar de ello, Emma no se echó para atrás.

—Mañana volveré a la escuela de arte, y volveré al día siguiente, y al otro. Y mañana, tu cena te la harás tú.

Jonas presa de una impotencia que no podía digerir, le cogió la cara con la mano, y apretando con fuerza la arrastró hacia él. Frente a frente, a pocos centímetros el uno del otro, ejerciendo cada vez más fuerza sobre las mejillas de ella, le dejó clara su sentencia.

—No me desafíes Emma, o te juro que te arrepentirás.

—No me das miedo —le contestó altiva Emma.

Jonas que aún la tenía cogida por la cara, la empujó hacia atrás y mirándola con desprecio le advirtió.

—No olvides que eres mi mujer, y la madre de mis hijos. Mañana te quiero aquí.

Crecido, creyéndose un macho dominador, salió de la cocina para encerrarse en la habitación de la que no salió hasta la mañana siguiente.

Emma necesitó de unos minutos para recuperarse. Nunca había visto a Jonas de aquella manera. En realidad, él siempre había sido como una ameba silenciosa, y verlo tan amenazante le impactó, y también le dio miedo. Pero pasado el primer impacto, se expulsó el miedo, se pasó por el forro las amenazas y continuó con sus planes para el día siguiente.

Temprano, muy temprano, faltaban diez minutos para las cuatro de la madrugada Emma se levantó del sofá, lugar en el que dormía desde hacía días. Una ducha rápida, la ropa interior gris perla de encaje, un pantalón negro, un jersey de color ocre y una chaqueta, y antes de marcharse, un paseo por la cocina de donde cogió un par de croissants, que había puesto al horno antes de vestirse y de la despensa, un bote de mermelada de cerezas.

Salió de casa a paso ligero, hacia una parada de taxis de 24h que había a un par de manzanas. Camino a la casa de Alex, observando a través de la ventanilla del taxi la ciudad aún dormida, se sintió insegura. Aunque también, excitada, ilusionada, expectante y sobre todo poderosa. Cuantas cosas habían cambiado en algo más de una semana. Tantos años invernando las emociones, que parecía que cuando éstas, vieron una pequeña brecha por la que escapar, escaparon todas montando una revolución.

Entró en la casa de Alex con cuidado de no hacer ruido, deseaba encontrárselo dormido, y así fue. Encendió la luz del otro lado del loft para que la iluminación en la zona de la cama fuera tenue y allí se lo encontró. Dormido, boca arriba, en medio de la cama, como un cristo crucificado, y ella disfrutó de aquella imagen que le inspiraba mil y una forma de gozar.

Emma se desnudó y se acercó a la cama. Con extrema delicadeza retiró la sábana, dejando al descubierto el cuerpo también desnudo de Alex. Tomó el bote de mermelada y lo abrió, dispuesta a crear una de las más bellas obras de arte.

Desde el pecho hasta su miembro viril, Emma dibujó hilos de cerezas que se entrelazaban dando paso a un paisaje dulce, imposible de no recorrer. Con la misma delicadeza se subió sobre él, y éste entonces, abrió levemente los ojos para volver a cerrarlos, mientras una sonrisa delataba su complacencia, la cual se fue convirtiendo en deleite, tal y como la lengua húmeda de ella, jugueteaba con una piel que sabía a fruta dulce. Recorriendo el paisaje, llegó hasta el final del camino, donde se encontró con un pene

erguido y majestuoso, que le mendigaba ser saciado, y ella lo sació. También es cierto que se hizo de rogar.

Despacio, muy despacio le lamió para luego acelerar el juego y entonces, cuando el deseo parecía a punto de desembarcar en la noche, ella se agarró a la pausa de suspender las ganas, rozando con sus labios el tronco fuerte de aquel nogal, que quería renacer a golpe de savia blanca. Y llegada la aparente calma, el azote de su lengua y de su boca hambrienta de aires nuevos, se revolcó de nuevo, acelerando, ahora ya sin freno.

Como lobo en luna llena, Alex gritó de placer a la vez que sentía que su cuerpo se elevaba hasta los cielos. Y contraído, se incorporó para tomar a Emma por el rostro, y llevarla hasta él. Se miraron como sólo se miran los amantes clandestinos, como lo hacen los que se dan por completo y sin reservas, sin miedos. Se besaron, despacio y suave, mientras quedaban extendidos en la cama, ella sobre él. No se dijeron nada, quizá porque no había nada que decir. Sólo se miraron, sólo se besaron, sólo se acariciaron. Dejaron pasar el tiempo, sabiendo de antemano, que el tiempo y el espacio habían dejado de existir para ellos.

Y fue en algún momento de esa atemporalidad, cuando él agarrándola con fuerza se giró, quedando él sobre ella. Deseó con toda el alma que ella pudiera sentir lo que él había sentido, y por ello se incorporó para coger la mermelada. Y como pintor ante un lienzo en blanco, hizo de la piel de Emma, un embrollo de caminos por donde el placer pudiera deambular. La recorrió entera. Se entregó a descubrir unos pechos ávidos de besos, y descendió hasta un valle que se abría, impaciente por ser descubierto y conquistado. Él bebió de las aguas de un océano que se agotaba entre gemidos. Y no importó que ella llegara casi a la inconciencia, él no quiso que aquello acabara, y de la misma manera que había descendido por su cuerpo, ahora ascendía volviendo a recorrer cada pliegue de su piel. Lo hizo sin prisas, quería descubrir ese cuerpo que se encorvaba bajo el suyo. Y lo hizo entregando el alma y el corazón.

Ya alcanzando sus labios, la besó derrochando pasión, y justo entonces, él buscó entrar en ella, y ésta deseosa de darle refugio, le abrió puertas y ventanas. Lo sentía dentro, muy adentro. En cada vaivén, ella perdía viejas creencias, viejos miedos y encontraba nuevas formas de sentir y vivir. Se sintieron, el uno al otro de una manera casi salvaje, pero también llena de una ternura que les estremecía. En cada ida y venida, el placer se acrecentaba y como intentando que aquello fuera eterno, se besaban con rabia

y sin tregua, hasta que desarmados ante aquel voltaje, se rompieron vaciándose el uno en el otro.

Tras esa sacudida se quedaron quietos, uno sobre el otro, sin fuerzas, sin aliento, empapados en sudor. Con las piernas de ella enroscadas en la de él, con la virilidad de él atrapada en la feminidad de ella. Como guerreros en busca del descanso, cerraron los ojos y dejaron pasar el tiempo, y el tiempo les regaló un sueño relajado y amable.

Cuando se despertaron era las diez de la mañana y decidieron que mejor tomarse el día libre. Emma llamó a la oficina diciendo que le era del todo imposible ir al trabajo. Había pasado una mala noche, con fiebre y vómitos. Alex por su parte, hizo lo propio, y su excusa fue que se había hecho daño en un tobillo, y no podía caminar.

Eran como dos estudiantes de bachillerato escaqueándose de las clases. Porque una vez que cada uno cumplió con el compromiso de llamar al trabajo, se miraron y empezaron a reír a carcajadas. Emma le había prometido un buen desayuno, y cumplió con lo prometido. Alex preparó café y ella preparó la mesa, poniendo los croissants en un plato. Él con bóxers negros y ella con la camisa de él medio desabrochada, desayunaron entre arrumacos y besos. Y ya que tenían el día libre, que mejor que lanzarse a la calle a disfrutar de un soleado día de primavera, e impregnarse de los colores de la ciudad.

Dieron un paseo por el barrio gótico. Cogidos de la mano, bajaron por las Ramblas hasta llegar al puerto. Se pararon en algún que otro puesto callejero, bromearon con todo, estaban exultantes y no era para menos. De todos modos, Emma tuvo en algún que otro momento, la extraña sensación de ser observada, pero imaginó, que era más fruto de la paranoia que de otra cosa, y sin darle importancia se dejó arrastrar por el momento, y junto a Alex, disfrutó del día.

Comieron en un restaurante, uno de esos de toda la vida, en el barrio de la Barceloneta. Un arroz con bogavante y una buena botella de vino blanco, fueron la guinda de aquel maravilloso día que empezó de madrugada. Una vez acabaron de comer, se dirigieron hacia la casa de él. Allí sentados en el sofá entre risas y bromas se tomaron un café, y sobre las cinco Emma se despidió, ya que tenía que ir a clase. Él le acompañó hasta la puerta y se la abrió, y justo cuando ella iba a salir, él de un golpe la volvió a cerrar. Ella lo miró y Alex entonces la besó, como si no hubiera un mañana, y con las mismas ansias, le quitó los pantalones y subiéndosela a las caderas, fue hasta



la mesa y allí, se volvieron a tener. Había deseo, y también fascinación. Emma se supo consciente de que Alex le podía, y le podía todo lo que le hacía sentir. Le encantaba sentirlo cerca y sentirlo dentro. Y sobre todo le fascinaba, aquella forma de actuar donde nada es como se espera. Alex era para Emma, una lección de cómo no dejarse aletargar por la monotonía, de cómo ventilar al aire, las emociones y los instintos. También era cierto, que Emma para Alex, fue todo un descubrimiento que le llevó, a él, un hombre con mucho camino recorrido, a disfrutar de sensaciones y experiencias diferentes, donde la pasión se confundía con la ternura, y donde el instinto se vestía de complicidad.

## 9

Emma salió de la casa de Alex subida en una nube. Era libre, por primera vez en su vida era libre. Hacía lo que quería, y la vida le recompensaba con felicidad, satisfacción y fuerza.

Llegó a clase justo a tiempo. También hay que decir, que lo hizo con un aspecto algo descuidado, y es que aunque intentó peinarse y recomponer su apariencia en el ascensor, cuando se marchaba de casa de Alex, sólo fue un intento que no dio muy buen resultado. Ella, ni se percató de que llevaba la camisa mal abrochada, ni tampoco, de que su pelo, aún seguía algo revuelto. Afortunadamente, sus compañeros tampoco prestaron atención al desaliño, seguramente porque cuando se tiene otra mentalidad, uno sólo le da importancia a lo que realmente la tiene. Y el aspecto de alguien es sólo una anécdota. Una anécdota, eso sí, que no pasó desapercibida cuando llegó al hogar familiar.

Entró en casa, con la chaqueta en la mano y con una sonrisa tatuada en los labios, que desapareció de inmediato, al encontrarse a Jonas saliendo de la cocina. El cual no sólo le dedicó una mirada repleta de asco, si no que después de darle un repaso de arriba abajo, dejó claro cuál era su sentencia.

—Pareces una zorra. Péinate un poco y abróchate bien la blusa. Lola está en el salón, al menos, que no te vea con esa pinta. Que no se dé cuenta que su madre es una puta.

No dijo nada más, simplemente se dio la vuelta y desapareció por el pasillo. Rápidamente, Emma mirándose frente al espejo que había en el recibidor, volvió a abrocharse la blusa, se peinó con los dedos y manteniendo la respiración, se vistió de normalidad.

—Hola cariño —dirigiéndose a su hija que estaba, medio sentada, medio estirada, en el sofá, viendo una serie de televisión—. ¿Ya has cenado?

—Hola mamá. Sí, he cenado una ensalada de tomate con nueces, y queso de cabra.

Emma que había dejado sus cosas sobre la mesa del comedor, se sentó junto a su hija.

—Suenan bien. Seguro que estaba buenísima.

—¿Y tú?

—Yo qué.

—¿No vas a tomar nada?

—No, no tengo hambre.

—Pues muy mal, porque te he dejado algo preparado.

—¡Ah sí! Qué grande eres cariño.

Emma se levantó, y después de llenar de besos a Lola de forma divertida se fue a la cocina, y de vuelta al salón, con un plato en una mano y una copa de vino en la otra, se volvió a sentar.

—Me has preparado un kebab. Tiene buena pinta.

—Debes aprender a probar cosas nuevas.

—Pues tienes razón —con la boca llena—. Oye, esto está buenísimo.

—Claro. —Lola miró a su madre divertida y satisfecha.

—¿Mamá?

—Dime cariño.

—Qué está pasando.

—Qué quieres decir —intentando mostrar desconocimiento.

Lola miró a su madre con cierta recriminación — Por favor, no me tomes por idiota, que ya no soy una cría. Te da por volver a estudiar, ya no estás casi nunca en casa, entre papá y tú hay un mal rollo, que no veas.

—¿Y te parece mal? Digo lo de volver a la escuela de arte y todo eso.

—No, todo lo contrario. Me parece la leche de bien. Tenías que haberlo hecho hace mucho y también me parece bien, que salgas de esta cueva y te dé el aire, que por cierto, falta te hacía y mucha. Parecías una vieja provinciana.

—¿Una vieja provinciana? —riendo.

—Pues sí. Siempre metida en casa, con esas ideas antiguas.

—¿Me estás llamando antigua? Yo no soy antigua.

—Anda que no. Perdona mamá, pero eres un pelín retrógrada.

—¿Yo? —asombrada, aunque tomándose lo con humor.

—¿Quieres que hablemos de matrimonio, de libertad, de que te has pasado la vida lavándole los calzoncillos a tu marido, mientras él se toma una cerveza en el sofá, o mejor, quieres que hablemos de sexo?

—No, mejor no. Por cierto, tu padre no usa calzoncillos, usa bóxers.

—¡Joder! Qué moderno.

—Bueno, tu padre de moderno poco.

—¿Os vais a divorciar?

Emma miró a su hija sin saber qué respuesta darle. Y en un intento por no ahondar en el tema, probó de cambiar de conversación, aunque sin

mucho éxito.

—Dónde está tu hermano.

—En su habitación, jugando con la Play. ¿Os vais a divorciar?

Emma, ante la insistencia de su hija ya no pudo evadir una respuesta.

— No lo sé. La verdad, no he pensado en ello. Sé que tu padre y yo, no estamos pasando por una buena racha. No sé, qué es lo que va a ocurrir.

—¿Papá está con otra?

—No. Bueno, no sé. No creo.

—Vale, pero una cosa. No te quedes con él por nosotros, o porque creas que como te casaste tienes que estar con él toda la vida. La gente se divorcia y no pasa nada.

—Lo sé. No te preocupes. Tú no debes preocuparte, por lo que ocurra entre tu padre y yo. Lo que tenga que ser, será y ya está. Tú no te preocupes. ¿De acuerdo?

—Ok. Sólo que... de lo que ocurra, me gustaría no ser la última en enterarme. No me apetece nada, sentirme como un pardillo.

—No serás la última, serás la penúltima —divertida y riendo para desdramatizar la conversación.

—No. La penúltima tampoco. Quiero ser la primera —tirándole un cojín a su madre mientras le sonreía—. Me voy a la cama —levantándose del sofá—, que mañana tengo clase a primera hora.

—Muy bien cariño, que descanses.

Lola le envió un beso de buenas noches a su madre y desapareció del salón, dirección a su habitación. Ya a solas, Emma se sintió derrotada. Qué pensarían sus hijos si se enteraran de su aventura. Y qué ocurrirá con Jonas. La convivencia con su marido había llegado a un punto en que era insostenible, y sobre todo, era irrecuperable, porque para que la relación entre ambos pudiera volver a funcionar, Emma debería de volver a ser la mujer que fue, y para eso ya era demasiado tarde. Ni quería, ni podía. Lola tenía razón. Quizá, lo mejor era divorciarse.

Le dio vueltas durante toda la noche y finalmente decidió, que separase de Jonas sería lo mejor para los dos, y decidió también, que en esto había que ser prudente y antes de decir nada a nadie, debía dejarse aconsejar por un abogado.

La semana transcurrió rápido. El tiempo era algo que a Emma no le sobraba. Entre el trabajo, la escuela de arte, los encuentros con Alex, y poco

o mucho, su casa, el tiempo se le escapaba de las manos. Sin embargo, hubo algo que rompió la monotonía habitual en la familia.

El jueves por la noche, al regresar Emma a casa después de sus clases, recibió la noticia de que Jonas había organizado una comida familiar para el domingo. Algo así como una comida de Navidad en abril, ya que familiar significaba que asistiría toda la familia al completo. Padres, abuelos, hermanos, cuñados, cuñadas, primos.

A Emma la idea le horrorizó, pero Jonas no le dio alternativa y se vio obligada a aceptar la propuesta. Primero porque Jonas, ya se había preocupado de organizarla, invitando a todo el mundo, y en segundo lugar, porque cualquier muestra de rechazo por su parte, hubiera supuesto el inicio de una bronca, que traspasaría las paredes de su casa para adentrarse en las de la familia. Y sólo le faltaba eso.

El domingo se despertó lluvioso, presagio de lo que podría ocurrir. Emma intentó entender el porqué de esa reunión familiar, no tenía sentido, y tampoco era propio de Jonas, organizarla. Todo aquello era extraño, sobre todo, porque para su todavía marido, más de cinco personas juntas y sentadas a una misma mesa, era de un estresante imposible de soportar. Después de muchas vueltas, dejó de pensar en ello. Al fin y al cabo, no era capaz de encontrar una respuesta.

La comida transcurrió de la manera esperada. Ruido, conversaciones estúpidas, critiquero, alguna copa derramada sobre el mantel. Siempre hay alguien que vuelca la copa, es un clásico. Los más jóvenes por una lado, los mayores por otro. Los abuelos contando sus batallitas médicas, porque el que no tiene una cosa tiene otra. Que si el colesterol, que si la reuma, que si la fatiga, en fin, lo de siempre. Lo que no fue como siempre, fue la sobremesa.

Después del postre, vino el café, un buen momento, pensó Jonas, para entretener a los invitados. Llamando la atención de todos, les propuso que se tomaran el café en el sofá, y les anunció que tenía una sorpresa que seguro, les iba a encantar.

Uno a uno se fueron sentando en el salón y los que no cabían se quedaron de pie, o se sentaron en sillas. Emma fue una de las que se quedó de pie, un tanto descolocada por la conducta tan rara de Jonas.

—Familia, después de una buena comida nada mejor que una buena sobremesa, y cómo darle alegría a esta sobremesa.

Jonas, con el mando a distancia de la televisión en la mano, por cierto,

una televisión enorme, de la que se había encaprichado seis meses antes, miró a la familia que en silencio y expectante, aguardaba el momento de saber cuál era la sorpresa. Y él, ansioso por complacerles dio vida a la pantalla, en la que a todo color, se veía a Emma caminando por la calle.

—Mamás, eres tú. —Le gritó Mikel a Emma delante de todos, con tono burlón y jovial.

Rápidamente lo que se intuía como algo divertido se convirtió en humillación. En el vídeo no sólo se veía a Emma caminado por la calle, sino también como entraba en un portal. Y más tarde, como se abrazaba a un hombre y con todo lujo de detalle, como ella y su amante retozaban de todas la maneras posibles. Era todo un espectáculo pornográfico. Emma, no pudo y tampoco supo reaccionar. Se quedó paralizada, ante lo que estaba viendo en la pantalla, y ante las miradas de desprecio de todos, y sobre todo, ante la sonrisa de satisfacción y triunfo de Jonas.

Fue Lola, la que indignada se levantó rápido y apagó la televisión.

—Eres un hijo de puta. Maldito cabrón — enfrentándose a su padre.

Emma no pudo soportarlo y cogiendo su bolso se marchó corriendo de la casa. Corrió, y corrió bajo una lluvia espesa sin lugar al que llegar. Ella sólo quería huir. Agotada y ya sin aliento, se derrumbó en el banco de una pequeña plaza y allí lloró, tanto que sentía como las lágrimas la ahogaban, mientras la lluvia incesante la empapaba el alma.

No sabía qué hacer, ni a donde ir. No podía volver a casa, y tampoco podía ir al loft de Alex, no le pareció ni justo, ni conveniente. Sólo se le ocurrió una salida. Llamó a Carme y ésta aún sin saber lo que había ocurrido, se ofreció de inmediato a acogerla.

Cuando media hora después le abrió la puerta y se la encontró con aquel aspecto, se asustó y mucho. Rápidamente la metió para adentro, le dio una toalla y roba seca. Y aprovechando que Emma estaba en el lavabo, preparó una café con leche muy caliente que Emma agradeció, ya que le ayudó a entrar en calor.

En un primer momento Carme no quiso presionarla y no le preguntó nada, le dio su tiempo y cuando la vio más tranquila, se lanzó a saber qué era lo que había ocurrido. Emma entre el llanto y un sentimiento de humillación que no podía digerir se lo contó, aunque siguió omitiendo la identidad de su amante.

—Menudo cabrón hijo de puta. —estalló indignada Carme—. Con qué clase de monstruo te casaste.

—No lo sé. Sé que es culpa mía. Nunca imaginé que fuera capaz de algo así. —entre sollozos.

—Me parece cariño, que tú no sabes quién es tu marido.

—¡Dios! Lo han visto todos. Mis hijos. ¿Qué voy a hacer?

—Tienes que tranquilizarte, eso lo primero. Cuando estés más tranquila, entonces hablas con tus hijos.

—No puedo. No puedo.

—Claro que puedes. O que te crees, que tus hijos no follan.

—Cómo les voy a mirar a la cara. Me muero de vergüenza.

—Vale, necesitas tiempo. Tú y tus hijos. Deja que pasen unos días. Verás como no es tan fuerte como parece.

—¡No me jodas Carme!

—Vale, sí que es fuerte... Menudo cabrón, yo lo cogía de los huevos y lo reventaba... Otra cosa, ve rápido a un abogado porque ese monstruo te va a dejar sin nada.

—Ya lo ha hecho Carme, ya lo ha hecho.

Carme saltó al lado de su amiga y la abrazó fuerte, quedando las dos acurrucadas en el sofá.

—No te preocupes cariño, saldrás de esta. Ya lo verás.

De repente sonó el móvil de Emma. Ésta lo cogió, pero no se atrevió a contestar.

—¿No será el cabrón de tu marido?

—Es mi hija.

—Te llama porque seguro que está preocupada. Habla con ella.

—No puedo. No puedo.

Carme no insistió, sabía que el golpe había sido muy duro y necesitaría de tiempo.

Emma se quedó a dormir en casa de Carme y utilizando la excusa de un lumbago, se tomó una baja por enfermedad. No estaba en condiciones de ir a trabajar. En realidad, no estaba en condiciones ni para ir a trabajar, ni para nada. Tardó más de tres días en sobreponerse ligeramente, y lo hizo gracias a la intervención de Carme, que veía como el móvil de Emma sonaba y sonaba sin que ella lo cogiera. Carme no era una mujer entrometida, aunque dada las circunstancias se tomó ciertas libertades, entre ellas, las de averiguar quiénes eran los que la llamaban con tanta insistencia. Eran principalmente su hija y Alex, aunque también había alguna llamada de su madre y unos

cuantos whatsapps, donde varios miembros de la familia, entre ellos su padre y su suegra, la ponían a parir. Zorra o puta era la palabra más repetida en los mensajes.

A Carme se le removía el estómago ante tanto falserío. Pero lo importante es que Lola, insistía en llamarla. Era una buena señal. Lo intentaba diez o doce veces cada día, así que aprovechando que Emma pasaba mucho tiempo encerrada en la habitación, Carme llamó a Lola y le explicó dónde estaba su madre, y en la situación en la que ésta se encontraba, y Lola no lo dudó.

Serían algo menos de las seis de la tarde cuando Lola llamó a la puerta de Carme y ésta, dejándola entrar le explicó que su madre estaba en la habitación, lugar del que casi no salía. Lola entró en la habitación, y se la encontró acostada en la cama, de espaldas a la puerta.

—¿Mamá?

Emma al escuchar la voz de su hija saltó como un resorte, y al verla allí, escondiendo su cara entre las manos se puso a llorar. Lola corrió al lado de su madre, y la abrazó.

—Lo siento. Lo siento —no dejaba de decir Emma.

—No te preocupes. No es culpa tuya. Por favor no llores.

—Es culpa mía. Nunca pensé...

—No es culpa tuya. Es culpa del cabrón de mi padre. Menudo hijo de puta.

Abrazadas dejaron pasar los minutos hasta que Emma se recuperó un poco.

—Siento tanta vergüenza.

—Lo sé, no es culpa tuya. Todos nos sentiríamos igual, si nos pasara algo tan bestia. Aunque, no lo has hecho bien. Tenías que haberlo dejado y luego...

—No lo pensé, pasó.

—Ya, bueno esas son las mejores noches —con tono pícaro y quitándole hierro al asunto.

—Y tú que sabrás, si aún eres una cría.

—¿A ver si te crees, que cuando no vengo a dormir me dedico a jugar al mus en un casino de ancianos?

—Prefiero no saber.

—Tienes que levantarte y seguir hacia delante. No puedes dejar que te joda la vida. Olvídalo.



—¿Y tu hermano? ¿Qué ha dicho?

—Decir, decir, pues nada. Sigue en shock. No te preocupes, de él ya me encargo yo.

—Debe de odiarme.

—No seas tan dramática. ¡Hombre! Ver a tu madre follando como una loca, pues eso. Pero vamos, tampoco traumatiza a nadie. Es como ver una película donde tu madre es una actriz que hace un papel.

—Ya.

—Dale tiempo. Ya verás.

—Eso espero.

—Oye, tu amiga es muy enrollada ¿No?

—Sí, lo es.

—Y si le pedimos que nos haga un cafetito, nos lo hará.

—Sí, seguro.

Ambas se levantaron y abrazadas salieron al salón donde Carme leía un libro.

—Carme. Esta es mi hija.

—Lo sé. Es una chica estupenda. La has educado bien.

—Pues con eso de que soy joven, y los jóvenes ya se sabe. Y como soy maravillosa y estupenda, le echo morro. Qué tal un café.

Emma y Carme se rieron y no era para menos. Lola tenía la habilidad de arrancarle una sonrisa a cualquiera, en cualquier momento.

Hubo café con pastistas, y también hubo cena. La tarde se alargó hasta la noche. Lola no se quería ir, hasta ver a su madre más entera. Y aprovechando las horas de conversación y confidencias le hizo saber a su madre, que se había ido de casa. Que había alquilado una especie de estudio a las afueras por unos 300€ al mes. Bajo ningún pretexto quería vivir bajo el mismo techo que su padre, y afortunadamente, su trabajo de media jornada le daba para pagar el alquiler, estudiar y vivir, si bien había tenido que restringir mucho sus gastos, aunque también era cierto, que eso no le importaba. Emma se sintió orgullosa de su hija y se lo hizo saber, aunque tenía una preocupación que no le dejaba vivir, Mikel. Recuperar a su hijo se le antojaba muy difícil.

Una vez, Lola se marchó, y ya a solas las dos amigas, hablaron sobre Jonas. Cómo era posible que un hombre que se asemejaba tanto a un mueble, hubiera sido capaz de hacer aquello. Para Emma no había respuesta, para

Carme sí.

—Creo que no tienes ni ida de la clase de hombre que es. Y creo, que sería bueno que lo descubrieras. Para saber a qué atenerte.

—Y cómo lo hago.

—¿Nunca te ha parecido extraño que tu marido desapareciera los fines de semana? ¿Qué fuera tan poco dado al sexo? Sobre todo al principio de vuestra relación. Es que hay tantas cosas raras en el comportamiento de este tipejo, que no sé.

—Debí de darme cuenta antes. Nunca sospeché nada. Nunca dijo una palabra más alta que otra. Y sí, muchos días, sábados o domingos, se iba con los amigos al campo. Entonces no me pareció raro, o quizá ya me iba bien. No sé, eso lo pienso ahora.

—¡Ah! Deberías llamar a Alex.

—¡Alex! —exclamó Emma sorprendida—. ¿Te ha dicho algo?

—No, directamente no. No deja de revolotear por tu mesa en el trabajo, y así como el que no quiere la cosa, pregunta por ti.

Emma enrojeció todo entera, y se quedó sin saber que decir.

—No te preocupes mujer —echándole humor—. Es un hombre interesante. Te reconozco el buen gusto.

—No quiero hablar con él. Lo que me faltaba es que se enteraran en la oficina.

—Ya lo saben. O se lo imaginan. Esas miraditas, esas sonrisitas, esos ojitos de enamorados. Era inevitable. Eso no se puede ocultar. Cuando eres feliz se nota. Y lo que digan las marujas, ya sabes, a la espalda. Menudas cotorras reprimidas. Total si te van a criticar igual hagas lo que hagas, pues mejor que lo hagan con motivos.

—¿Y Alex?

—Habla con él y explícale todo lo que ha ocurrido. Es lo justo.

# 10

El golpe que Jonas le atestó fue demoledor, pero Emma se levantó y dio la cara. Aguantó que su madre le llamara de todo e incluso manteniendo el tipo soportó, que le dijera que era una vergüenza para la familia y que no la querían volver a ver jamás. Aguantó también, los improperios de su hermana, eso sí, se negó a dar explicaciones a sus suegros o cuñados. A ellos no les debía nada.

Repudiada por todos, ya no tenía nada que perder. Tenía a su hija de su lado, y haría hasta lo imposible por recuperar a Mikel. Todo lo demás le sobraba. Incluso Alex supo estar a la altura y estuvo con ella, dándole su apoyo. Es cierto, que al principio se asustó un poco. Menudo marrón. Para Alex, ella una aventura especial, nada más. Sin embargo, pasado ese primer susto, decidió darle su apoyo. No podía hacer otra cosa, le nacía de dentro.

Poco a poco Emma fue resituándolo todo, sin embargo, seguía habiendo algunas piezas que no encajaban en aquel desastre. Quién era Jonas en realidad. Qué se escondía bajo de la piel de aquel hombre, capaz de que llevar su venganza hasta aquel límite. No lo sabía, aunque estaba dispuesta a descubrirlo.

Emma de forma provisional se había instalado en casa de Carme, a la que llegó con lo puesto, y con lo puesto seguía. Carme le había prestado algo de ropa, pero ya no podía continuar de aquella manera. Después de comer, y sabiendo que a esas horas Mikel estaba en el instituto y Jonas trabajando, Emma se fue para la casa. Entró con prudencia, no podía evitar sentir cierto miedo, aunque al comprobar que había calculado bien los tiempos, y no había nadie, se tranquilizó. De todos modos, estar allí le quemaba por dentro y no quería quedarse más que lo preciso. Entró en la habitación, y del altillo bajó varias maletas que fue llenando sin entretenerse. Recogió también todo aquello que le era personal. Algunos anillos, sus pendientes, algunos pañuelos, las fotos de sus hijos, sus cremas, su perfume y poco más.

Dejó las maletas en el salón y se dispuso a llamar a un taxi, y justo cuando estaba a punto de marcar el número en su móvil, se le ocurrió, que antes de irse de allí, podría echarle un vistazo a las cosas de Jonas. Quizá, encontrara algo que le pudiera ofrecer alguna respuesta, a tantas preguntas.

Rebuscó en el armario, miró en todos y cada uno de los bolsillos de las americanas, pantalones y camisas. Buscó en los cajones de la mesita de noche. No buscaba nada en concreto. Simplemente, esperaba encontrar algo que le permitiera entender.

Nada, nada extraño, nada que ella no conociera. Se sintió decepcionada. Pensó que era normal, ya que si a lo largo de tantos años de convivencia, nunca se topó con algo que le pudiera resultar raro, no lo iba a encontrar ahora. Sin darle más vueltas, llamó a la empresa de taxis y justo cuando fue a coger las maletas para marcharse, reparó en que sobre la mesa del salón, había algo que antes nunca había estado. Un cenicero. Un cenicero de cristal blanco, sucio de ceniza y en el que habían un par de colillas. Le sorprendió, principalmente, porque Jonas no había fumado nunca y su hijo, que ella supiera, tampoco. Un mensaje en el móvil le sacó de sus pensamientos con respecto a lo de los cigarrillos. Era el taxi, que ya la esperaba ya en la calle. Sin perder tiempo, cogió las maletas y arrastrándolas, se marchó de aquella casa, con el deseo de no tener que volver a poner los pies, jamás.

Ya de vuelta al apartamento de Carme, primero ordenó un poco sus cosas, y después se dedicó a busca a través de internet, un piso de alquiler. No podía quedarse con su amiga eternamente. Y no es que Carme le hubiera dicho o insinuado algo, más bien todo lo contrario, aunque Emma era consciente de que seguir allí, indefinidamente, era un abuso, y por otro lado, entendía que tanto ella, como Carme necesitaban de un espacio propio. Durante un par de horas buscó y buscó, sin éxito. No encontró nada que le convenciera. O eran muy caros, o estaban muy lejos. Tampoco se agobió mucho, pensó que de una manera u otra, encontraría lo que necesitaba, y mientras aparcaba el tema del alquiler, algo le seguía rondando por la cabeza. Aquellos cigarrillos, aquel cenicero con colillas en el salón. No sabía por qué aquello que era algo insignificante, le intrigaba tanto. Quizá Jonas se había tirado al vicio de fumar como un carretero. Qué importancia tenía. En principio ninguna. Pero le preocupaba Mikel. Él siempre había sido un chico como otro cualquiera, afortunadamente alejado de los botellones, el tabaco y el callejeo. Era un chico sanote, y le preocupaba que debido a todo lo ocurrido, se hubiera dejado llevar por malas compañías, y eso a Emma le reconcomía, porque de ser así, ella era la culpable, o así lo sentía.

Necesitaba salir de dudas. No le bastaba con que Lola le informara de tanto en tanto sobre Mikel, asegurándole que estaba bien. Necesitaba

comprobarlo por ella misma, y sin pensarlo salió a la calle, cogió el coche de su amiga y se fue directa a la casa familiar. Aparcó el coche lo suficientemente cerca para ver el portal y observar quién entraba y quien salía, pero también, lo suficientemente lejos, para que nadie la pudiera ver.

Durante varias horas se quedó allí, esperando ver a Mikel y fue sobre las ocho, que apreció con su mochila y su patinete. Parecía más delgado, a pesar de ello tenía buen aspecto. Deseó tanto salir del coche, correr hacia él y abrazarlo, si bien, el miedo al rechazo, la contuvo.

Mikel estaba bien, al menos eso parecía desde la distancia. Aun así, decidió quedarse un rato más para ver qué pasaba. Quería cerciorarse de que su hijo no volvía a salir de la casa, dadas las horas que eran. Y así fue. Mikel no salió de casa. Quien entró fue Jonas. Lo vio como siempre, pero había algo en él que le resultó diferente. Algo en su forma de caminar, en su gesto, denotaba una cierta arrogancia. Era como si ahora caminara dos palmos por encima del suelo, más allá del bien y del mal, y si bien aquello le asustó un poco, también le despertó la curiosidad, por lo que continuó sentada en el coche, a espera de no sabía muy bien qué.

Durante esa espera fueron muchas las situaciones que imaginó. Quizá Jonas se veía con alguna mujer. Quizá se había atrevido a subirla a casa. Quizá seguía con la misma falta de sangre de siempre, y ella se estaba montando mil y una historias para nada. Y cuando Emma ya harta de esperar y especular, puso el coche en marcha con intención de regresar a casa de Carme, vio a Jonas salir del edificio. Eran casi las doce de la noche y Emma se preguntó a dónde iría a esas horas. Lo vio subirse al coche, que tenía aparcado a escasos metros del portal, y conducir por la calle principal dirección al cinturón del litoral. Decidió seguirle. Fue un acto involuntario. No lo pensó. Simplemente, lo hizo.

Entraron en el cinturón y tras varios kilómetros, salieron en la salida 12, dirección a la Zona Franca. Antes de llegar al núcleo urbano, Jonas se desvió por una carretera estrecha y allí, Emma aminoró la velocidad para evitar que él pudiera darse cuenta de que le seguía. El problema, es que al dejar mayor distancia, lo acabó por perder de vista y sin saber muy bien cómo, se encontró en una especie de laberinto de calles estrechas y adoquinadas. Aquello parecía como una zona industrial antigua. Todo eran fábricas de principio del S.XX, e incluso algunas parecían abandonadas y otras medio derruidas. De repente, sintió miedo. Estaba sola en aquel lugar y

de noche, y eso le inquietó. También se preguntó que hacía él allí.

El miedo le pudo más que la curiosidad y buscó la manera de salir de aquel lugar lo antes posible. Buscando alguna calle que le devolviera a la civilización, fue como se dio de bruces con el coche de Jonas. Aparcado en una calle solitaria. ¿Dónde estaba él? Emma llevada ahora, más por la curiosidad que por el miedo, aparcó su coche en una calle transversal, y combinando la prudencia con un paso ligero, se lanzó a encontrar respuesta a tantas preguntas. Echó un vistazo al Nissan Qashqai de color azul propiedad de su marido, y pagado entre los dos. Completamente cerrado y con todo en orden. Miró a su alrededor, y justo detrás de ella vio que se abría un pasaje. Se asomó, y gracias a unas farolas que iluminaban ligeramente el callejón, pudo ver como aquel corredor se abría a un espacio más amplio, un espacio abierto. Atenazada por el miedo caminó con sigilo y despacio. Emma podía ser muchas cosas, y últimamente había roto con muchas cadenas, pero la valentía para situaciones como aquella, no era algo que le caracterizara. A pesar de ello, llegó hasta el final, y resguardándose tras una columna, justo en la esquina donde se abría la calle, se encontró con una pequeña plaza porticada y allí, bajo un pórtico se lo encontró de la única forma en la que no se lo había imaginado.

Allí estaba, con la espalda apoyada sobre la pared, con los pantalones a media pierna, y con la cara desencajada de placer, por la mamada que le estaba haciendo un chapero, de no más de veinte años. No podía creérselo. No podía ver lo que estaba viendo y como guiada por la bestia que todos llevamos dentro, sacó el móvil y grabó la escena. Para qué, no lo sabía. Actuaba por impulso, no era capaz de racionalizar.

Si aquello le sorprendió, la consecución de aquella escena le provocó asco y miedo. Ya satisfecho por la felación recibida, Jonas miró a su eventual puto y sonriéndole con superioridad y arrogancia, lo cogió con fuerza por el pelo obligándole a ponerse en pie. Cuando lo tuvo frente a frente, le miró con chulería y lo lanzó contra la pared, al otro lado del pórtico. El pobre chaval no pudo mantener el equilibrio, y cayó al suelo. Justo cuando intentaba levantarse, Jonás le dio una fuerte patada en las costillas.

Emma quiso gritar, quiso hacer algo para ayudar a aquel muchacho, al fin y al cabo era sólo un crío y Jonás un maldito hijo de puta, pero qué podía hacer. Nada, no podía hacer nada, o eso creyó ella en ese momento. Y mientras ella se debatía en si actuar o no, Jonás continuaba con su carnaval de

perversión y maltrato. El chaperero, tras la patada, se quedó tirado en el suelo durante unos segundos, y una vez sintió que había recuperado el aliento, se levantó rápido e intentó salir corriendo, pero no pudo. Jonás le cerró el paso y cogiéndolo de nuevo del pelo, lo empujó en la pared. De forma brusca le desabrochó el pantalón, le bajó los bóxers y le manoseó el pene, mientras con el otro brazo le hacía presión sobre el cuello, llevándole casi a la asfixia. Ya harto de manosearle, agarrándole la cabeza lo obligó a ponerse de espaldas a él, y le penetró con tal fuerza y tal violencia, que los gritos del chaval retumbaban por entre los callejones de aquel lugar. Harto de abusar, saciado de parchear su falta de humanidad, lo empujó al suelo y allí se quedó. Jonás se subió los pantalones y con paso triunfal, salió de aquella plaza, pasando a menos de dos metros de Emma, que seguía escondida tras la columna y oculta gracias a la noche.

Emma no se podía mover, no había ni un solo músculo de su cuerpo que pudiera reaccionar. Sólo cuando escuchó el sonido del motor del coche de Jonas, y sólo después de intuir que se había marchado, recuperó la respiración, y ya sin contención se guardó el móvil en el bolsillo y corrió a socorrer al muchacho, que seguía tirado en el suelo.

Cuando se agachó a su lado, él reaccionó apartándose, y al comprobar que quien estaba allí, no era Jonas, sino una mujer que lo miraba con compasión, se dejó ayudar. Emma le ayudó a levantarse y agarrándolo por la cintura se lo llevó hasta su coche. Lo primero que tenía que hacer era salir de allí, así que arrancó, y a toda prisa se marcharon sin mirar atrás.

—Te llevaré a un hospital.

—No, no. A un hospital no —asustado le rogó el muchacho.

—Te tiene que ver un médico. Estás sangrando.

—Por favor, lléveme a casa —suplicándole.

—Está bien.

Emma le llevó a la dirección que éste le dio. Una vez allí, le ayudó a salir del coche y le acompañó hasta el portal de un edificio de apartamentos en el barrio del Raval.

De vuelta a casa, se encontró con Carme sentada en el sofá frente a la televisión, llorando un mar de lágrimas y se le volvió a encoger el alma.

—Qué te pasa —corriendo hacia Carme alarmada.

—Nada, es que en el fondo soy muy ñoña, y a mí con estas películas me entra una sensiblería que pa qué.

—Qué susto —suspirando aliviada.

—Y tú qué. Disfrutando de la vida con tu maromo —son sonrisa picarona.

—No. Hace días que no veo a Alex.

—No me digas que te has buscado a otro.

—No. No tengo el cuerpo para eso.

—Pues ahora que lo dices, no haces muy buena cara —de repente Carme se dio cuenta de las manchas de sangre en la blusa de Emma y con tono expectante las señaló—. ¿Eso es sangre?

—Sí.

—¡Dios mío! Qué te ha pasado.

—Nada, nada. ¡Ah! Por cierto, te he cogido el coche.

—Has tenido un accidente. ¿Está bien?

—Sí, no. No, sí. No he tenido ningún accidente y estoy bien.

—¿Entonces?

Emma no se veía capaz de relatar todo lo que había vivido, y visto, esa noche. Le faltaban las fuerzas, estaba agotada. Sacó su móvil, buscó la grabación de vídeo y se lo dio a Carme para que esta lo viera con sus propios ojos. Hablar de asombro, sería poco en comparación con la respuesta física y verbal, de Carme al ver el vídeo.

—¿Éste no es el cabrón de tu marido?

—Sí.

—Menudo hijo de puta. Yo le cortaba los huevos.

—Y yo, si tuviera la oportunidad.

—¿Tú nunca sospechaste nada?

—Jamás. Nunca, nunca hubo en él ni el más mínimo gesto violento. Y tampoco imaginé nunca, que le gustaran los hombres. Bueno los hombres no lo sé, los críos, seguro.

—Has pasado media vida durmiendo con un monstruo. ¿Y este pobre chaval?

—Lo llevé a su casa.

—Que hiciste qué.

—No podía dejarle allí. Jonas lo había destrozado. ¡Por dios! Si debe de ser de la edad de mi hija Lola.

—Qué vas a hacer ahora.

—Sabes, que Jonas sea bisexual u homosexual o lo que sea, no me importa. Me la trae al paio. ¡Ahora! Esa violencia, esa chulería ¡Buuufff!

—Utiliza la cabeza, y haz hasta lo imposible, por sacar a este



psicópata de tu vida, lo antes posible.

—No puedo evitar preguntarme una y otra vez, cómo no me di cuenta. Jonas siempre fue un tipo de poca sangre. Un hombre gris.

—Déjalo ya. No te machaques. No es culpa tuya.

Emma miró a su amiga con una sonrisa de gratitud, y achuchándose a ella, le abrazó con cariño sincero.

# 11

A la mañana siguiente, Emma se levantó con una idea fija. Una vez desayunó, café y media tostada, se fue directa al edificio del Raval, donde de madrugada dejó al joven chaperero. Una vez allí, aprovechó que salía una anciana, para preguntarle por el chico, haciéndose pasar por una amiga de la familia.

—¡Ah , sí! Usted busca a Ariel. El chico gallego.

—Sí, busco a Ariel.

—Arriba, vive en el ático.

—Muchas gracias.

—Es un buen chico. Muy educado.

—Sí, es un buen chico.

La anciana se marchó dejando vía libre a Emma que a falta de ascensor subió hasta el ático, donde sólo había una puerta, con lo que imaginó que debía de ser allí. Cuando iba a tocar el timbre, la puerta se abrió. Una chica joven salía del apartamento y al verla se quedó un tanto sorprendida, bajando la cabeza, desapareció escaleras abajo. Como dejó la puerta del estudio abierta, Emma aprovechó y entró.

—¡Hola! ¡Hola!

Emma se hizo notar pero no obtuvo respuesta hasta pasado unos segundos. Lo vio salir del lavabo, cojeando y caminando a horcajadas. Él, al verla se quedó quieto, sin entender que hacía aquella mujer allí.

—Cómo estás

—Qué hace aquí.

—Quería saber cómo estabas.

—Pues ya ve. Qué es eso —señalando la bolsa que llevaba Emma en la mano.

—Bueno. Algunas cosas para limpiarte las heridas, otras para aliviar el dolor y comida.

—Por qué lo hace.

—Soy madre. Supongo que no lo puedo evitar. Vamos siéntate.

Él obedeció, no sin que le costara un gran esfuerzo.

—¿Has desayunado? —él negó con la cabeza.

Aquel apartamento era una vivienda de estructura abierta, por lo que no le costó encontrar la cocina ya que estaba a la vista. A los pocos minutos, se acercó a Ariel con un batido de chocolate caliente y un croissant, algo que él aceptó con sumo agrado.

—Ya sé que no es de mi incumbencia, y no quiero ni agobiarte, ni hacerte sentir mal... Es que no lo entiendo. Por qué.

—Me dijeron que sería fácil

—Cómo.

—Vine a Barcelona a estudiar. Tenía un trabajo y con eso me pagaba los estudios y este lugar. No era mucho, aunque para estudiar y dormir, ya me estaba bien.

—¿Y?

—Me quedé sin trabajo. Necesitaba dinero... no encontraba ningún trabajo.

—Y te dijeron que hacer de chaperero sería fácil.

—Más o menos.

—O sea, que lo de anoche era tu primera vez.

—No, era la tercera

—Vaya, la tercera —con ironía—. Y qué tal eso de que te muelan a palos y te violen.

—Mal... Las otras veces no fueron así.

—Ah, ¿no?

—No. Las otras veces, venía un tío me pagaba y le hacía una mamada... Y cuando se iba, vomitaba.

—El de anoche. El hombre que te hizo todo esto, ¿lo conocías?

—No. Había oído hablar de un tío al que le gustaba forzar y pegar. No sabía que era él.

—Yo tampoco lo sabía —Ariel la miró extrañado por el comentario—. Es mi marido.

—¿Ese hijo de puta es su marido? ¿Y cómo lo aguanta?

—No lo aguanto. Estamos separados —durante unos segundos Emma se quedó bloqueada, sin saber qué decir—. Lo siento. De verdad que lo siento. Nunca imaginé que...

—No es culpa suya.

—Quizá no, pero debería haberme dado cuenta.

—Ni se imagina la cantidad de honestos y ejemplares padres de familia, a los que le va eso de estar con un chaperero y, cuanto más joven,

mejor.

—Cuánto te pago.

—20€

—Qué barato sale destrozar a alguien.

—No tiene ni idea.

—Déjalo Ariel. Si sigues por este camino, vas a acabar muy mal.

Ariel no dijo nada, sólo bajó la cabeza y como un crío asustado se derrumbó y empezó a llorar. Emma, sobrada de ternura, le dio calor y cariño, como si de su hijo se tratara. Y como tal, le consoló, le aconsejó, le curó las heridas y le dejó comida para varios días. Antes de marcharse le dio su teléfono, y le hizo prometer que si necesitaba algo, la llamaría. Además le convenció para que retomara los estudios, y en cuanto al dinero, le hizo saber que ella ya se ocuparía.

Su mente analítica y racional le dibujó la estrategia a seguir. Lo primero que hizo fue llamar a Lola, para pedirle que se llevara a su hermano con ella durante unos días. Que se inventara algo, lo que fuera. Necesitaba que Mikel se marchara de la casa que compartía con su padre, esa misma tarde. Y que durante unos días no volviera. Lola, como era de esperar, preguntó y preguntó sobre lo que estaba pasando. Emma no quería que sus hijos supieran el secreto que ocultaba su padre, por lo que se buscó una excusa. Le dijo que necesitaba hablar con Jonas y que no quería que ellos estuvieran presentes. Lola no se lo acabó de creer, aun así, aceptó. Teniendo en cuenta que era viernes, no le fue difícil convencer a Mikel de que pasaran juntos el fin de semana.

Una vez conseguido el primer objetivo sólo le quedaba esperar que llegara la noche. La espera fue larga pero para sorpresa, incluso de ella misma, se sentía tranquila. Tal vez, todo lo ocurrido en las últimas semanas, había sido tanto, que ya no le quedaba en el alma, lugar para el miedo o la inseguridad.

Al llegar las ocho, la espera había terminado. Cogió la chaqueta, el bolso, las llaves, y se fue de nuevo, hacia la que durante tantos años fue su casa. Y al igual que el día anterior, aparco a una distancia prudencial. Dejó pasar el tiempo, observando quien entraba y quien salía del edificio. Sabía que no tenía margen para el error. No podía dejar nada al libre albedrío, sobre todo ahora que sabía quién era en realidad Jonas, y cómo se las gastaba.

Con puntualidad casi británica, lo vio aparcar el coche frente al portal. Lo vio salir, y caminar con paso ligero hacia el edificio. Emma siguió esperando. Sabía que Mikel le había dicho a su padre que pasaría el fin de semana fuera, con lo que, visto la noche anterior, era de esperar que Jonas aprovechara la ocasión, sabiéndose libre de cualquier responsabilidad paterna. Y sí que la aprovecho, sí.

Un par de horas después, entró en el portal una joven, demasiado joven, de rasgos asiático. Por su forma de vestir y el exceso de maquillaje, parecía una puta callejera. Emma, lo supo de inmediato. Esa joven, era el entretenimiento de Jonas, para esa noche. En ese preciso momento, lo entendió. No es que Jonas fuera gay, no es que le gustaran los jovencitos. A Jonas le gustaban simplemente jóvenes, muy jóvenes. No tenía nada que ver con tener sexo, aunque fuera duro. Tenía que ver con el poder. Con sentirse impune, con ventilar los instintos más enfermos y saciarlos humillando y sometiendo. Y es que, es más fácil someter a un crío o a una cría, que a un hombre o a una mujer, ya con cierta vida a las espaldas. La verdad es que aquello le entristeció. Le resultaba tan patético que sentía pena. Un sentimiento, el de la pena, que se transformó en rabia y asco, cuando ya entrada la media noche, aquella joven prostituta salió del inmueble, tapándose la cara con las manos, cojeando y caminando con las piernas arqueadas. Algo le quemaba por dentro a Emma, le hervía la sangre, y eso no era bueno para sus planes. Al precio que fuera, debía mantenerse fría. No se podía permitir el lujo de dejarse llevar por la repugnancia y la ira. Así que durante unos minutos, respiró hondo, y cuando volvió a sentirse dueña de la situación, salió del coche dirección al portal.

Tomó el ascensor, por un momento recordó las miles de veces que había subido y bajado en ese ascensor, y se asombró de cómo había cambiado todo, tanto y en tan poco tiempo. Ya en el rellano, sacó las llaves y abrió la puerta despacio, procurando no hacer ruido. Entró hasta el salón y se encontró a Jonas medio tirado en el sofá, adormilado, desnudo. Una camisa blanca, abierta y manchada, era la única prenda que llevaba. La imagen era para vomitar.

Lo observó durante unos segundos, y ya harta de la escena, cogió el jarrón que había sobre el aparador y lo soltó, dejándolo caer al suelo. El sonido fue lo suficientemente fuerte, como para que Jonas despertara de su ensueño dando un blinco.

—¡Dios! Qué asco me das —le soltó a bocajarro Emma.

—¿Tú qué haces aquí?

—Esta sigue siendo mi casa.

—Ésta ya no es tu casa zorra.

—Entre ser una zorra o un revienta niños, prefiero ser una zorra.

—¿Tú de qué coño vas? —amenazante y chulo—. Te voy a destrozar la vida.

—No dudo que lo intentarás. Pero va a ser que no.

—Te vas a quedar sin nada. Te voy a ver mendigar — Emma soltó una carcajada y eso encabronó más a Jonas, que vio a su mujer con una seguridad, que le era desconocida—. No te rías zorra que todavía no sabes de lo que soy capaz.

—En eso te equivocas. Sí sé de lo que eres capaz. De hecho tengo un vídeo muy explícito, donde se te ve con un chapero. Se te ve disfrutando de una buena mamada. También se te ve dándole una paliza y violándolo. Supongo que es lo mismo, que has hecho con la putita a la que te has tirado esta noche. ¿Te gusta pegar? Eh, machote.

Jonas fuera de sí se lanzó hacia Emma y agarrándola con fuerza por el cuello con las dos manos, apretó y apretó, mientras le gritaba y le gritaba.

—Maldita hija de puta. A mí no me chulea nadie.

En uno de los forcejeos, Emma consiguió alcanzar el miembro de Jonas, y con fuerza le clavó las uñas hasta el fondo. El grito de dolor que exhaló Jonás se escuchó en todo el barrio. Ya libre de él, que se revolcaba por el suelo como animal herido, volvió a coger las riendas de la situación.

—Sólo te lo diré una vez. No quiero la casa, te la puedes quedar. Te puedes quedar también el coche, ahora bien, el dinero del banco es para mí. Todo. Mañana a primera hora me lo vas a transferir a mi cuenta. Y otra cosa, vas a pasar a tus hijos una mensualidad de 1.000€. Sí o sí.

—Ni lo sueñes puta. Te voy a matar.

—Lo vas a hacer, porque de lo contrario tus hijos, toda tu familia, del primero al último, todos tus amigos y compañeros de trabajo, van a ver un vídeo de lo más interesante. Te aseguro que si verme a mí, les escandalizó, verte a ti va ser la ostia. ¡Ah! Por cierto, también me vas a pasar a mí una mensualidad de 1.000€.

—No puedo pagar tanto.

—Sí que puedes. Eres un ingeniero muy bien pagado. Con un sueldo de 3.000€ al mes te da para mantener a tus hijos y para lo mío, me lo he

ganado.

—Voy a reventarte.

—Te llamaré para que vayas a firmar el divorcio. Por la cuenta que te trae, haz lo que te digo. Yo ya no tengo nada que perder, así que tú mismo.

Dando un par de pasos atrás, Emma miró a Jonas que seguía revolcándose en el suelo, cubriendo su pene con las manos, como intentado atajar la sangre que le brotaba.

—Qué asco me das. Eres un enfermo. Un puto enfermo.

Sin decir nada más, cogió su bolso, su chaqueta y se marchó. Lo había pasado mal, esa era la verdad. Hubo un momento en que pensó que no saldría de allí con vida, pero ya fuera de aquella casa, y mientras caminaba hacia el coche, se sintió grande, se sintió orgullosa de sí misma y sobre todo, se sintió liberada.

Se sentía tan bien, a pesar de lo sórdido que era todo, que una vez en casa, se abrió una botella de cava. Hubiera estado bien compartir aquella victoria con Carme, algo imposible, ya que ésta, pasaría el fin de semana con un medio amigo, medio amante, que tenía por ahí y con el que se veía de vez en cuando.

Después de un par de copas, Emma miró a su alrededor y se sintió sola. Por un momento pensó en llamar a Alex. No, mejor no. No tenía el cuerpo para revolcones apasionados. Lo que ella necesitaba ahora, era calor, ternura, un abrazo y alguien, que le abstraiera de toda aquella maraña de bajezas, en la que se había visto envuelta. Lo que significaba una complicidad que iba más allá de un encuentro sexual. Se divertían juntos y se lo pasaban bien, pero de ahí, a tratar de que Alex se convirtiera en amigo, cómplice, confidente y confesor, había todo un mundo. No podía pedirle a su amante, aquello que ella lo le iba a dar. Si la situación fuera a la inversa, Emma tenía claro, que seguramente su reacción, sería la de distanciarse de los problemas de alguien, con el sólo compartía buen sexo.

Así, que no le quedaba otra que buscar alguna buena comedia en televisión, hincharse a nueces y acabarse la botella de cava. Tampoco estaba tan mal, o eso pensó ella para consolarse.

El fin de semana transcurrió sin nada interesante que vivir y que contar. Se levantó tarde, comió a placer, mató el tiempo con largos paseos, se fue de compras y buscó y buscó algún lugar, más o menos decente, en el que poder vivir. Un apartamento que no se cayera a pedazos, en una zona más o

menos agradable, donde no tuviera que ir de costado para ir de la habitación a la cocina, por falta de espacio y por supuesto, con un alquiler asequible. Requisitos difíciles de encontrar, si buscas casa en Barcelona. Una ciudad donde hasta respirar es caro.

De todos modos, Emma sabía que tenía que encontrar un lugar para instalarse más pronto que tarde. Necesitaba de su espacio. Necesitaba de sentirse en casa, algo que lógicamente le era imposible en casa de Carme. Y es que, aunque la casa de su amiga era amplia y con una gran terraza, y ésta era una anfitriona encantadora e inmejorable, nada como llegar a tu casa, quitarte los zapatos y hacer lo que te dé la gana, sin dar explicaciones y sintiéndote que entre esas paredes estás a salvo, porque estás en casa. Esa era la sensación que encontraba en falta. Tener un espacio, que sólo fuera suyo, donde dejar de sentir, que estaba en tránsito a ninguna parte. Había llegado el momento de crear un nuevo punto de partida, construyendo un espacio en el que sentirlo como su hogar.



## 12

Ya era lunes, y lo primero que hizo fue ir al banco para comprobar que Jonas le había transferido el dinero. Y no, no lo había hecho. Así que Emma le dio un aviso de lo más convincente. Le envió un whatsapp, en el que le adjuntó el vídeo donde se evidenciaba los rastreros gustos de éste. El mensaje decía:



Antes de las 12h quiero mi dinero.  
No habrá más avisos

Del banco y sin perder tiempo, se fue a ver a su abogado, y juntos redactaron las condiciones del divorcio. Emma podía permitirse el lujo de dejar a Jonas en pelotas, pero lo que buscaba no era venganza, de qué le iba a servir. Lo que buscaba era poder iniciar una nueva vida, y olvidar todo aquello. De todos modos, no las tenía todas consigo. Emma estaba jugando de farol. Aquel vídeo le servía para amenazar a Jonas, pero esa amenaza era sólo un instrumento con el que acobardarlo. Bajo ningún pretexto, ella lo haría jamás público. El precio a pagar, sería tan alto, que no había venganza que lo pudiera compensar. El daño que eso les haría a sus hijos era real, sobre todo después, de lo que sucedió en aquella maldita comida familiar, donde tuvieron que ver a toda pantalla, los affaires de su madre. Ver también ahora a su padre, haciendo además, uso desmedido de la violencia y la humillación, les marcaría para siempre. Ella no estaba dispuesta a que eso ocurriera. Sería miserable y mezquino, incluso para el propio Jonas, y no es que no se lo mereciera, es que ella, simplemente no era como él.

Ciertamente, eso jugaba en su contra. Qué ocurriría si Jonas se encabronaba, y no cedía a los requerimientos que ella le exigía. Pues que ella tendría todas las de perder. No le quedaba otra, que confiar en que Jonas, no se atreviera a tentar a la suerte. Desgraciadamente, la confianza es endeble, cuando el terreno de juego está tan embarrado y algunos de los jugadores, siempre juegan sucio.

Al salir del despacho de su abogado, volvió al banco para comprobar si ya se le había transferido el dinero. Con gran alivio comprobó que sí. Ya tenía el dinero en su cuenta, ahora sólo quedaba, firmar los papeles del divorcio para dar por zanjado, más de veinte años de una vida estéril.

No hubo impedimento por parte de él. Pocos días después formalizaron el divorcio. Lo hicieron sin decirse nada, sin ni tan siquiera mirarse a la cara. Qué importaba. Cada uno se fue por su lado, el maldiciendo y con el orgullo de macho algo más que tocado, ella sonriente y sintiéndose libre.

Le había salido bien. Todo aquello que con racionalidad analítica había diseñado, había funcionado. Ahora bien, no todo estaba resuelto. Quedaban algunas piezas, que todavía debía de encajar, en aquel tablero de jugadas y estrategia. Por ello, al salir del despacho de abogados, se fue directa a ver a Ariel.

Esta vez llamó a la puerta, a pesar de que se encontraba entreabierta. Por unos segundos, se preguntó si sería una costumbre, lo de no cerrar la puerta de la casa. Cuando se dio cuenta, Ariel estaba frente a ella, y rápidamente volvió de sus pensamientos. Ariel, la miraba entre sorprendido y curioso. Pero lejos de que su presencia le produjera cansancio, y agobio, se alegró, y con gesto amable le invitó a entrar.

Durante unos segundos se miraron sin saber que decir, ambos se encontraban un tanto cohibidos, al fin y al cabo no se conocían casi de nada, no tenían confianza, y la forma en la que se conocieron no era precisamente, la más adecuada. Finalmente fue Emma quien rompió el hielo.

—Cómo te encuentras

—Bien. Bien. Estoy mejor.

—He venido porque hay algo de lo que te tengo que hablar —él la miró sin saber de qué, le quería hablar—. Me he separado. Tenía que haberlo hecho hace años, pero bueno, eso ya no importa. A partir del mes que viene, cada primero de mes, se te ingresará en tu cuenta 1.000€.

—Cómo —Ariel no entendía nada.

—Creo que es lo justo. Sé que hay cosas que no se pueden compensar ni con todo el dinero del mundo, pero me parece que es lo menos que se puede hacer. Más allá de que te dediques a lo que sea, nadie debe ser tratado como Jonas te trató a ti. Por eso, durante los próximos cinco años, cada mes recibirás 1.000€. Eso te ayudará a retomar tus estudios y a pagar el alquiler.

—Usted no me tiene que dar nada. No me debe nada.

—No soy yo quien te lo va a dar, es él.

—¿Él, quién?

—Jonas. Mi marido. No, mi ex marido.

—¿Él va a mantenerme? Qué es, para qué no hable.

Yo no voy a decir nada a nadie.

—No. Él de esto no sabe nada. Dudo que ni tan siquiera se haya planteado, que tú puedas hacer o decir algo.

—Para él soy un chapero de mierda, así que normal.

—Este dinero me lo pasará a mí. Digamos que es un pensión de por vida, que él se ha comprometido a pasarme como pago compensatorio, a lo hijo de puta que es. Yo tengo mi trabajo, y tengo dinero suficiente como para empezar de nuevo. Tú no. Al fin y al cabo, ese cabrón te lo debe.

Ariel no dijo nada, no podía. Era incapaz de entender lo que estaba pasando. Y allí, quieto sin poder hablar, sin poder moverse, empezó a llorar. Lo hizo como lo hace un niño. Ante aquel gesto de generosidad de Emma, se sintió sucio. Sintió que no se merecía ya no sólo el dinero, sino la amabilidad e incluso la atención, siempre carente de juicio, con la que ella le trató desde el primer momento. Otra persona, qué más da, cualquiera, le hubiera dejado allí tirado aquella noche. Se hubiera olvidado de él, pero ella no lo hizo, y por ello, lleno de agradecimiento se lanzó como un crío desvalido a abrazarla. Algo sucedió en aquel momento, porque para Ariel fue como abrazar a la madre que nunca tuvo, y para Emma, fue como dar cobijo y calor a uno de sus hijos.

Ariel le prometió que ya no ejercía de chapero, que la experiencia aunque corta, había sido lo suficientemente dura, como para no repetir. Le aseguró que retomaría los estudios, y que haría hasta lo imposible, para que ella nunca se arrepintiera de la oportunidad que le estaba dando. Emma por su lado, le abrió las puertas, asegurándole que estaría allí para ayudarlo, en todo lo que pudiera.

Recompuestos ambos de tantas emociones, Emma le propuso comer juntos. A lo que él, aceptó encantado. Comieron en un pequeño restaurante, cuatro calles más abajo y allí, empezaron a conocerse mejor. Ariel le contó que había venido a Barcelona, desde un pueblo cercano a Lugo, para estudiar diseño. Que provenía de una familia normal, que se ganaba la vida con una pequeña huerta y algo de ganado. Le contó también, que su madre murió cuando él tenía cinco años, que tenía dos hermanas más pequeñas y que su padre era un hombre increíble, que siempre se había deslomado, por darle lo mejor a su familia.

Por su parte, Emma le contó que tenía dos hijos y poco más. No creyó oportuno, ahondar en temas que ni ella misma, tenía todavía del todo resueltos. Además, contarle a Ariel todo lo sucedido desde que conoció a Alex, no sólo le incomodaba, sino que entendía que era algo que pertenecía a su intimidad. Una intimidad, que si bien ya había sido ventilada, no le apetecía nada, tener que desentrañar delante de un chaval, del que en realidad, poco sabía.

De vuelta a casa de Carme, se encontró con una antigua compañera de la facultad. Hablando de todo y de nada, salió a colación que Emma buscaba casa y de repente, aquella compañera de estudios, le hizo una proposición.

—¿Oye, tú no has pensado en comprar en vez de alquilar?

—No creo que me pueda meter ahora mismo en comprar.

—No, yo te lo digo porque hay una señora mayor que se quiere ir al pueblo a vivir, ella aquí no tiene familia, y quiere vender su casa. Es una casa baja, de pueblo. Es grande y tiene un patio enorme. Eso sí, está hecha polvo. En esa casa, no se ha hecho nada jamás. Habría que reformarla entera. Sé que la quiere vender, y no por mucho dinero.

—Y dónde está.

—Está en Badalona. En la parte vieja. Cerca de la playa.

—Bueno, imagino que por verla e informarme sobre el precio, no se pierde nada.

—Pues mira, si me das tu teléfono te llamo cuando sepa algo.

—De acuerdo. Quedamos así. Tú me llamas y me dices algo.

—Hoy mismo me entero y te cuento. No te preocupes.

Emma no había pensado en comprar, pero si la oferta era lo suficientemente atractiva, por qué no.

Pensando en ello llegó a casa. Allí se encontró con Carme y también con Lola, que había venido a verla y de paso a cenar.

—Vaya, quién tengo aquí. A la niña de mis ojos —con tono divertido y dándole achuchones y besos.

—¡Mamaaaá! Que me apretujas.

—Y qué. Déjame que te apretuje. Aaaayyyyy.

Carme reía ante la escena. Se alegraba de que su amiga hubiera recuperado la alegría.

—¡Cómo estás! —Exclamó Lola a su madre sonriendo—. Qué te pasa.

—Nada.

—Algo ha tenido que ocurrir, porque estás eufórica.

—Me siento bien. Por cierto, contigo quería yo hablar.

—Uyyy, creo que no me va a gustar. Que cada vez que quieres que hablemos... no sé, no sé.

—Que no, que no te voy a dar la vara.

—Vale.

—Bueno chicas, qué tal si cenamos primero —comentó Carme—. Siempre es mejor hablar, de lo que sea, llenando el estómago.

—Estoy de acuerdo —dijo Emma, mientras miraba a su hija y le guiñaba un ojo, burlona.

Una ensalada de queso de cabra, lechuga romana, nueces, beicon y pepinillos. Rape adobado, verduras braseadas, una botella de vino tinto y todas a la mesa.

—¡Mmmm! Qué bueno está todo —exclamó Lola.

—Sí que está todo muy bueno. Lola, tú una copa de vino y no más —le advirtió Emma a su hija.

—Mamá, por favor. Que ya no soy una cría.

—En eso tienes razón, pero para mí siempre serán mi niña.

Lola suspira con resignación, mientras levanta la mira al cielo.

—Nada mejor que una buena cena, buena compañía y buen rollo —Carme intentó distender la velada, para que ninguna palabra o gesto derivara en una situación incómoda. Verdaderamente, la relación entre madre e hija era estupenda, pero había un pasado muy reciente, que seguía en el presente—. Estos son los placeres de la vida.

—Pues sí. Y de placeres os quiero hablar. De placeres y de empezar de nuevo.

—¡Ah! Eso está muy bien —aplaudió Carme.

—En primer lugar, el lunes vuelvo al trabajo. En segundo lugar, mañana mismo vuelvo a las clases de restauración. ¿Yyyyy? En tercer lugar, quizá me compre una casa.

Tanto Lola como Carme, miraron a Emma un tanto atónitas por la batería de noticias, que a bocajarro les acababa de soltar.

—¿Estás segura de que quieres volver al trabajo? ¿Te sientes con fuerzas? —le preguntó Carme.

—Sí. No puedo esconderme del mundo para siempre. Quiero volver al trabajo.

—Vale, me parece bien. Por cierto, ¿ya sabes que te puedes quedar conmigo, todo el tiempo que quieras?

—Lo sé y te lo agradezco. Es hora de seguir con mi vida. Creo que es necesario empezar de nuevo, crear un nuevo espacio, un lugar al que pueda sentir como mi hogar.

—Lo entiendo, y me alegro por ti —Carme le sonrió, dejándole ver lo orgullosa que estaba de ella.

—Un momento, un momento —a Lola procesar tanta información le estaba costando— ¿Quieres volver al trabajo? Vale, me parece bien. Si tú crees que estás preparada, me parece bien. Creo, además, que será bueno para ti. ¿Qué quieres volver a las clases de arte? Me parece genial. Ahora, lo de comprarte una casa, eso no lo entiendo. ¿De dónde vas a sacar el dinero? Una casa en esta ciudad vale un pastizal. ¿No será mejor que te busques un pequeño apartamento? Y, otra pregunta. ¿A esa casa, te vas a ir con él?

—En principio pensé en alquilar, pero hoy me he encontrado con una antigua compañera de la facultad. Hablando de muchas cosas, ha salido el tema de alquilar un piso. Me ha comentado que hay una casa en Badalona que se vende a muy buen precio. Habría que reformarla, aun así, por lo que me ha dicho podría estar bien.

—Comprarla, reformarla. Mucho trabajo y mucho dinero. Quizá Lola tenga razón —dejó caer Carme.

—Claro que tengo razón —dejando Lola, clara su postura.

—Bueno, no adelantemos acontecimientos. Primero tengo que ver la casa y saber el precio. Por otro lado, y hablando de otras cosas. Tu padre y yo hemos firmado los papeles del divorcio. Hemos llegado a un acuerdo. Él se queda con la casa, y yo con el dinero. Por eso, he pensado en comprar en vez de alquilar.

—Y papá te ha dado el dinero sin rechistar, por las buenas. Con lo rata que es, me extraña.

—Bueno, digamos que he sido muy convincente.

Carme y Emma se miraron cómplices, ambas sabían que era, lo que en realidad había hecho que Jonás, fuera tan generoso.

—Pues sí que lo has tenido que ser. Porque vaya carcamal más rata.

—Lola, no quiero que hables así de tu padre.

—Ese cabrón no es mi padre.

—Comparto contigo que es un cabrón. Con todo, es tu padre.

—No me has contestado a la pregunta —le recordó Lola.

—Qué pregunta.

—¿Vas a vivir con él?

—¿Con quién?

—Con él —insistió Lola—. No sé cómo llamarlo. Tu novio, tu amante, no sé, con él.

—No.

—Por qué.

—Hoy estás muy preguntona.

—Sólo quiero saber.

—Anda sigue comiendo y calla, que se enfría la cena.

Lola dejó el tema. Sabía que no iba a obtener respuestas. Mejor no insistir.

La cena transcurrió entre temas de conversación de lo más intrascendentes, entre algún que otro chascarrillo divertido, y alguna que otra frivolidad maliciosa, aunque inocente. Fue con la llegada del postre, un tiramisú casero, que Emma se atrevió a entrar en un tema que le carcomía por dentro.

—¿Lola?

—Dime

—Cómo está Mikel.

—Bien, no te preocupes por él.

—Es mi hijo, y me preocupo por él.

—Ya lo sé.

—¿Segue enfadado?

—No. Él no está enfadado, sólo un poco alucinado.

—¿Pregunta por mí?

—No directamente. Pero sé, que te echa de menos.

Emma no pudo evitar que se le encaparan las lágrimas. El rechazo de su hijo le partía el alma, y el no saber cómo acercarse a él, la encadenaba a una angustia que le impedía vivir. Lola al ver el dolor que sentía su madre, se levantó de la mesa y la abrazó con ternura, como intentado no sólo calmarla, sino también, aportarle algo de esperanza.

—Sólo necesita tiempo. Dale tiempo y ya verás.

—Cuando lo veas, dile que le quiero.

—Se lo diré, no te preocupes.

—Díselo —con tono de súplica.

—No te preocupes. Se lo diré hoy mismo, cuando llegue a casa —  
Lola secó con sus dedos las lágrimas de su madre y le dedicó una amplia sonrisa llena de complicidad y cariño.

—Hoy es día de clase. Cómo que tu hermano está en tu casa.

Lola se vuelve a sentar y sin dejar de mirar a su madre, hace un gesto payaso con las manos, con el que dar a entender aquello de, *yo ni sé, ni quiero saber*.

—Qué significa eso —Emma insistió preocupada.

—Tranquila mamá, que no pasa nada. De verdad que tienes una afición a preocuparte por todo, todo, todo, que es casi una enfermedad.

—¿Lola? —ahora ya con un tono algo más imperativo.

—Está conmigo porque no quiere vivir con papá. Y la verdad no me extraña, no sólo porque es un cabrón, sino que además es un guarro, un dejao, un muermo y un rata. ¿Quién va a querer vivir con él?

—¿Le ha hecho algo?

—Qué le va hacer. Por favor mamá, no seas melodramática. No le ha hecho nada, sólo que vivir con él es un asco. Ahora, a tu hijo le he puesto las pilas, y ni te imaginas cómo.

—¿Ah sí?

—Ya te digo. Se hace su cama, barre, lava los platos y hasta hace la comida. Y por cierto, también trabaja.

—¿Cómo?

—Tiene que contribuir, que yo cobro una miseria.

—¿Y de qué trabaja?

—De chaperero.

—¿Quééé? —Emma explotó indignada y Carme miraba a Lola, con los ojos como platos.

—Tranquiiiilas, que es broma.



—Pues ese tipo de bromas no me gustan nada, nada —el tono de Emma no sólo era duro, era incluso algo amenazador—. ¿Has entendido? Con eso, ni una broma.

—Vale, vale. Tranquilas. Trabaja en una pizzería, como ayudante. Ya sabes, lava platos, barre, y ese tipo de cosas.

—¿Y los estudios?

—Tranquiíila. Sigue con ellos. No los va a dejar. Ya lo tenemos todo pensado. A finales de junio tendremos vacaciones y todo será más relajado. Y el próximo curso, tanto él como yo, cogeremos horarios de mañana. Nos irá mejor para compaginarlo con el trabajo.

—Deberíais estar conmigo. Sois mis hijos. Sois mi responsabilidad. Además, aún no sois mayores de edad y ya estáis viviendo por ahí. Eso no puede ser, esto no puede seguir de esta manera.

—Vale, vale. Tranquila. ¿Carme tienes por ahí algo para darle a mi madre? No sé, un chupito de algo fuerte, a ver si se tranquiliza.

—Claro que sí cariño. Chupitos para todas.

Mientras Carme va a por la botella de licor de canela y los vasitos, Lola con tono suave, intenta tranquilizar a su madre.

—No somos menores de edad. Yo tengo 19 y dentro de dos meses cumplo los 20.

—Tu hermano tiene 17años. 17 años —remarcó—. Es menor de edad, y no puede ir por ahí, como si fuera un milhombres. Es un crío

Carme sirve los chupitos y se vuelve a sentar manteniéndose en silencio. Eso sí, siempre dispuesta a intervenir para rebajar el ambiente, si la situación lo requiere.

—Cuatro meses. En cuatro meses Mikel cumplirá los 18. Y sí, es un crío, pero asúmelo mamá, lo será siempre. Tendrá cuarenta años y seguirá siendo un crío. Es hombre, qué esperas.

Carme soltó una carcajada que aligeró la tensión, haciendo que tanto Lola como Emma, se relajaran un poco.

—Sois mis hijos. Y sois muy jóvenes y lo normal, es que estuvierais conmigo. Vosotros sois mi responsabilidad.

—Mamá, yo no digo que no. Pero las circunstancias son las que son.

—Es todo culpa mía. Nunca debí...

—No es culpa de nadie. Bueno sí, del gilipollas con el que te casaste. No lo entiendo. No encontraste a ninguno mejor.

—Tu padre será lo que sea, y eso nadie lo sabe mejor que yo, pero

gracias a él, tengo los hijos que tengo. Unos hijos maravillosos.

—Pues en eso, tienes razón. Somos maravillosos —payasa se daba besos a sí misma con los dedos en las mejillas.

Lola tenía esa habilidad, la de arrancar carcajadas sin ni tan siquiera proponérselo. Era divertida y pizpireta por naturaleza.

—Voy a decir algo, que una hija nunca debería decir a una madre. Mamá, no hay nada mejor que un buen polvo, así que no te sientas culpable, porque para eso hemos venido a esta vida. Para disfrutar y ser felices.

—Y tú, cómo sabes eso. Todavía eres una cría.

—Mejor, eso no te lo cuento.

—Vale, tampoco quiero saber.

Carme y Lola volvieron a reír. Y la risa se convirtió en carcajada, al ver como Emma se sonrojaba.

Las risas dieron paso a otro tipo de comentarios, menos subidos de tono y en los que Emma se sentía más cómoda. Entre risas y guasas, todo se fue relajando dando lugar a que Emma apartara por un rato, la agonía de pensar que había perdido para siempre a su hijo.

La llamada de su antigua compañera de estudios, informándole que la casa se vendía por 100.000€ y que si quería, podría ir a verla al día siguiente, entre las 11h y las 12:30h. También contribuyó, a serenar los demonios que habitaban en el corazón de Emma.

No sabía cómo era la casa, ni en qué condiciones estaba. Afortunadamente, en su interior, algo le decía que el pasado, por muy reciente que éste fuera, empezaba a quedar atrás. Que algo nuevo, diferente y estupendo estaba por venir.

# 13

A las once en punto estaba Emma frente a la casa. Era una casa de pueblo vieja y algo destartada. La fachada era bonita, aunque se caía a pedazos. Deseó que el interior estuviera en mejor estado.

La propietaria era una anciana, que amablemente le dio todo tipo de explicaciones. La casa era amplia y sobre todo tenía un patio enorme, que encantó a Emma. Realmente, había que meterle mucha mano a aquella casa. Había que reformarla toda entera, a pesar de ello, tenía un encanto especial y además estaba a dos calles del mar, eso era un plus. Sin pensárselo dos veces, Emma decidió comprarla.

Sólo tres días después, firmaba la escritura de la casa. Sin lugar a dudas, aquello era algo que había que celebrar. Invitó a Carme y a su hija a comer. Bebieron cava y se hartaron de comer marisco. Pero en la vida, no todo es disfrutar de una buena comida. El cuerpo y el alma también tienen necesidad de alimentarse, y que mejor manera que deleitándose en el juego de la entrega y las caricias.

Al salir del restaurante, Emma se despidió de su hija y de Carme, diciéndoles que había quedado con la compañera de la facultad, aquella que le había hablado de la casa que acababa de comprar. En principio, parecía normal que Emma quisiera agradecerle la ayuda prestada a su vieja amiga de estudios, así que tanto Lola como Carme se fueron sin más, cada una por su lado, con el estómago lleno y la alegría que da el cava, y el saber que Emma ya había empezado a dar pasos para construirse una nueva vida. Lo que no sabían, es que Emma les había mentido.

Emma envió un mensaje a Alex, aunque no las tenía todas consigo. Lo había descuidado y mucho. Hacía tiempo que no se veían, de hecho hacía mucho que ni tan siquiera hablaban. Es cierto que, Alex después de saber lo que le había ocurrido quiso darle apoyo y cariño, pero Emma no estaba por la labor. Estaba demasiado superada por todo lo que sucedía a su alrededor, como para necesitar de besos y revolcones. Lo que hizo que Alex se apartara dándole su espacio y su tiempo. Ahora Emma lo deseaba, deseaba sentirlo, olerlo, recorrerlo. ¿Y él? ¿Estaría él dispuesto? o mejor, ¿estaría disponible?

Emma había aprendido algo, y es que si quería algo, debía ir a por ello sin miedo. ¿Qué era lo peor que podía pasar? ¿Que él la rechazara? ¿Que no le contestara? Bueno, eso le molestaría, y mucho, aunque tampoco se iba a acabar el mundo.



Hola,

Cómo estás???



Te echo de menos

Y era verdad, el mundo no se acababa, pero no recibir respuesta le irritaba y de qué manera. Cansada de esperar, acabó sentándose en una terraza y tomándose una café. Ya cuando se dio por vencida y asumió que Alex pasaba por completo de ella, su móvil se encendió y un pitido le notificaba la llegada de un nuevo mensaje. Y sí, era él.



¿Seguro que me echas  
de menos?



Mucho



No sé, no sé.....



Estoy en casa y tengo el armario  
de la cocina lleno de botes de  
mermelada de cerezas

Emma ya no contestó, salió disparada para encontrarse con su amante. Una vez allí, y con las llaves en la mano, pensó que mejor llamar a la puerta. Quería que él supiera que ella, ya estaba allí.

El abrió la puerta despacio. El pelo mojado y una toalla blanca atada a la cintura, era todo su atuendo. Una imagen de lo más motivadora para Emma.

Sin decirse nada y sin dejar de mirarse a los ojos, dieron dos o tres paso entrado en la casa, y ya no hubo espera. Se besaron con impaciencia, parecían dos animales en celo, hambrientos, devorándose el uno al otro. De repente, aquel desesperado encuentro de labios insumisos cesó. Ella, entonces, lo apartó suavemente y sin apartar su mirada de los ojos vidriados de él, le quitó la toalla dejando al descubierto un prominente atributo que se encendía más y más.

Como ambos sabían que hay un más que placentero deleite, en suspenderse en la espera, él empezó, poco a poco, a desabrocharle a ella la blusa. Y con un dedo, le bajó la copa del sujetador. Eran unos pechos duros que erguidos pedían a gritos ser tocados, acariciados, mordisqueados. Pero todavía no era el momento. Y con la misma suavidad y con el mismo control sobre el tiempo, le desabrochó la falda, que cayó como un peso muerto sobre el suelo. Fue entonces cuando con mirada burlona y sonrisa pícara, él la invitó a iniciar un ritual donde nada es lo que parece, y donde uno se descubre al otro, saciando deseos que incendian la piel y desbordan el alma.

A los pies de la cama, manteniendo el juego de la espera, le quitó el sujetador. E inclinándose sobre ella, se dejaron caer sobre las sábanas blancas de algodón fino. La besó en los labios para descender hasta los pezones. Y allí, los acarició con una lengua cálida que llevó a Emma a una excitación difícil de controlar. Una excitación que fue a más, al sentir los dedos de él entrando por debajo de sus bragas, para recorrerla, para dibujar caminos dentro y fuera, trazando círculos mágicos alrededor de un clítoris ardiente, que temblaba cuando aquellos dedos rebeldes remoloneaban sobre su cima.

Emma sentía que se moría, su cuerpo se retorció y los gemidos inundaban todo el lugar, y en ese momento él quiso entregarse a ella. Ya no había espacio para la demora. Llegando hasta su boca la besó para después arrodillarse entre sus piernas, y quitarle las bragas. Durante unos segundos se

extasió observado el sexo de su amante. Le pareció tan hermoso, tan apetecible que no pudo más. Se dejó llevar por la necesidad de saciarse, y así entró en ella, y así se quedó. Quieto, no hubo movimiento con el que entregarse, al menos durante unos segundos, unos segundos que fueron eternos y que hicieron de la espera un infierno imposible de soportar. Y cuando aquello ya dolía tanto que hasta les costaba respirar, se dejaron llevar. A cada movimiento, a cada entrada y salida morían para renacer. Cada vez que estaban a punto de llegar a ese orgasmo que les liberara de tanta tensión y les hiciera alcanzar los cielos, él se detenía, y contrayéndose sobre ella dejaba escapar unos segundos, tras los cuales volvía a empezar, hasta que incapaces de soportarlo más, se inundaron uno dentro del otro.

Él se abandonó sobre ella jadeante, y ella lo abrazó con fuerza, dejando transcurrir el tiempo. ¿Cuánto? Ninguno lo sabe. Fue cuando empezó a anochecer, que él se apartó de ella suavemente recostándose a su lado. Durante un rato hablaron de cosas banales y frívolas, lo que les llevó a sentir, que la noche no había acabado, y que insaciables en el deseo, se merecían seguir descubriéndose y sintiéndose.

Ella empezó a acariciarle el pecho, mientras con voz melosa le confesaba que nadie le había hecho sentir nunca de aquella manera. Le hizo saber cómo le gustaba sentir sus labios húmedos mordisqueando sus pechos, cómo le excitaba sentir sus dedos deslizándose por su sexo, y mientras le contaba cómo le gustaba todo aquello, dejó caer sus dedos hasta aquel miembro, que resuelto volvía a levantarse expectante. Ella con sonrisa maliciosa lo miró. Se levantó deslizándose entre las sábanas, y fue a la cocina de donde cogió una bote de mermelada de cerezas. De vuelta, untó el dedo de la confitura para llevárselo a la boca y relamerse, mientras sugerente se acercaba a los pies de la cama.

De rodillas entre las piernas de él empezó a dibujar extrañas líneas. Primero sobre la parte interior de los muslos. Eran hilos de mermelada de cereza que se entretajían formando un laberinto con una única salida. Su lengua húmeda fue recorriendo aquellos senderos, acariciando cada centímetro de piel, hasta que llegó a aquel miembro erecto que suplicaba atención. Una atención que ella deseaba satisfacer.

Hilachos rojos volteaban el tronco hasta llegar a su cúpula, donde la confitura se confundía con una excitación que hacía que Alex se contrajera desesperado. Dando y quitando, ella se entretuvo en disfrutar. Un disfrute en el que a él, se le iba la vida. Lo lamió, bebiendo el aroma dulce de las

cerezas, y ya borracha de pasión, abrió la boca para darle posada, mientras lo mecía en un movimiento de ida y vuelta, mientras lo enredaba con una lengua sedienta de goce. Y cuando él ya no podía más, cuando estaba a punto de liberarse, ella paró. Lo miró socarrona, se incorporó levemente para sentarse a horcajadas sobre él, y volviendo a untar todo el miembro del néctar, se situó dejándose penetrar. Balanceando las caderas lo sintió dentro, vivo y sublime.

Sí otra vez, volvieron a tocar el cielo con las manos. Una vez más, crearon un mundo donde dejarse llevar por la piel, y así, sin etiquetas y sin miedos, se inventaron una forma diferente de vivir y de sentir. Y así, uno sobre el otro, empapados, exhaustos y borrachos de emociones, dejaron que la noche les abrigara, dándoles una tregua.

Cuando recuperaron el aliento, él no pudo evitar hacerle saber, que nunca había estado con una mujer como ella.

—Eres increíble. No entiendo como tu marido te ha dejado escapar. Es un imbécil

—Es algo más que un imbécil. Pero ahora no quiero hablar de eso.

—Cómo me gusta la mermelada de cerezas. Y pensar que a mí nunca me gustó la mermelada.

—Ja,ja,ja — Emma se reía divertida—. Me alegra que te guste.

—¡Dios! Me encanta.

—Me gusta estar contigo. No sabía que podía haber hombres como tú.

—Me siento alagado, pero mucho me temo que no soy nada excepcional. La que me hacer ser diferente eres tú.

—Promete una cosa.

—Dime.

—Que siempre será así. Que si un día no disfrutamos como lo hacemos ahora....

— Shhhiiis —interrumpiéndola—. No digas nada. Aún nos queda mucho por disfrutar juntos. Y estoy convencido que incluso podemos ser más creativos.

—Me gusta eso de ser más creativos.

—Todo es cuestión de probar, de experimentar. Ya sabes, cuanto más lo practiquemos, más aprenderemos y mejor nos saldrá.

Ambos se echaron a reír. Relajados y abrazados, acurrucados uno en el otro, se fueron regalando al oído complicidades y caricias hasta que finalmente, se durmieron





# 14

Se despertaron tarde y lo hicieron regalándose arreguacos. Cuando el estómago les dio aviso, de que necesitaba ser alimentado, se levantaron. Emma se fue a la ducha mientras Alex preparaba el desayuno. Y entre tostar el pan y preparar en café, el móvil de Emma empezó a sonar. Por supuesto, él no lo cogió. Esperó a que ella saliera del baño para decirle que tenía una llamada perdida.

—Ha sonado tu móvil.

—¿Quién era?

—No lo sé. Yo no miro los móviles de los demás.

—Buen chico —le sonrió divertida—. Cada día me gustas más.

Emma fue hacia su bolso y cogió su teléfono, mientras Alex preparaba la mesa para el desayuno.

—El café se enfría.

—Voy.

Antes de sentarse a la mesa y siempre con una enorme sonrisa de felicidad, se acercó a Alex y le beso. Él, literalmente se derritió.

—Aaaiiins, sigue así y paso del café y te llevo de nuevo a la cama.

Emma soltó una carcajada y picarona se sentó a la mesa

—No me parece mala idea, pero necesito recuperar las fuerzas.

Entre sorbo de café y bocado a la tostada con mantequilla, le echó un vistazo al móvil. Vio que la llamada perdida era de Ariel. Eso le preocupó un poco, así que le devolvió la llamada.

—Perdona —a Alex—. Tengo que contestar a esta llamada.

—No hay problema —le respondió él con naturalidad.

Devolvió la llamada y esperó durante unos segundos. Segundos que aprovechó para lanzarle besos a su amante, creando una situación algo ñoña y también muy tierna.

—¿Hola?

—Ariel, soy Emma. Acabo de ver tu llamada. ¿Ocurre algo?

—No, no. Todo está bien. Le llamaba para decirle que ya me llegó la transferencia, y también para que sepa que el lunes retomo las clases.

—Eso está bien. Me alegro de verdad. Me alegro mucho.

—Gracias —con tono tembloroso y emocionado—. Muchas gracias.

Sé que se lo debo todo a usted.

—No me debes nada. Ahora simplemente aprovecha la oportunidad.

—Lo voy a hacer. No le defraudaré, de verdad.

—Lo sé.

—Quiero que sepa que si necesita algo, lo que sea, puede contar conmigo.

—Gracias Ariel.

—Lo digo de verdad.

—Lo sé. Lo sé. Ahora preocúpate de ti, y de salir adelante.

—Vale.

—Adiós Ariel. Cuídate.

—Y usted también. Adiós.

Acabada la conversación con Ariel, Alex, que no era nada curioso y menos entrometido, quiso saber.

—¿Buenas noticias?

—Sí. La verdad es que sí.

—¿No será tu otro amante? El de los martes y los jueves.

—Más bien el de los lunes y miércoles.

—Pues ayer le diste plantón —burlón—. No sabes cómo lo siento.

—Es comprensivo.

—Eres insaciable.

Emma estalló en una carcajada sonora. Ella sabía que los comentarios de Alex eran parte del juego y no una muestra de celos. Y ciertamente, así era. De todos modos, sí que creyó conveniente hablarle a Alex de Ariel, de todo lo que había ocurrido con su marido, y de todas las decisiones que había tomado en los últimos días. Al fin y al cabo, no sólo era su amante, ahora ya también era su amigo. De alguna manera, se había convertido en parte de su vida.

Se lo explicó todo, incluso le enseñó el vídeo en el que se veía a Jonas golpeando a Ariel. Le contó todo lo que hizo ella después, también le habló del chantaje a Jonas para conseguir las condiciones del divorcio. E incluso le hizo saber que se había comprado una casa.

Una vez más, Alex supo estar a la altura. Se le revolvió el estómago al ver la violencia y la perversidad de Jonas. De hecho pensó que ya era hora de que alguien, adulto, lo pusiera en su sitio.

—Creo que este cabrón necesita que alguien le pare los pies.

—Nadie le parará los pies.

—Yo lo haré —Alex estaba indignado y lleno de rabia—. Voy a reventarle las costillas y a romperle la polla.

—Alex, por favor.

—Por favor qué. Es un hijo de puta y los hijos de puta siempre son cobardes. Ya verás que cuando se encuentre en el suelo, tirado y con los huesos rotos, se lo piensa dos veces antes de apalearlo a un chaval o a una cría. Da igual si era o no, una prostituta. Y además, ya me ocuparé yo, de ya no pueda metérsela a nadie, porque no le va a quedar nada que meter.

—Alex, por favor, no hagas ninguna tontería. No vale la pena.

—¿Has pensado que si alguien no le para los pies, lo seguirá haciendo? Tú tienes hijos de esa edad.

—¡Basta! Lo pienso cada día —alzando un poco el tono y malhumorada—. Se me parte el alma y siento ganas de vomitar cada vez que lo pienso. ¿Y? ¿Voy y le pego un tiro? No puedo, aunque lo desee con todas mis fuerzas.

Alex se dio cuenta de que había tensado demasiado la cuerda, y al hacerlo había molestado a Emma.

—Lo siento. Es que me indigna —ya en un tono conciliador.

—Lo sé. A mí también me indigna, pero no quiero que todo se complique. No podría con ello. Me ha costado mucho salir del infierno que he vivido.

—No te preocupes. Puedes contar conmigo. Nunca haré nada que pueda causarte dolor.

—Eres lo mejor que me ha pasado nunca. Ni te lo imaginas... Todavía tengo muchas cosas que solucionar. Por culpa de Jonas he perdido a mi hijo, y haré hasta lo imposible por recuperarlo. No haré nada, nada que pueda alejarme de él todavía más.

—Lo entiendo. De verdad —Alex se levantó y cariñoso fue hacia ella, y mirándola con admiración la besó.

Emma agradeció el gesto, agradeció el calor y el refugio que él le proporcionaba. Cuando estaba con él, todo parecía diferente, no había obstáculo que no pudiera saltar, sueño que no pudiera alcanzar. Él le aseguró que su hijo volvería a ella, y Emma le creyó.

Ya con un ambiente más relajado, volvieron las risas y las miradas cómplices. Alex, como buen amigo e inmejorable amante, se puso a disposición de ella, para lo que ésta precisara. Le encontró una pequeña

empresa de reformas que trabajaba bien y a un precio adecuado. Se prestó a ayudarla en la mudanza y por supuesto, le hizo saber que estaba siempre disponible, para cuando necesitara saciar sus fantasías más calladas. No importaba, ni el día ni la hora. Siempre, siempre estaría dispuesto para cuando ella necesitara saciarse de deseo. Y ella, se lo tomó al pie de la letra.

Pasaron los días y pasaron las semanas. Todo parecía ir bien. Emma volvió al trabajo, volvió a sus clases de restauración y volvió a sentirse segura. De hecho se sentía tan segura, que a veces se dejaba llevar y disfrutaba de verse en el límite. Es lo que tiene haber perdido el miedo a vivir.

Al volver al trabajo, ahora ella y Alex se veían a diario. Y a veces, el juego se les iba de las manos. Y nadie sabe de qué manera, y tampoco, cómo lo disfrutaban.

Un día, Alex entró en el ascensor para volver al garaje, después de haber repartido todas las valijas, cuando ya a punto de cerrarse las puertas, Emma se coló en el interior.

Él, la miró sonriente e interrogante. Ella por su parte, no dijo nada, simplemente se puso frente a él, a muy pocos centímetros. Entonces le desabrochó el pantalón e introdujo su mano por debajo de los bóxers, para acariciarle el miembro que de inmediato, tomo cuerpo, alzándose como un resorte. El ascensor seguía bajando, a ella no parecía importarle, más bien todo lo contrario. Aquello aumentaba la excitación de ambos. De repente ella sacó su mano de entre los genitales de Alex, y recompuso su imagen mientras, él a toda prisa se subía la cremallera y se ponía la camisa por fuera.

Las puertas del ascensor se abrieron, y salieron dando los buenos días a un par de hombres que esperaban para subir a las oficinas. Cuando las puertas se cerraron, él la cogió de la mano y corrieron a un rincón del garaje, y allí se devoraron con una pasión casi enfermiza. Y quitándole las bragas primero, y subiéndole la falda después, la cogió por los muslos y la llevó hasta el capó de un coche. Ella volvió a desabrocharle el pantalón y ya sin espera, él la penetró. Mientras se entregaban al placer de la lujuria, se oían pasos y voces a pocos metros de ellos. La gente iba y venía. Dejaban sus vehículos, o iban a por ellos. Era un garaje con mucho tránsito, así que había muchas posibilidades de que alguien les viera, pero lejos de que les importara, aquello les disparaba el apetito y la adrenalina.

Aquel tipo de encuentros furtivos no eran habituales. Se daban, sólo de vez en cuando, en un lugar u otro, aunque después, siempre se arrepentían. Pensaban en lo que significaría que los pillaran y se decían que nunca más, pero la atracción era tan fuerte, que vencerla era complicado.

Sin lugar a dudas, la vida parecía sonreírle a Emma. Tenía un amante fantástico, la relación con su hija era estupenda, Carme seguía siendo una amiga fantástica y las obras empezaban a dar pistas de cómo iba a quedar la casa. Y fue precisamente una tarde, cuando fue a controlar las obras de reforma, que se encontró con su hijo. Estaba en la puerta de la casa. Al verse, ambos sintieron el peso de reprimirse. Ella deseó abrazarlo con fuerza y él, deseó correr hacia su madre para dejarse abrazar. A pesar de ello, el miedo al rechazo pudo más, y ninguno hizo nada, lo que creó una situación tensa e incómoda, en la que no sabían qué decirse. De todos modos, hubo algo que Emma no pudo controlar y fueron las lágrimas.

Uno al lado del otro, se miraron. En la mirada de ella había un cúmulo de emociones que casi no le permitía respirar. Alegría, vergüenza, miedo. En la de él, interrogantes, añoranza e inquietud. Finalmente, fue Mikel quien rompió el hielo.

—Lola me ha dicho que te habías comprado una casa.

—Sí.

—No sabía si estarías ...

—Te quiero tanto Mikel. Y lo siento tanto, tanto. Si pudiera borrar todo lo que pasó. Ojalá algún día puedas perdonarme.

Mikel no pudo ya reprimir las lágrimas, y como cuando era niño se lanzó a los brazos de su madre buscando consuelo. Y como no podía ser de otra manera, lo encontró. Madre e hijo lloraron, y abrazados se dieron el calor que necesitaban para acabar con la ausencia.

Recobrados de tanta emoción, Emma le invitó a entrar en la casa. Deseaba enseñársela y después, se fueron al patio. La verdad es que estaba lleno de ladrillos, sacos de cemento, hierros y herramientas por todos lados. Encontraron un lugar, sobre unas pilas de madera, donde poder sentarse. Y allí, hablaron. Ambos entendieron que debería de pasar algo de tiempo para por fin poder pasar página a todo lo ocurrido. Sin embargo, se había dado un primer paso que ninguno de los dos iba a desaprovechar.

Lo que Emma no supo entonces, y de hecho tardó en saber, es que fue la perseverancia y la buena voluntad de Alex, la que hizo posible aquel

encuentro entre madre e hijo.

Alex sabía de Mikel gracias a todo lo que le contaba Emma, y también sabía del profundo dolor que le causaba pensar que había perdido a su hijo. No se lo había dicho nunca, pero Alex estaba enamorado, y deseaba por encima de todo que ella fuera feliz. Por eso, un día se escapó unas horas del trabajo y fue en busca de Mikel. Sabía que como había vacaciones escolares, el muchacho pasaba las mañanas jugando a básquet en unas pistas cercanas a la playa de la Marbella, ya que Emma se lo había comentado, porque a su vez, Lola se lo había comentado a ella.

Durante un rato, lo observó mientras jugaba. Y cuando éste se apartó para dejar jugar a otros, Alex aprovechó para acercarse. Se sentó junto a él. En un principio, no le dijo nada. No sabía muy bien cómo entablar una conversación, aunque las circunstancias, afortunadamente, le fueron favorables.

La recepción de un rebote y una canasta espectacular, por parte de uno de los chavales que jugaba en la cancha, permitió a Alex iniciar una charla, primero sobre baloncesto y más tarde sobre otros deportes, en especial sobre motociclismo. Un tema que le permitió hacerle saber quién era.

—¿Te gustan las motos? —le preguntó Mikel.

—Sí. La moto es un estilo de vida.

—A mí también me gustan.

—Lo sé.

Mikel lo miró interrogante —Y cómo lo sabes—. Ahora ya también con desconfianza.

—Me lo dijo tu madre.

De inmediato Mikel dio un salto, y poniéndose de pie, se apartó. Lo miró airado y fue entonces cuando lo reconoció.

—Eres tú. Maldito hijo de puta.

No esperó contestación, a paso ligero se marchó, pero Alex no podía desaprovechar el momento y le siguió.

—Espera, no te vayas... Escucha.

Al sentir que le iba detrás Mikel empezó a correr y Alex hizo lo único que podía hacer. Corrió tras él. La carrera fue larga y agotadora, sobre todo para Alex. Un resbalón al cruzar la calle, hizo el milagro, ya que Mikel tuvo que frenar su huida permitiendo a Alex darle alcance.

Lo agarró por el brazo y lo llevó hasta un portal, no sin que Mikel se

revolviera y le gritara que le dejara en paz. Pero al verse, con la espalda pegada a un viejo portón, sin poder moverse y arrinconado, se cayó, no sin dejar de regalarle una mirada cargada de odio.

—Mira chaval —con la voz entrecortada, aún sin haber recuperado el aliento— sé que estás cabreado. Y lo entiendo. Y la verdad, me importa una mierda lo que pienses. Me vas a escuchar, te guste o no.

Apartándose un poco para darle espacio, comodidad y algo de confianza, bajó el tono y también lo modos.

—Sé que estás muy enfadado con tu madre. Y también sé, que enterarte de lo que pasó, de aquella manera, no es lo mejor...Lo entiendo, seguramente, yo en tu lugar también estaría jodido. Hay cosas que simplemente, suceden. Y no es culpa de nadie.

—Es culpa tuya, cabrón.

—Sé que necesitas culpar a alguien. Y no hay problema. Soy un cabrón.

—Claro que lo eres.

—¿Y ahora qué?

Mikel no supo que contestar y simplemente bajó la cabeza.

—Tu madre te quiere y se muere de angustia. Le parte el alma el que te hayas apartado de ella.

Poco a poco la conversación tomo un cariz más sosegado, y a pesar de lo difícil que era para Mikel, no sólo escuchó, sino que incluso acabó por vomitar todo lo que llevaba dentro.

Alex, le pidió que pensara en todo lo ocurrido no desde la decepción, sino desde el cariño. Su madre, más allá de ser madre, también era mujer, y se merecía ser feliz. Mikel por su parte, sólo quería irse de allí. Se sentía mal, e incluso algo mareado. Ideas, pensamientos y emociones, estallaban en su cabeza como fuegos artificiales.

Ya en casa, toda para él, ya que su hermana estaba trabajando, se tiró en el sofá, loco por encontrar un poco de calma. Estaba agotado. Entendía aquello que Alex había intentado explicarle. Entendía que su madre merecía ser feliz, pero le repugnaba haberla visto follando. En realidad, con quien se fuera a la cama, importaba poco. Fue la escena pornográfica lo que le colapso, y es que normalmente, los hijos no se imaginan a sus padres retozando de placer. Del mismo modo, que los padres, tampoco lo imaginan de sus hijos. Todos saben que ocurre, de hecho, es ley natural, y todos, padres e hijos, entienden que mejor mantenerlo en ese ámbito llamado intimidad.



Para hablar de lios, aventuras y revolcones, ya están los amigos.

Finalmente, y después de varios días de pensar, de imaginar, de suponer, a Mikel le pudo más el cariño, que la infidelidad retransmitida en vivo. La echaba de menos. Le hacían falta sus mimos, la seguridad que le daba saber que la tenía siempre ahí, e incluso echaba de menos sus llamadas de atención. Por echar de menos, echaba de menos hasta aquellos discursos de madre, donde se confundían los consejos con las advertencias. Por eso, acabó por ir a buscar. Y por eso, también decidió darle una oportunidad a Alex. Al fin y al cabo, parecía un buen tipo.

Y llegó el día. El tan esperado día en que los obreros, fontaneros y carpinteros abandonaron la casa para no volver. La reforma había acabado. Ahora sólo faltaba decorarla, algo que Emma hizo con suma rapidez. Realmente, la casa había quedado preciosa, y sobre todo acogedora. Pero ahora, quedaba el trabajo más engorroso. La mudanza.

No hay nada más pesado que una mudanza, por ello Emma quiso convertir aquel día, de idas y venidas de cajas, en algo divertido, y para ello, nada mejor que reunir a toda su gente. Y así, como el que no quiere la cosa, aprovechó la ocasión para dar a conocer a Alex a sus allegados. Lo que no había previsto, es que Ariel también acabaría sumándose a la inauguración de la casa.

Cuando Emma se fue de la casa familiar, se fue con lo puesto y poco más. Y aunque más tarde, volvió para recoger algunas de sus cosas, en particular no había mucho que trasladar. En general ya era otro cantar. Que si una vajilla de porcelana blanca que había comprado, vasos, copas, jarras, cubertería, utensilios varios de cocina, ropa de cama, ropa de baño, cuadros, jarrones, y un largo etcétera que culminaba con todos los artilugios necesarios para la restauración de muebles y objetos antiguos.

Lógicamente, todo ello no lo podía hacer sola, por ello, reunió a sus hijos, a su amiga y a Alex, todos a las diez de la mañana, en la casa de Carme.

Aquella misma mañana de sábado, mientras desayunaba, recibió la llamada de Ariel. En principio, nada poco habitual, ya que el muchacho la llamaba un par de veces al mes, para mantenerla al tanto de cómo le iban las cosas y también, para saber cómo le iba a ella. De alguna manera, Emma era lo más parecido a la madre, que nunca tuvo.

—Hola Ariel ¿Cómo va todo?

—Bien. La verdad es que muy bien. ¿Y a usted?

—Ariel, cuántas veces te voy a decir que no me trates de usted. Cada vez que te lo oigo decir, siento que me caen veinte años más encima.

—Ja,ja,ja. Vale, pues nada, cómo te va. ¿Cómo va la reforma?

—Genial. Ya han acabado. Y está todo listo. Hoy hacemos la

mudanza.

—¿Hoy? Por qué no me lo has dicho. Dime dónde, y voy a ayudar.

—No, no. No te preocupes. Lo tengo todo bajo control. No te molestes.

—No es molestia. De verdad. Déjame ayudarte. Hasta ahora siempre has sido tú la que me ha echado una mano. Deja que ahora sea yo. Deja que haga algo por ti.

—Está bien. Pues te espero aquí a las diez.

Emma le dictó la dirección y él le aseguró, que ahí estaría, a la hora convenida. Se vio obligada a dejarse ayudar por Ariel. Ante la insistencia de éste, que además era más que comprensible, después de todo lo que había sucedido, sólo había dos opciones. O aceptar el ofrecimiento, o rechazarlo. El rechazo significaba hacerle saber, que él era una especie de obra de caridad que había que ocultar a ojos de todos. No sólo era demasiado indigno y demasiado hiriente, sino que simplemente, Emma ni lo veía, ni lo sentía de esa manera. Ariel no era una obra de caridad, de hecho le tenía cariño e incluso se sentía identificada con él, en cierto modo.

El problema es que ahora se le abría otro escenario en el que deambular, manteniendo el equilibrio. Tanto Carme como Alex sabían de Ariel, pero sus hijos no. ¿Qué les iba a decir sobre Ariel? La verdad, estaba del todo descartada. Bajo ningún pretexto sus hijos podían saber jamás el tipo de hombre que era su padre. No porque éste no se mereciera el desprecio de Mikel y Lola, sino porque el daño que provocaría en sus hijos sería tal, que no habría forma de paliarlo. Así que no quedaba otra, que buscar una explicación creíble, que no supusiera ningún menosprecio para Ariel y que no levantara ningún tipo de recelo en Mikel y Lola. Y debía darse prisa, porque en menos de una hora iban a estar todos allí.

El primero en llegar fue Alex. Diez minutos después llegaron Lola y Mikel. Y se iniciaron las presentaciones. Lola saludó a Alex divertida e incluso le dio dos besos. Hijo y amante se dieron la mano haciendo ver que no se conocían. Y justo entonces llegó Ariel.

Emma lo hizo entrar hasta el salón, donde estaban todos, y allí volvió al ritual de la presentación.

—Os quiero presentar a Ariel. Un muchacho encantador que se ha prestado a ayudarnos. Y aquí todas las manos son bienvenidas. Ahora, todos a trabajar.

No dio más explicaciones. Mejor omitir que mentir. Y en el caso de

que le preguntaran ya encontraría la forma de salir del atolladero. Por otro lado, tanto Alex como Carmen ya sabían quién era. Y para tranquilizar a Lola y a Mikel, en el caso de que fuera necesario, ya se le ocurriría algo.

Sin más espera todos empezaron a cargar cajas y a bajarlas a la calle. Emma había alquilado una furgoneta para hacer el traslado, era lo más práctico. Y en poco menos de dos horas, ya estaba todo listo. Ema ya tenía sus cosas en su nueva casa, todo perfectamente embalado y todo metido en cajas. Sólo faltaba ir poniendo cada cosa en su sitio, y para eso ya tendría tiempo. Lo iría haciendo poco a poco, sin prisas.

Ahora sólo quedaba inaugurar oficialmente la casa y para ello, Emma había encargado a una casa de comidas, varios pollos asados, diferentes tipos de ensaladas, patatas a la campesina, espaguetis a la boloñesa y para el postre, una tarta helada de limón. Y por supuesto, no faltó el vino.

Comieron en el patio y sentados todas a la mesa hablaron, rieron y se contaron algún que otro chismorreó. Se respiraba un buen ambiente, bañado de alegría, pero tras esa imagen de buena sintonía, todos tenían algo que ocultar al resto. Nadie sabía que Alex y Mikel ya se conocían. Nadie sabía a excepción de Carme, que Lola se había convertido en activista por los desahucios, y que en más de una ocasión, se había jugado el tipo. Sólo Alex, Carme y Emma, sabían quien era Ariel. Y éste tenía información más que contrastada de quien era el padre de aquellos dos chavales, más o menos de su edad, que lo aceptaron con agrado. Aunque, con cierta curiosidad también.

Cuando Emma fue en busca de la tarta, Lola la acompañó, aprovechando para preguntarle a su madre por ese tal Ariel.

—¿Oye? Y ese Ariel quién es. ¿No te lo estarás.....? —con tono divertido pero también expectante.

—No digas tonterías. Si es un crío.

—Bueno, eso no es malo. Pero claro, sentar a los dos a la misma mesa. No sé, es un poco frívolo hasta para mí.

—¡Lola! ¿Quién te crees que soy?

—Bueno, bueno. No te pongas así. Yo sólo preguntaba. Además, tampoco pasaría nada. Cada uno puede tener los amantes que quiera. Mientras todos estén de acuerdo, no hay problema.

—¿Pero tú te oyes? Cómo puedes ser tan burra.

—ja,ja,ja,ja —dando un achuchón a su madre—. La verdad, me alegro de que no te lo estés tirando. Es guapo.

—¡Lola! Que soy tu madre. Cuida un poco la forma de decir las cosas. Pareces una choni.

Lola explotó en una carcajada mientras, miraba a su madre con ternura, y también, con cierta picardía.

—En el fondo sigues siendo una mujer decente. No sabes lo aburrido que es eso. Ja,ja,ja.

—Cuando te oigo hablar con esa frivolidad, la verdad, me entra una preocupación, que ni te imaginas.

—Pues no te preocupes mamá. Será lo que tenga que ser.

—Eso es lo que me preocupa.

—¿Oye? Ahora en serio. Quién es ese Ariel.

—Lo conocí por casualidad. Tenía algunos problemillas y le eché una mano.

—Como siempre mi madre haciendo de Madre Teresa de Calcuta. Qué problemillas tenía.

—Nada importante. Es de un pueblo de Galicia y está aquí sólo, estudiando. Necesitaba información, más que nada.

—¡Ah! Pues vale. De todos modos, ten cuidado. Que tú eres muy confiada.

—No te preocupes. Es un buen chaval. Me parece que demasiado bueno. Y ese es el problema.

—Ya espabilará, y si no, ya me encargará yo de que espabile.

—Lola, no te pases. Que te conozco.

Lola salió de la cocina llevando los platos y riendo. Tras ella, Emma sacó a la mesa la tarta helada de limón.

Tras la tarta llegó el café, y fue entonces cuando Emma hizo saber que a pocos días de las vacaciones se iba de viaje para disfrutarlas.

—Hay algo que os quiero decir a todos. Este año ha sido muy estresante para mí, así que he decidido hacerme un regalo.

—¿Ah, siiii? Qué regaló —le preguntó Carme.

—Voy a hacer realidad un sueño. Pasaré mis vacaciones en la Toscana. He alquilado una casita en un pueblo llamado Pienza.

La verdad es que todos se alegraron, todos menos Alex que no tenía ni idea de que Emma se iba a la Toscana, ni de que hubiera alquilado una casa para pasar las vacaciones. Aun así, intentó disimular su malestar y cuando todos brindaron por Emma y su sueño hecho realidad, él también alzó su copa y brindó.

A pesar de su discreción, Emma se dio cuenta de inmediato de su torpeza. En ese mismo momento, entendió el malestar de Alex. Tendría que haberle comentado sus planes. Y si no lo hizo, no fue por nada en concreto. Simplemente tomó la idea y la llevó a cabo. De alguna manera, Emma y Alex, funcionaban a velocidades distintas. Ella sabía que Alex era lo mejor que le había pasado y le quería, aunque también era cierto que no deseaba un compromiso. Necesitaba, no sólo sentirse, sino también, ser libre. Para él, las cosas eran diferentes. Él estaba enamorado y entendía lo suyo con Emma como una relación. Sin lugar a dudas, ambos tendrían que ponerse de acuerdo en cómo vivir aquello que tenían, si querían que funcionase.

Poco antes de anochecer Lola, Mikel y Ariel se marcharon. Se fueron juntos. Decidieron ir al cine y después, cenar a una hamburguesería. Emma había dejado de tener dos hijos para pasar a tener tres. Y eso le hacía feliz. Había recuperado a Mikel, que volvía a ser como siempre había sido. Lola y Ariel, habían encajado y lejos de pensar que podría ser un problema, se lo tomó como una bendición. Lola necesitaba de gente a su alrededor que le pusiera los pies en la tierra, y Ariel, podía ayudar, y mucho.

Poco después, Carme también se fue, y ya a solas con Alex, Emma quiso enmendar su torpeza.

—Sé que estás enfadado por lo de irme a la Toscana. No lo he hecho con mala intención.

—Lo sé, ese no es el problema. Yo quiero que hagas realidad todos y cada uno de tus sueños. Pero, me gustaría que al menos, los compartieras conmigo.

—Perdóname, de verdad. Fue un impulso. Y además, esto es algo que quiero hacer sola.

—Sigues sin entender. A mí no me molesta que te vayas a Italia sola. De hecho creo que será bueno para ti. Lo que no entiendo es, el porqué, no me lo comentaste. Por qué no me dijiste nada.

—No lo sé. Simplemente, no caí en la cuenta.

—Pues eso dice mucho de lo que significa para ti lo nuestro. Bueno, en realidad, no hay un lo nuestro. Para ti, sólo soy alguien a quien follarte cuando tienes necesidad. Supongo que es más fácil tener a uno seguro y siempre dispuesto, que tener que salir por ahí a buscar a algún pringado que de la talla.

No dijo nada más. Se marchó dando un portazo. Lo que había

empezado como un día espléndido, augurio de un futuro prometedor, repleto de aventuras, sueños realizados, reconciliaciones y complicidades, acabó de mala manera. Con Alex no queriendo saber más de ella.

De todos modos, en un principio Emma no le dio demasiada importancia a la pataleta de Alex, porque para ella, sólo fue eso. Una pataleta. Sin embargo, tal y como fueron pasando los días, aquello empezó a desesperarla.

Dejó que pasaran un par de días. Tiempo suficiente, creyó ella, para que a Alex se le hubiera pasado el cabreo. Entonces le envió un mensaje para el que no hubo respuesta. Le envió un segundo, para el que tampoco hubo contestación. Al no verlo tampoco en el trabajo, preguntó por él, y le dijeron que estaba de vacaciones. Que las había adelantado. Lo llamó al móvil y a su casa. Nada, Alex seguía sin dar señales de vida. Lo intentó durante días. Ahora sí que estaba un tanto asustada, y es que no se sabe lo que se tiene hasta que se pierde.

Emma no quería perderlo. Le angustiaba la idea de no volver a estar con él. Sí, Alex era su amante, también su confidente, su amigo y su confesor. Y sin lugar a dudas, si tuviera que elegir a alguien como compañero de viaje, Alex sería el elegido.

Habló de esto con Carme. Le pidió consejo para solucionar la situación. Y su amiga, le dijo lo que le hubiera dicho cualquiera. Primero, que el no haber hablado de las vacaciones con Alex antes de soltarlo en la comida, tenía que ver con el respeto y la confianza. Segundo, la actitud de Alex no sólo era normal, sino también, razonable. Y por último, le aconsejó que se aclarara. Que tenía que saber muy bien qué era lo que quería y a partir de ahí, dibujar los límites de aquella relación. Tenía que entender, que lo que ella deseara no tenía por qué ser acatado por Alex, ya que éste, tenía el derecho a desear otras cosas, y por lo tanto a buscarlas en otro sitio. Esto último fue algo que a Emma no le gustó nada. Antes de irse a Florencia, para desde allí ir a Pienza, le envió un mensaje, en el que le decía que lo sentía. Que lo amaba y que sobre todo, que no quería perderle. Le hizo saber lo importante que él era para ella, y que deseaba volver a verlo.





# 16

En el aeropuerto, y a punto de embarcar, volvió a mirar su móvil. Esperaba ansiosa una llamada, un mensaje, algo, lo que fuera. Pero no hubo nada. Él no contestó a ninguna de sus llamadas, a ninguno de sus mensajes. Era como si definitivamente, Alex ya no quisiera saber nada de ella. Y con ese dolor, subió al avión. Lo que debería de haber sido un día de excitación y alegría, se había convertido en un día teñido de desamor.

Cuando llegó al Aeropuerto de Peretola, lo primero que hizo fue alquilar un coche. Un Fiat 500C Collezione, de color blanco gelato, y siguiendo las instrucciones del GPS se encaminó hacia Pienza.

Entre la necesidad de estar pendiente del GPS y el asombro y deleite, por la belleza natural que se encontraba a cada paso, su preocupación por el tema de Alex pasó a segundo término. Fue como si aquello quedara anestesiado.

La casa que Emma había alquilado para pasar todo el mes de agosto estaba a las afueras del pueblo. A unos dos kilómetros. Era una casa antigua de piedra, no demasiado grande pero para ella, más que suficiente. Eso sí, le hacía falta bastantes arreglos, de todos modos, eso tampoco importaba, de hecho, el que estuviera tampoco modernizaba le daba encanto. Una vez entró, lo primero que hizo fue abrir todas las ventanas y portones. Dejó que entrara el sol y el aire, y entonces pareció mejor de lo que era. Al abrir las puertas de lo que parecía el salón descubrió el paraíso. Daba a un patio ajardinado desde donde se veía todo el valle. Era verdaderamente, precioso. La luz de la tarde, le daba un color cálido a aquel lugar, invitando a soñar y a vivir sin prisas.

Después de deshacer las maletas se percató de que no había comido y que tampoco tenía nada para cenar. No le quedaba otra que ir al pueblo y llenar la despensa.

Afortunadamente, el pueblo no era muy grande, así que no tuvo problemas para encontrar donde hacer la compra. Compró lo justo. Algo para cenar, y algo para los desayunos. Ya tendría tiempo de llenar la nevera más adelante. Ahora lo que le apetecía era perderse por aquellas calles, sin otro propósito que llenarse de aquel olor a tierra mojada, a ciprés, a viñedos.

Lo disfrutó de una manera difícil de explicar, sobre todo porque se sintió llena de paz. De vuelta al coche, para volver a la casa, pasó por un pequeño restaurante donde las especias y el albahaca, matizaban el aire, invitando a entrar. No le decepcionó. Era el típico restaurante, donde todo sabía a siglos de historia, donde los manteles eran de cuadros rojos y blancos, y donde los camareros más que hablarte te regalan el oído. Todo era como había imaginado.

Durante las dos semanas siguientes ocupó su tiempo en recorrer la zona, se perdió por Siena, e hizo lo propio en Florencia. Le fascinaba aquella ciudad, y le fascinaba la Toscana en general. Visitó museos, recorrió callejuelas, se empapó de arte y cultura, caminó por los valles, leyó libros, disfrutó de la serenidad en el jardín de la casa y se entregó al placer de la gastronomía. ¿Se podía pedir más? No. O quizá sí.

Cada día cuando caía la tarde, sentada en el patio, con un libro en una mano y una copa de vino tinto en la otra, mientras perdía la mirada por las hileras de cipreses que bordeaban la carretera, él volvía a su mente para inundarle el corazón de un sabor amargo. ¿Dónde estaría? ¿Qué estaría haciendo? ¿Se acordaría de ella? ¿Habría conocido a alguien de quien enamorarse? Lo echaba de menos, y no había noche en que no deseara que estuviera allí, con ella. Se dio cuenta, de que hacer realidad el sueño de vivir aunque sólo fuera por un mes en la Toscana, hubiera sido, todavía mejor si Alex hubiera estado con ella. Hubiera sido excitante y maravilloso haber compartido toda aquella experiencia. Nunca pensó en ello. Quería hacer el viaje sola. Sentía la necesidad de ir por libre, y ahora entendía que ir por libre, que abrir las alas y volar, también se puede hacer en compañía. Pero era tarde. Le llamó por última vez tres días después de llegar a Pienza. Y ese mismo día, al anochecer le envió un mensaje en el que le decía que le amaba y que le echaba de menos. El silencio volvió a ser la única respuesta a la llamada, y también al mensaje. No volvió a intentarlo. Se dio por vencida. Ahora había que pasar página, eso se decía a sí misma, pero costaba. Costaba un mundo.

Un día, poco después de comer, mientras reposaba en el patio, escuchó el sonido de una moto. De repente, una emoción impaciente le recorrió el cuerpo y el alma. A la carrera atravesó toda la casa hasta llegar a la puerta principal. La abrió nerviosa y salió a la calle ansiosa y feliz. Sin embargo, aquella felicidad se convirtió en decepción. Miró a un lado de la

calle, miró al otro. No había nadie y no había ninguna moto. O lo había soñado, o simplemente, alguien había pasado en moto por allí.

Con la pesada losa de la decepción arrastrando, volvió al patio. Se acercó al pequeño muro y fijó la mirada en el horizonte. Alguna pequeña lágrima, fruto de la añoranza empezó a caer de sus ojos.

—Me ha costado encontrarte.

Emma cerró los ojos y de forma callada, dio gracias a Dios por haberle concedido aquel deseo. Se giró y lo vio allí. De pie, con barba de dos días, y con un atractivo que tentaba a dejarse ir. Y así lo hizo. Corrió hacia él y lo abrazó. Sin poder dejar de besarle, le pidió mil veces que le perdonara.

No había tiempo que perder. Se habían echado demasiado de menos como para posponer el momento de tenerse, de sentirse. Alex se la subió a las caderas y sin dejar de besarse como si no hubiera un mañana, entraron a la estancia principal, y dejándola caer sobre el sofá, se empezaron a desnudar el uno al otro.

Él se inclinó sobre ella, y desde los tobillos hasta el cuello, la recorrió entera. Sus dedos dibujaron el camino y su boca abierta y húmeda descifró el jeroglífico. Emma, a cada roce se encendía más y más, abriéndose al placer. Y Alex deseoso de complacerla se dio por entero. Despacio, jugó al desespero. A cada pausa, él la compensaba mordisqueándole los pezones. A cada vaivén interrumpido, él se dejaba caer un poco más, hasta que finalmente, la entró por completo, y allí con los ojos cerrados y los labios apretados para contener las ganas, se quedó quieto sintiendo cómo el cuerpo de Emma se erguía suplicando que acabara aquel suplicio, y cuando la espera reventó el deseo, se entregó a ella sin descanso. A cada suave embate, le seguía otro rápido y duro. A cada contracción, sus cuerpos se estremecían y llenando el espacio de gemidos incontrolados, él se vertió en ella.

Fue placentero, pero para ninguno de los dos fue suficiente. Por ello, pasados unos minutos, tras los que recuperaron el aliento y las fuerzas, él apoyándose sobre sus brazos se alzó para mirarla. Y en voz baja le dijo.

—Pídeme lo que quieras

—Hazme sentir— le contesto ella en un susurro.

Sin salir de dentro de ella, Alex se puso de rodillas. Y con gesto delicado, le alzó las caderas, haciendo que ella se agarrara a él, entrelazando sus piernas por detrás de su espalda.

Durante unos segundos, él se entretuvo en observar la belleza de aquel cuerpo de mujer. Y sobre todo, se entretuvo observando la feminidad

de esa mujer que se le antojaba como una diosa. Le pareció bellissimo y lo deseo sin medidas. Lo acarició, y lo sintió caliente y húmedo. Aquello le excitaba y le excitaba ver su miembro dentro de ella, duro, erecto. No quería que aquello fuera un revolcón con prisas, así que se entretuvo en dibujar con sus dedos pequeños círculos sobre el clítoris, a lo que Emma respondió de inmediato, retorciéndose ligeramente y gimiendo. Y cuando la excitación llegó a su punto más álgido, cuando Emma llegó al orgasmo, y se revolvía sobre el sofá, él se dispuso a seguir dándole placer a la mujer que amaba. Sin dejar de frotarle el clítoris, le dio libertad a su pene, que empezó a entrar y salir del sexo de Emma. Con un movimiento oscilante que iba in crescendo, cada vez a más, a más, hasta que bordeando la inconciencia se encontraron siendo uno.

Sin fuerzas, desfallecidos, uno sobre el otro, se quedaron dormidos. Y no fue hasta ya entrada la noche que se despertaron, y lo hicieron hambrientos.

Emma, vestida sólo con la camisa de él, entró en la cocina para preparar algo. Alex, sólo con unos bóxers le ayudó preparando la mesa y sirviendo el vino. Durante la cena hablaron y se reconciliaron. Cada uno se disculpó. Ella por no haberle contado lo de las vacaciones y él por no haber contestado a las llamadas y los mensajes. Se dedicaron arrumacos, miradas embelesadas y bromas inocentes. Una vez llenado el estómago, recogieron la cocina, la imagen de Emma desnuda, solo cubierta por su camisa, volvió a despertar el deseo en Alex. Mientras ella ponía los platos en la alacena, se le acercó, y abrazándola por la espalda le besó el cuello. Ella sonrió primero, al sentir como la virilidad de éste se desataba, pero fueron aquellos labios carnosos recorriéndole el cuello, los que le despertaron de nuevo, el deseo.

Eran como dos perros en celo, y disfrutaban de ello. Emma se giró para mirarle a los ojos. Y con sonrisa burlona dejó caer su mano hasta el bóxer que con cuidado bajó dejando al descubierto las intenciones de Alex. Y por supuesto, ella no estaba dispuesta a desaprovechar la ocasión, así que lo empujó, sin dejar de mirarlo con cierta perversidad, hasta la mesa y allí, le hizo sentarse. Ella se arrodilló, entonces, para jugar. Lo acarició, lo besó, lo recorrió con sus labios mojados, incluso lo mordisqueó, a lo que Alex respondía arqueándose y agarrándose a la silla con fuerza, intentando aguantar la necesidad de gritarle que dejara de castigarle de aquella manera, que le diera ya desahogo. Ella no se lo dio, al menos no por el momento.

Los dedos de Emma eran como hilos que bordaban mapas de placer.

Lo llevaban a un mundo desconocido en el que el tiempo y el espacio dejaban de existir. Finalmente, Emma dejó de deleitarse, y con una boca hambrienta de sensaciones, se entregó a la tarea de satisfacer a su amante, y este agradecido, le levantó el rostro para acercárselo a su pecho y con ternura acariciarla.

Ninguno de ellos sabía de treguas, y Emma se levantó y sentándose sobre las piernas de él, mirándole a los ojos, volvió a dejar caer su mano buscando de nuevo, el sexo de Alex. Y encontrado le dio cobijo en ella.

Abrazados. Sentada ella sobre él. Él manteniéndose dentro de ella. Buscándose los labios, Emma se dejó llevar y subida a un carrusel de subidas y bajadas, se volvieron a entregar.

Fue una noche para recordar. En primer lugar, porque no acabó ahí. Y en segundo lugar, porque sin miedo, reconocieron que se amaban. Y eso les liberó del lastre de suponer, imaginar e intentar adivinar qué era lo que iba a ocurrir.

Alex sólo podía estar en Pienza una semana. Algunas obligaciones familiares, y el trabajo le obligaban a volver, pero aprovecharon aquella semana, disfrutando de todo lo que la Toscana les podía ofrecer. Y por supuesto, también disfrutaron el uno del otro.

Una noche, después de cenar, sentados en el patio, intentando aliviar el calor de agosto, Alex le propuso a Emma que una vez en Barcelona, se fueran a vivir juntos.

—No quiero que te enfades. No estoy preparada para eso.

—Para qué no estás preparada. No lo entiendo.

—Necesito tiempo. Salí de casa de mis padres para pasarme más de veinte años conviviendo con Jonas. Ahora necesito espacio.

—Conmigo siempre tendrás espacio.

—Lo sé, pero necesito aprender a estar sola. Es vital para mí, porque si aprendo a estar sola podré estar contigo de igual a igual. Y el día en que vivamos juntos, entonces tú no serás sólo algo así como mi marido. Serás mi igual. No eres tú. Soy yo. Es algo que necesito hacer antes de vivir contigo.

—Lo entiendo, aunque no me hace mucha ilusión, la verdad.

—Podemos seguir como hasta ahora.

—¿Tú crees?

—Sí. Podemos seguir siendo amantes, amigos, compañeros de viaje. Además, eso de no estar todo el tiempo juntos, y de que cada uno viva en su

casa, nos obliga a buscarnos, y eso tiene mucho morbo.

—Eso es verdad.

—Vivamos el momento. Aquí y ahora, y lo que tenga que ser, será.

—Vale, con una condición.

—Mal empezamos si ponemos condiciones.

—Es lo que hay.

—¿Y cuál es esa condición?

—Que nunca nos falte mermelada de cerezas.

Emma soltó una carcajada y mirándolo insinuante y pícara se le acercó, para susurrarle al oído.

—De eso no te preocupes. Yo me ocupo. Yo me ocupo de tener siempre reserva de confitura y de lamértela despacio de arriba abajo. Ni te imaginas lo que puedo hacerte yo, con la mermelada.

—Por mí, podrías empezar ahora mismo.

—No tenemos mermelada.

—Sí. Sí tenemos. He comprado esta mañana en el pueblo.

—Pues no perdamos el tiempo.

Y como era costumbre en ellos, no lo perdieron. Una noche más crearon mundos imposibles de imaginar para la mayoría de los simples mortales. Y una vez más, murieron el uno en el otro, para renacer. Y de nuevo, se conjuraron para tocar el cielo con las manos.

Desde entonces vivieron al día, sin ataduras y sin compromisos, pero amándose y caminando el mismo camino. Inventándose realidades con las que evitar conformarse con la monotonía. Nunca hablaron de futuro, sólo diseñaban el presente y este les llevó a viajar por el mundo, a vivir aventuras, a cumplir sueños, y sí, con el paso del tiempo, también crearon un hogar, en el que ambos mantuvieron la promesa de seguir dándose ausencias para seguir buscándose.



# ÍNDICE

[1](#)  
[2](#)  
[3](#)  
[4](#)  
[5](#)  
[6](#)  
[7](#)  
[8](#)  
[9](#)  
[10](#)  
[11](#)  
[12](#)  
[13](#)  
[14](#)  
[15](#)  
[16](#)



# Table of Contents

[1](#)  
[2](#)  
[3](#)  
[4](#)  
[5](#)  
[6](#)  
[7](#)  
[8](#)  
[9](#)  
[10](#)  
[11](#)  
[12](#)  
[13](#)  
[14](#)  
[15](#)  
[16](#)